

El Hombre Que Ríe
Primera Parte

Por

Victor Hugo

Freeditorial 

PRIMERA PARTE

El mar y la noche

DOS CAPÍTULOS PRELIMINARES

1

Ursus

I

Ursus y Homo estaban unidos por una amistad estrecha. Ursus era un hombre, y Homo era un lobo. Sus ídoles concordaban. Era el hombre el que había bautizado al lobo. Probablemente también había elegido su propio nombre; como consideraba que el de Ursus era bueno para él, le pareció que el de Homo era bueno para el animal. La asociación de este hombre con este animal se beneficiaba con las ferias, las fiestas parroquiales, las esquinas de las calles en las que se agolpan los transeúntes y la necesidad que siente en todas partes el pueblo de escuchar pataratas y comprar drogas de charlatán. El lobo, dócil y graciosamente subalterno, agradaba a la multitud. Ver amansamientos es algo que complace. Nuestra satisfacción suprema consiste en contemplar cómo desfilan todas las variedades de la domesticación. Es lo que hace que acuda tanta gente a ver cómo desfilan los cortejos reales.

Ursus y Homo iban de encrucijada en encrucijada, de las plazas públicas de Aberystwith a las plazas públicas de Yeddburg, de región en región, de condado en condado, de ciudad en ciudad. Cuando se agotaba un mercado, pasaban a otro. Ursus vivía en una barraca rodante que Homo, suficientemente civilizado, arrastraba de día y vigilaba de noche. En los caminos difíciles, en las cuestas, cuando había demasiados baches y demasiado barro, el hombre se ataba el pretal al cuello y tiraba fraternalmente, junto al lobo. Así habían envejecido juntos. Acampaban a la ventura en un baldío, en el claro de un bosque, en una encrucijada de caminos, a la entrada de los villorrios, en las puertas de los poblados, en las plazas de mercado, en los paseos públicos, en las lindes de los parques, en los atrios de las iglesias. Cuando el carricoche se detenía en algún ferial, cuando las comadres acudían con la boca abierta, cuando los curiosos formaban círculo, Ursus peroraba y Homo aprobaba. Homo, con un platillo en el hocico, hacía cortésmente la colecta entre el público. Se ganaban la vida. El lobo era ilustrado, y el hombre también. Al lobo lo había adiestrado el hombre, o se había adiestrado él solo, en diversas gentilezas de lobo que contribuían a aumentar los ingresos. «Sobre todo no

degeneres en hombre», le decía su amigo.

El lobo nunca mordía; el hombre algunas veces. Por lo menos, morder era la pretensión de Ursus. Ursus era misántropo y, para subrayar su misantropía, se había hecho titiritero. Y también para vivir, pues el estómago impone sus condiciones. Además, ese titiritero misántropo, sea para complicarse o sea para completarse, era médico. Médico es poco, y era ventrílocuo. Se le veía hablar sin que moviese la boca. Copiaba, hasta el punto de que se los confundía, el acento y la pronunciación de cualquiera; imitaba las voces de modo que se creía oír a las personas. Él solo producía el murmullo de una multitud, lo que le daba derecho al título de engastrimita. Él se lo apropiaba. Reproducía toda clase de gritos de aves, del zorzal, del cuclillo, de la alondra, del mirlo de pecho blanco, todos viajeros como él; de modo que, en instantes, hacía oír, a su voluntad, bien una plaza pública llena de rumores humanos, o bien una pradera llena de voces animales; ora era tempestuoso como una multitud, ora pueril y sereno como el alba. Por lo demás, esas habilidades, aunque raras, existen. En el siglo pasado un tal Touzel, que imitaba las algarabías mixtas de hombres y animales y copiaba todos los gritos de las bestias, estaba vinculado con Buffon en calidad de jardín zoológico. Ursus era sagaz, inverosímil, curioso y aficionado a las explicaciones raras que llamamos fábulas. Parecía creer en ellas. Esta desvergüenza formaba parte de su malicia. Examinaba la mano de los quídam, abría libros al azar y sacaba de ellos conclusiones, predecía los sinos, enseñaba que es peligroso encontrar un jumento negro, y más peligroso todavía oírse llamar, en el momento en que se parte para un viaje, por alguien que no sabe adónde vais, y se intitulaba «mercader de supersticiones». Decía: «Entre el arzobispo de Canterbury y yo hay una diferencia: yo confieso». Por lo que el arzobispo, justamente indignado, lo llamó un día; pero Ursus, hábil, desarmó a Su Gracia recitándole un sermón compuesto por él acerca del santo día de la Natividad, sermón que el arzobispo, encantado, aprendió de memoria, pronunció en el púlpito y publicó como de su cosecha. Gracias a lo cual, perdonó.

Como médico, Ursus curaba, porque lo era o a pesar de no serlo. Utilizaba las hierbas aromáticas. Era versado en los simples. Sacaba partido del gran poder curativo de un montón de plantas desdeñadas, como las hojas de avellano, la frángula blanca, el viburno, el cambrón, el viborno. Trataba la tisis con la hierba de la gota o rocío del sol; utilizaba con buen éxito hojas de euforbio, las que arrancadas por abajo son un purgante y arrancadas por arriba un vomitivo; quitaba el dolor de garganta por medio de la excrecencia vegetal llamada oreja de judío; sabía cuál es el junco que cura al buey, y la menta que cura al caballo; estaba al tanto de las bellezas y las bondades de la hierba mandrágora, la que, como nadie ignora, es hombre y mujer. Daba recetas. Curaba las quemaduras con lana de salamandra, de la que Nerón, según Plinio, tenía una servilleta. Poseía una retorta y un matraz; hacía transmutaciones y

vendía panaceas. Se decía que en otro tiempo había estado encerrado en Bedlam; le habían hecho el honor de tomarlo por un insensato, pero lo dejaron en libertad al darse cuenta de que no era más que un poeta. Esa aventura no era cierta probablemente; todos padecemos esa clase de leyendas.

La realidad es que Ursus era sabihondo, hombre de buen gusto y viejo poeta latino. Era docto en las dos cosas: hipocratizaba y pindarizaba. Habría competido en estilo afectado con Rapin y Vida. Habría compuesto de una manera no menos triunfante que el padre Bouhours tragedias jesuitas. Como resultado de su familiaridad con los venerables ritmos y metros de los antiguos tenía imágenes propias y toda una familia de metáforas clásicas. Decía de una madre precedida por sus dos hijas que era un dáctilo, y de un padre seguido de sus dos hijos que era un anapesto, y de un niño que caminaba entre su abuelo y su abuela que era un anfímacro. Tanta ciencia no podía menos de terminar en el hambre. La escuela de Salerno dice: «Comed poco y con frecuencia». Ursus comía poco y raras veces, obedeciendo así a una mitad del precepto y desobedeciendo a la otra, pero la culpa era del público, que no acudía siempre ni compraba con frecuencia. Ursus decía: «La expectoración de una sentencia alivia. Al lobo le consuela el aullido, al cordero la lana, al bosque la curruca, a la mujer el amor y al filósofo el epifonema». Ursus, si era necesario, fabricaba comedias que representaba aproximadamente, lo que le ayudaba a vender las drogas. Entre otras obras había compuesto una pastoral heroica en honor del caballero Hugh Middleton, quien, en 1608, llevó a Londres un río. Ese río estaba tranquilo en el condado de Hartford, a sesenta millas de Londres; el caballero Middleton fue allá y lo tomó; llevó un equipo de seiscientos hombres armados con palas y picos y se dedicó a remover la tierra, excavándola aquí y elevándola allá, a veces hasta a veinte pies de altura y otras veces hasta treinta pies de profundidad; hizo acueductos de madera en el aire, y aquí y allá ochocientos puentes de piedra, de ladrillo y de tablones, y una buena mañana el río entró en Londres, que carecía de agua. Ursus transformó todos esos detalles vulgares en una bella bucólica entre el río Támesis y el río Serpentine; el río pequeño invitaba al grande a venir a su casa, le ofrecía su lecho y le decía: «Yo soy demasiado viejo para agradar a las mujeres, pero soy lo bastante rico para pagarlas», modo ingenioso y galante de expresar que sir Hugh Middleton había hecho todos los trabajos a su costa.

Ursus era notable en el soliloquio. De compleción montaraz y charlatana, deseaba no ver a nadie y necesitaba hablar con alguien, y resolvía el problema hablándose a sí mismo. Quien haya vivido solitario sabe hasta qué punto es natural el monólogo. La palabra interior pugna por salir. Arengar al espacio es un exutorio. Hablar en voz alta y a solas produce el efecto de un diálogo con el dios que se tiene en uno mismo. Esa era, como se ignora, la costumbre de Sócrates. Se peroraba a sí mismo. Lo mismo hacía Lutero. Ursus tenía algo de esos grandes hombres. Poseía la facultad hermafrodita de ser su propio

auditorio. Se interrogaba y se respondía, se glorificaba y se insultaba. Desde la calle se le oía monologar en su barraca. Los transeúntes, que tienen su manera propia de apreciar a las personas inteligentes, decían: «Es un idiota». A veces se injuriaba, como acabamos de decir, pero también había horas en que se hacía justicia. Un día, en una de esas alocuciones que se dirigía a sí mismo, se le oyó decir: «He estudiado el vegetal en todos sus misterios, en el tallo, en la yema, en el sépalo, en el pétalo, en el estambre, en el carpelo, en el óvulo, en la teca, en el esporangio y en la apotecia. He profundizado en la cromática, la osmología y la química, es decir en la formación del color y el sabor». Había sin duda en este certificado que Ursus entregaba a Ursus alguna fatuidad, pero que quienes no han profundizado en esas ciencias le arrojen la primera piedra.

Por suerte, Ursus nunca había ido a los Países Bajos. Seguramente allí habrían querido pesarlo para saber si tenía el peso normal más allá o más acá del cual un hombre es hechicero. En Holanda ese peso había sido fijado sabiamente por la ley. Nada era más sencillo y más ingenioso. Se trataba de una comprobación. Os ponían en el platillo de una balanza y la cosa se hacía evidente si rompíais el equilibrio: si pesabais demasiado os ahorcaban y si pesabais demasiado poco os quemaban. Al presente se puede ver todavía en Oudewater la balanza para pesar a los hechiceros, pero ahora la emplean para pesar los quesos, ¡tanto ha degenerado la religión! Ursus habría tenido ciertamente dificultades con esa balanza. En sus viajes se abstuvo de ir a Holanda, e hizo bien. Por lo demás, creemos que nunca salió de Gran Bretaña.

Como quiera que fuese, siendo muy pobre y muy arisco y habiendo conocido a Homo en un bosque, se aficionó a la vida errante. Había tomado al lobo en comandita y fue con él por los caminos y vivía al aire libre la gran vida del azar. Poseía mucho ingenio y segundas intenciones y un gran arte en todo lo que servía para curar, operar, quitar a la gente sus dolencias y realizar particularidades sorprendentes; se le consideraba un buen saltimbanqui y un buen médico; pasaba también, como se comprenderá, por mago, pero un poco, no demasiado, pues en esa época era peligroso para una persona que se la creyera amiga del diablo. La verdad era que Ursus, con su apasionamiento por la farmacia y su amor a las plantas, se exponía, pues iba con frecuencia a recoger hierbas en las fragosidades donde se hallan las ensaladas de Lucifer y donde se corre el riesgo, como ha hecho constar el consejero De l'Ancre, de encontrar al anochecer a un hombre que sale de la tierra, «tuerto del ojo derecho, sin capa, con la espada al costado, descalzo y harapiento». Por lo demás, Ursus, aunque de proceder y de temperamento excéntricos, era demasiado caballeroso para atraer o alejar el granizo, hacer aparecer caras, matar a un hombre con el tormento de obligarlo a bailar demasiado, sugerir sueños severos o tristes y espantosos y hacer que nacieran gallos con cuatro alas; no cometía esas maldades. Era incapaz de ciertas abominaciones. Como, por ejemplo, de hablar en alemán, hebreo o griego sin haberlo aprendido, lo

que es señal de una perversidad execrable o de una enfermedad natural proveniente de algún humor melancólico. Si Ursus hablaba en latín era porque lo sabía. No se habría permitido hablar en siriaco porque no lo sabía; además, se ha comprobado que el siriaco es el idioma de los aquelarres. En medicina, prefería correctamente Galeno a Cardan, pues por muy sabio que fuera Cardan, no era más que una lombriz en comparación con Galeno.

En resumen, Ursus no era un personaje al que inquietaba la policía. Su barraca era lo bastante larga y ancha para que pudiese acostarse sobre un arca en la que guardaba sus ropas, poco suntuosas. Era propietario de una linterna, de muchas pelucas y de algunos utensilios colgados de clavos, entre ellos instrumentos de música. Poseía además una piel de oso con la que se cubría los días de gran espectáculo, y llamaba a eso vestirse. Decía: «Tengo dos pieles; esta es la verdadera». Y mostraba la piel de oso. La barraca con ruedas les pertenecía a él y al lobo. Además de ella, la retorta y el lobo, tenía una flauta y una viola de gamba, y las tocaba agradablemente. Él mismo fabricaba sus elixires. Sus habilidades le permitían comer algunas veces. En el techo de la barraca había un agujero por el que pasaba el tubo de una estufa de hierro colado contigua a su arca, suficiente para enrojecer la leña. Esa estufa tenía dos compartimientos; en uno de ellos Ursus hacía alquimia y en el otro cocía papas. Por la noche, el lobo dormía bajo la barraca, amistosamente encadenado. Homo tenía el pelo negro y Ursus lo tenía gris; Ursus tenía cincuenta años, a menos que tuviera sesenta. Su aceptación del destino humano era tal que, como se acaba de ver, comía papas, inmundicia con que entonces se alimentaban los puercos y los presidiarios. Comía eso indignado y resignado. No era grande, sino largo. Estaba encorvado y melancólico. El cuerpo encorvado del anciano es el hundimiento de la vida. La naturaleza lo había hecho para estar triste. Le era difícil sonreír y siempre le había sido imposible llorar. Le faltaba el consuelo de las lágrimas y el paliativo de la alegría. Un viejo es una ruina que piensa; Ursus era esa ruina. Una locuacidad de charlatán, una delgadez de profeta y una irascibilidad de mina cargada: tal era Ursus. En su juventud había sido filósofo en casa de un lord.

Eso sucedía hace ciento ochenta años, en la época en que los hombres eran un poco más lobos que en la actualidad.

Pero no mucho más.

II

Homo no era un lobo cualquiera. Por su apetito de nísperos y manzanas se lo habría tomado por un lobo de pradera, por su pelaje oscuro se lo habría tomado por un licaón, y por su aullido atenuado en ladrido se lo habría tomado por un culpeo; pero todavía no se ha observado la pupila del culpeo para que se esté seguro de que no es un zorro, y Homo era un verdadero lobo. Su

longitud era de cinco pies, que es una buena longitud de lobo inclusive en Lituania; era muy fuerte, tenía la mirada oblicua, pero no era suya la culpa; una lengua suave con la que a veces lamía a Ursus, y un estrecho matorral de pelos cortos en la espina dorsal, y su escualidez era una buena flacura de bosque. Antes de conocer a Ursus y de arrastrar un carricoche recorría alegremente sus cuarenta leguas en una noche. Ursus, quien lo encontró en un breñal, cerca de un arroyo de agua corriente, simpatizó con él viéndole pescar cangrejos con sabiduría y prudencia y saludó en él a un honrado y auténtico lobo kupara, del género llamado perro cangrejero.

Ursus prefería Homo a un asno como animal de carga. Hacer que tirara de su barraca un asno le habría repugnado; estimaba demasiado al asno para eso. Además, había observado que el asno, soñador de cuatro patas poco comprendido por los hombres, tiene a veces un enderezamiento de orejas inquietante cuando los filósofos dicen tonterías. En la vida, entre nuestro pensamiento y nosotros un asno es un tercero, lo que resulta molesto. Como amigo, Ursus prefería Homo a un perro, pues estimaba que el lobo viene de más lejos hacia la amistad. Por eso Homo le bastaba a Ursus; era para él más que un compañero: un análogo. Ursus le daba palmadas en los flancos huecos y decía: «He encontrado mi tomo segundo». También decía: «Cuando me muera, quien quiera conocerme no tendrá que hacer más que estudiar a Homo. Lo dejaré como mi copia exacta».

La ley inglesa, poco tierna con los animales de los bosques, habría podido querellarse con aquel lobo y pleitearle por su osadía al entrar familiarmente en las ciudades, pero Homo se beneficiaba con la inmunidad concedida por un estatuto de Eduardo IV a los «domésticos»: «Podrá todo doméstico que sigue a su amo ir y venir libremente». Además, cierta lenidad respecto a los lobos era una consecuencia de la moda de las damas de la Corte en el reinado de los últimos Estuardo, las que, en vez de perros, tenían pequeños lobos-cosacos, llamados adives, del tamaño de gatos, que se hacían llevar de Asia con grandes gastos.

Ursus había comunicado a Homo una parte de sus habilidades, como mantenerse en pie, diluir su ira en mal humor, gruñir en vez de aullar, etc.; y por su parte el lobo había enseñado al hombre lo que sabía, como prescindir de techo, prescindir de pan, prescindir de fuego y preferir el hambre en un bosque a la esclavitud en un palacio.

La barraca, especie de cabaña-vehículo que seguía el itinerario más variado sin salir, no obstante, de Inglaterra y Escocia, tenía cuatro ruedas, más una vara para el lobo y una bolea para el hombre. Esa bolea estaba reservada para los malos caminos. Era sólida, aunque estaba construida con tablas livianas como el entramado de un tabique. Tenía en la delantera una puerta vidriera con un balconcito que servía para las arengas, tribuna mitigada con púlpito, y en la

trasera una puerta completa con ventanilla. Bajando un estribo de tres peldaños que giraba sobre una bisagra se podía entrar en el carricoche, que de noche quedaba bien cerrado con pasadores y cerrojos. Sobre él había llovido y nevado mucho. Lo habían pintado, pero ya no se sabía de qué color, pues los cambios de estación son para los carricoches como los cambios de reinado para los cortesanos. En la delantera, en la parte exterior, en una especie de frontispicio enripiado, se había podido leer en un tiempo la siguiente inscripción en letras negras sobre fondo blanco que poco a poco se habían mezclado y confundido:

«El oro pierde anualmente con el frotamiento una catorce centésima parte de su volumen; es lo que se llama la merma; de lo que se sigue que, de mil cuatrocientos millones de oro que circulan en toda la tierra, se pierde todos los años un millón. Ese millón de oro se va en polvo, vuela, flota, se convierte en átomos, se hace respirable, carga, dosifica, lastra, hace pesadas las conciencias y se amalgama con el alma de los ricos, a los que hace soberbios, y con el alma de los pobres, a los que hace feroces».

Esta inscripción, borrada y tachada por la lluvia y por la bondad de la providencia, era por fortuna ilegible, pues es probable que, siendo a la vez enigmática y transparente, esta filosofía del oro respirado no habría sido del agrado de los alguaciles, prebostes, ministriles y otros pelucones de la ley. La legislación inglesa no bromeaba en esa época. Se era fácilmente felón. Los magistrados se mostraban feroces por tradición, y la crueldad era rutinaria. Los jueces inquisidores pululaban, pues Jeffrys había tenido crías.

III

Dentro de la barraca había otras dos inscripciones. Sobre el arca, en la pared de tablas lavada con agua de cal, se leía ésta, escrita con tinta y a mano:

Únicas cosas que importa saber

«El barón par de Inglaterra lleva una diadema de seis perlas.

«La corona comienza en el vizconde.

«El vizconde lleva una corona de perlas innumerables; el conde una corona con perlas en las puntas entremezcladas con hojas de fresas más bajas; el marqués, perlas y hojas de la misma altura; el duque, florones sin perlas; el duque real, un círculo de cruces y de flores de lis; el príncipe de Gales, una corona parecida a la del rey, pero no cerrada.

«El duque es muy alto y muy poderoso príncipe; el marqués y el conde, muy noble y poderoso señor; el vizconde, noble y poderoso señor; el barón, verdaderamente señor.

«El duque es gracia; los otros pares son señoría.

«Los lores son inviolables.

«Los pares son de cámara y corte, concilium y curia, legislatura y justicia.

«Most honourable es más que right honourable.

«A los lores pares se los llama “lores de derecho”; a los lores no pares, “lores de cortesía”; no hay más lores que los que son pares.

«El lord nunca presta juramento, ni al Rey ni en justicia. Su palabra basta. Dice: “Por mi honor”.

«Los comunes, que son el pueblo, cuando los envían al tribunal de los lores, se presentan humildemente, con la cabeza descubierta, ante los pares cubiertos.

«Los comunes envían a los lores los proyectos de ley por medio de cuarenta miembros que presentan el proyecto con tres reverencias profundas.

«Los lores envían a los comunes los proyectos de ley por medio de un simple empleado.

«En caso de conflicto, las dos cámaras conferencian en la cámara pintada, los pares sentados y cubiertos, los comunes en pie y descubiertos.

«Según una ley de Eduardo VI, los lores tienen el privilegio de homicidio simple. Un lord que mata a un hombre simplemente no es procesado.

«Los barones tienen la misma categoría que los obispos.

«Para ser barón par hay que depender del Rey per baroniam integram, por baronía entera. La baronía entera se compone de trece feudos nobles y un cuarto; cada feudo noble es de veinte libras esterlinas, lo que importa cuatrocientos marcos.

«La cabeza de baronía, caput baroniae, es un castillo regido hereditariamente como Inglaterra misma, es decir que no puede ser transmitido a las hijas sino por falta de hijos varones, y en ese caso corresponde a la hija mayor, coeteris filiabus aliunde satisfactis.

«Los barones tienen la cualidad de lord, del sajón laford, del latín clásico dominus y del bajo latín lordus.

«Los hijos mayores y segundones de los vizcondes y barones son los primeros escuderos del reino. Los hijos mayores de los pares tienen la precedencia sobre los caballeros de la Jarretera; los segundones no la tienen. El hijo mayor de un vizconde va detrás de todos los harones y delante de todos los baronets.

«Toda hija de lord es lady. Las otras muchachas inglesas son miss.

«Todos los jueces son inferiores a los pares. El alguacil tiene un capuchón de pieles blancas de todas clases, menos de armiño. El armiño se reserva a los pares y al rey.

«No se puede conceder *supplicavit* contra un lord. Un lord no puede ser encarcelado por deudas. Fuera del caso de la Torre de Londres.

«Un lord llamado a la casa del Rey tiene derecho a matar uno o dos gamos en el parque real.

«El lord tiene en su castillo corte de barón.

«Es indigno de un lord que salga a la calle con capa y seguido por dos lacayos. Sólo puede exhibirse con un gran séquito de gentil hombres domésticos.

«Los pares van al Parlamento en carrozas uno tras otro; los comunes, no. Algunos pares van a Westminster en sillas invertidas de cuatro ruedas. La forma de esas sillas y de las carrozas con blasones y coronas sólo se les permite a los lores y forma parte de su dignidad.

«Un lord no puede ser condenado a pagar una multa sino por los lores, y jamás a más de cinco chelines, con excepción del duque, que puede ser condenado a diez.

«Un lord puede tener en su casa seis forasteros; cualquier otro inglés no puede tener más de cuatro.

«Un lord puede tener ocho toneles de vino sin pagar derechos.

«El lord está exento de presentarse ante el sheriff de circuito.

«Al lord no se le puede imponer la milicia.

«Cuando le place a un lord, recluta un regimiento y se lo da al Rey. Así hacen sus gracias el duque de Athol, el duque de Hamilton y el duque de Nortumberland.

«El lord depende solamente de los lores.

«En los procesos de interés civil puede exigir la anulación de su causa si no hay por lo menos un caballero entre los jueces.

«El lord nombra a sus capellanes. Un barón nombra tres capellanes; un vizconde, cuatro; un conde y un marqués, cinco; un duque, seis.

«Un lord no puede ser puesto en el potro ni siquiera por alta traición.

«El lord no puede ser marcado en la mano.

«El lord es letrado, aunque no sepa leer. Lo sabe de derecho.

«Un duque se hace acompañar por un dosel en todas partes donde no está el Rey; un vizconde tiene un dosel en su casa; un barón tiene una cobertera de muestra y se la hace sostener bajo la copa cuando bebe; una baronesa tiene derecho a que le lleve la cola un hombre en presencia de una vizcondesa.

«Ochenta y seis lores, o hijos mayores de lores, presiden las ochenta y seis mesas, de quinientos cubiertos cada una, que se sirven cada día a Su Majestad en su palacio a costa de la región que rodea al palacio real.

«A un plebeyo que golpea a un lord le cortan la mano.

«El lord es casi rey.

«El Rey es casi Dios.

«La tierra es un señorío.

«Los ingleses le llaman a Dios mylord».

Frente a esta inscripción se leía una segunda, escrita de la misma manera y que decía lo siguiente:

Satisfacciones que deben bastar a quienes nada tienen

«Henri Auverquerque, conde de Grantham, que se sienta en la Cámara de los Lores entre el conde de Jersey y el conde de Greenwich, tiene cien mil libras esterlinas de renta. A su señoría pertenece el palacio de Grantham-Terrace, construido completamente de mármol y célebre por lo que se llama el laberinto de los corredores, curiosidad que comprende el corredor encarnado de mármol de Sarancolin, el corredor pardo de lumaquela de Astracán, el corredor blanco de mármol de Lani, el corredor negro de mármol de Alabanda, el corredor gris de mármol de Staremma, el corredor amarillo de mármol de Hesse, el corredor verde de mármol del Tirol, el corredor rojo a medias de mármol de Bohemia y de lumaquela de Córdoba, el corredor azul de mármol de Génova, el corredor violeta de granito de Cataluña, el corredor de duelo de vetas blancas y negras de esquisto de Murviedro, el corredor rosado de cipolino de los Alpes, el corredor perla de lumaquela de Nonnette, y el corredor de todos los colores, llamado el corredor cortesano, de mármol arlequinado.

«Richard Lowther, vizconde de Lonsdale, posee Lowther, en el Westmoreland, que tiene un acceso fastuoso y cuya escalinata parece invitar a los reyes a entrar.

«Richard, conde de Scarborough, vizconde y barón Lumley, vizconde de Waterford en Irlanda, virrey y vicealmirante del condado de Northumberland, y de Durham, ciudad y condado, posee la doble castellanía de Stansted, la antigua y la moderna, donde se admira una magnífica verja en semicírculo que rodea un estanque con un surtidor incomparable. Además es dueño del castillo

de Lumley.

«Robert Darcy, conde de Holderness, tiene su dominio de Holderness, con torres de barón y jardines infinitos de estilo francés por los que se pasea en una carroza tirada por seis caballos y precedida por dos criados a caballo como corresponde a un par de Inglaterra.

«Charles Beauclerk, duque de Saint-Albans, conde de Burford, barón Heddington, gran halconero de Inglaterra, tiene una casa en Windsor, regia junto a la del Rey.

«Charles Bodville, lord Robartes, barón Truro, vizconde Bodmyn, posee Wimpey en Cambridge; lo forman tres palacios con tres frontones, uno arqueado y los otros dos triangulares. Se llega entre una cuádruple hilera de árboles.

«El muy noble y muy poderoso lord Philippe Herbert, vizconde de Caerdif, conde de Montgomeri, conde de Pembroke, señor y par de Candall, Marmion, Saint-Quentin y Churland, visitador hereditario del Colegio de Jesús, posee el maravilloso jardín de Willton, donde tiene dos estanques más bellos que los del Versalles del Rey Cristianísimo Luis XIV.

«Charles Seymour, duque de Somerset, tiene Somerset-House sobre el Támesis que iguala a la villa Pamphili de Roma. Se ven en la gran chimenea dos jarrones de porcelana de la dinastía de los Yuen y que valen medio millón de francos.

«En Yorkshire, Arthur, lord Ingram, vizconde Irwin, es dueño de Temple-Newsham, al que se entra por un arco de triunfo y cuyos anchos techos planos se parecen a las azoteas moriscas.

«Robert, lord Ferrers de Chartley, Bouchier y Lovaina, posee en el Leicestershire la propiedad llamada Staunton-Harold, cuyo parque de diseño geométrico tiene la forma de un templo con frontón; y delante del estanque, la gran iglesia con campanario cuadrado pertenece a su señoría.

«En el condado de Northampton, Charles Spencer, conde de Sunderland, del consejo privado de Su Majestad, posee Althrope, al que se entra por una verja con cuatro pilares coronados por grupos de mármol.

«Laurence Hyde, conde de Rochester, tiene, en Surrey, New-Park, magnífico por su acrotera tallada, su césped circular rodeado de árboles y sus bosques, en el extremo de los cuales hay una montañita artísticamente redondeada y coronada por un gran roble que se ve desde lejos.

«Philippe Stanhope, conde de Chesterfield, posee Bredby, en Derbyshire, con un pabellón de relojes magnífico, halconeros, cotos y bellos estanques cuadrados y ovalados, uno de ellos en forma de espejo, con dos surtidores que

ascienden a gran altura.

«Lord Cornwallis, barón de Eye, tiene Brome-Hall, que es un palacio del siglo XIV.

«El muy noble Algernon Capel, vizconde Malden, conde de Essex, posee Cashiobury en Hertfordshire; es un castillo con la forma de una gran H donde hay montes abundantes en caza.

«Charles, lord Ossulstone, tiene en Middlesex la propiedad llamada Dawly, a la que se llega por jardines italianos.

«James Ceillo, conde de Salisbury, posee, a siete leguas de Londres, Hartfield-House, con sus cuatro pabellones señoriales, su torre de atalaya en el centro y su patio de honor, con baldosas blancas y negras como el de Saint-Germain. Este palacio, que tiene doscientos setenta y dos pies de frente, fue construido en el reinado de Jacobo I por el gran tesorero de Inglaterra que fue el bisabuelo del conde reinante. Allí se ve el lecho de una condesa de Salisbury; tiene un precio inestimable, pues está completamente hecho con una madera del Brasil que es una panacea contra la mordedura de las serpientes y que se llama milhombres. En ese lecho está escrito en las letras de oro: *Hottni soit qui mal y pense*.

«Edward Rich, conde de Warwick y Holanda, posee el Castillo de Warwick, en las chimeneas del cual se queman encinas enteras.

«En la parroquia de Seven-Oaks, Charles Sackville, barón Buckhurst, vizconde Cranfield, conde de Dorset y Middlesex, posee Knowle, que es grande como una ciudad y se compone de tres palacios, situados paralelamente el uno detrás del otro como filas de infantería, con diez frontispicios con escalera en la fachada principal y una puerta bajo un torreón de cuatro torres.

«Thomas Thynne, vizconde Weymouth, barón Varminster, posee Long-Leate, que tiene casi tantas chimeneas, linternas, glorietas, garitas, pabellones y torrecillas como Chambord en Francia, perteneciente al Rey.

«Henry Howard, conde de Suffolk, tiene, a doce leguas de Londres, el palacio de Audleyene en Middlesex, el cual apenas cede en grandeza y majestuosidad al Escorial del rey de España.

«En Bedfordshire, Wrest-House-and-Park, que es todo un país rodeado de fosos y murallas, con bosques, ríos y colinas, pertenece a Henri, marqués de Kent.

«Hampton-Court, en Hereford, con su poderoso torreón almenado, y su jardín limitado por un estanque que lo separa del bosque, pertenece a Thomas, lord Coningsby.

«Grimsthorp, en Lincolnshire, con su larga fachada cortada por altas

torrecillas en punta, sus parques, sus estanques, sus criaderos de faisanes, sus rediles, sus parterres de césped, sus alamedas de árboles al tresbolillo, sus senderos, sus arboledas, sus parterres de flores cuadrículados o romboidales que parecen grandes alfombras, sus praderas para carreras y la majestuosidad del círculo que describen las carrozas para entrar en el castillo, pertenece a Robert, conde de Lindsay, lord hereditario del bosque de Walham.

«Up Park, en Sussex, castillo cuadrado con dos pabellones simétricos con torre de atalaya a ambos lados del patio de honor, pertenece al muy honorable Ford, lord Grey, vizconde Glendale y conde de Tankarville.

«Newnham Padox, en Warwickshire, que tiene dos viveros cuadrangulares y un frontispicio con vidriera de cuatro cristales, pertenece al conde de Denbigh, que es conde de Rheinfelden en Alemania.

«Wythame, en el condado de Berk, con su jardín francés en el que hay cuatro glorietas talladas, y su gran torre almenada con un escudo en el que se ven dos altas naves de guerra, pertenece a lord Montague, conde de Abingdon, también dueño de Rycott, del que es barón y en cuya puerta principal se lee la divisa: Virtus ariete fortior.

«William Cavendish, duque de Devonshire, posee seis castillos, uno de los cuales es Chatsworth, de dos pisos y del estilo griego más bello; además su gracia tiene su palacio de Londres, donde hay un león que vuelve la espalda al palacio del Rey.

«El vizconde Kinalmeaky, que es conde de Cork en Irlanda, tiene la Burlington-House en Piccadilly, con grandes jardines que llegan hasta los campos fuera de Londres; posee también Chiswick, donde hay nueve cuerpos de habitaciones magníficas; y Londesburgh, que es un palacio nuevo junto a otro viejo.

«El duque de Beaufort posee Chelsea, que contiene dos castillos góticos y uno florentino; también es dueño de Badmington en Gloucester, que es una residencia de la que irradian como de una estrella una multitud de avenidas. El muy noble y poderoso príncipe Henri, duque de Beaufort, es al mismo tiempo marqués y conde de Worcester, barón Raglan, barón Power y barón Herbert de Chepstow.

«John Holles, duque de Newcastle y marqués de Clare, es dueño de Bolsover, cuyo torreón cuadrado es majestuoso, y de Haughton en Nottingham, donde en el centro de un estanque hay una pirámide redonda que imita la Torre de Babel.

«William, lord Craven, barón Craven de Hampstead, tiene en Warwickshire una residencia, Comb-Abbey, donde se ve el surtidor más bello de Inglaterra, y en Berkshire dos baronías: Hampstead Marshall, cuya fachada

muestra cinco linternas góticas, y Asdowne Park, castillo situado en el punto de intersección de un cruce de caminos en un bosque.

«Lord Linnoeus Clancharlie, barón Clancharlie y Hunkerville, marqués de Corleone en Sicilia, basa su dignidad de par en el castillo de Clancharlie construido en 914 por Eduardo el Viejo contra los daneses, y Hunkerville-House en Londres, que es un palacio, más en Windsor el palacio Corleone-lodge, y ocho castellanías, una en Bruxton, sobre el Trent, con derecho a las canteras de alabastro, y Gumdraith, Homble, Moricambe, Trenwardraith, Hell-Kerters, donde hay un pozo maravilloso; Pillinmore y sus turberas, Reculver, cerca de la vieja ciudad de Vagniacae; Vinecaunton, en la montaña Moilenlli; más diecinueve burgos y aldeas con bailes, y toda la región de Pensneth-chase, todo lo cual, en conjunto, produce a su señoría cuarenta mil libras esterlinas de renta.

«Los ciento setenta y dos pares que gobiernan bajo Jacobo II poseen en conjunto una renta de un millón doscientas setenta mil libras esterlinas al año, o sea la undécima parte de la renta total de Inglaterra».

Al margen del último nombre, lord Linnoeus Clancharlie, se leía esta nota escrita por Ursus:

«Rebelde; desterrado; bienes, castillos y dominios embargados. Bien hecho».

IV

Ursus admiraba a Homo. Se admira lo que se tiene cerca. Es una ley.

Estar siempre sordamente furioso era la situación interior de Ursus y refunfuñar su situación exterior. Ursus era el descontento de la creación. Es natural que haya quien se oponga. Tomaba a mala parte el universo. No le satisfacía nadie ni nada. Hacer la miel no absolvía a la abeja de picar; hacer que florezca una rosa no absolvía al sol de la fiebre amarilla y el vómito negro. Es probable que en la intimidad Ursus criticara mucho a Dios. Decía: «Evidentemente, el diablo se mueve por resorte y el error de Dios consiste en haber soltado el disparador». Apenas aprobaba más que a los príncipes y tenía su manera propia de aplaudirlos. Un día en que Jacobo II donó a la Virgen de una capilla católica irlandesa una lámpara de oro macizo, Ursus, que pasaba por allí con Homo, más indiferente, estalló en admiración ante todo el pueblo y exclamó: «Es cierto que la santa Virgen necesita una lámpara de oro más que estos niños descalzos necesitan zapatos».

Tales pruebas de su «lealtad» y la evidencia de su respeto por los poderes establecidos no contribuían poco, probablemente, a que los magistrados tolerasen su existencia vagabunda y su compañerismo desigual con un lobo. Al anochechar dejaba a veces, por debilidad amistosa, que Homo estirase un

poco los miembros y errase en libertad alrededor de la barraca; el lobo era incapaz de un abuso de confianza y se comportaba «en sociedad», es decir entre los hombres, con la discreción de un perro de aguas; sin embargo, si se las tenía que haber con alcaldes de mal humor, eso podía tener inconvenientes, por lo que Ursus mantenía encadenado el mayor tiempo posible al honrado lobo. Desde el punto de vista político, su cartel acerca del oro, que se había puesto indescifrable y además era poco inteligible, no era más que un galimatías superficial y no lo delataba. Inclusive después de Jacobo II y en el reinado «respetable» de Guillermo y María, las pequeñas poblaciones de los comandos de Inglaterra podían ver pasar tranquilamente su carricoche. Viajaba libremente de un extremo al otro de Gran Bretaña, vendiendo sus filtros y sus redomas, haciendo, a medias con el lobo, sus mojigangas de médico de encrucijada, y pasaba con facilidad a través de las redes policiales, tendidas en esa época en toda Inglaterra para apresara las bandas nómadas y particularmente para impedir el paso de los «comprachicos».

Por lo demás, eso era justo. Ursus no pertenecía a banda alguna. Ursus vivía con Ursus, en una conversación a solas de él mismo consigo mismo en la que un lobo metía a veces graciosamente el hocico. Ursus habría deseado ser caribe; como no podía serlo, era el que está solo. El solitario es un diminutivo del salvaje, aceptado por la civilización. Se está tanto más solo cuando se anda errante. A eso se debía su traslado perpetuo. Quedarse en alguna parte le parecía un amansamiento. Pasaba la vida recorriendo caminos. La vista de las ciudades redoblaba en él la predilección por los matorrales, los breñales, los espinos y los agujeros en las rocas. Su domicilio era el bosque. No se sentía muy extraviado entre el murmullo de las plazas públicas, bastante parecido al runrún de los árboles. La multitud satisface en cierta medida la afición al desierto. Lo que le desagradaba de su barraca era que tenía una puerta y ventanas y se parecía a una casa. Habría conseguido su ideal si hubiera podido poner una caverna sobre cuatro ruedas y viajar en un antro.

No sonreía, como hemos dicho, pero reía, y a veces frecuentemente, con una risa amarga. Hay consentimiento en la sonrisa, en tanto que la risa es con frecuencia un rechazamiento.

Su gran tarea consistía en odiar al género humano. Era implacable en ese odio. Habiendo aclarado que la vida humana es una cosa espantosa, habiendo observado la superposición de las plagas, de los reyes sobre el pueblo, la guerra sobre los reyes, la peste sobre la guerra, el hambre sobre la peste, la necedad sobre todo; habiendo comprobado cierta cantidad de castigo en el solo hecho de existir, habiendo reconocido que la muerte es una liberación, cuando le llevaban un enfermo lo curaba. Tenía cordiales y brebajes para prolongar la vida de los ancianos. Volvía a poner en pie a los lisiados y les lanzaba este sarcasmo: «Ya estás sobre tus patas. ¡Ojalá puedas caminar largo

tiempo por el valle de lágrimas!». Cuando veía un pobre que se moría de hambre le daba todas las monedas de cobre que llevaba consigo y refunfuñaba: «¡Vive, miserable! ¡Come! ¡Dura largo tiempo! No seré yo quien abrevie tu encarcelamiento». Después de lo cual se frotaba las manos y añadía: «Hago a los hombres todo el mal que puedo».

Los transeúntes podían, por el agujero de la ventanilla trasera, leer en el techo de la barraca este letrero escrito dentro, pero visible desde fuera, trazado con carbón en letras gruesas: URSUS, FILÓSOFO.

2

Los comprachicos

I

¿Quién conoce ahora la palabra comprachicos y su significado?

Los comprachicos, o comprapequeños, eran una horrible y extraña asociación nómada famosa en el siglo XVII, olvidada en el XVIII e ignorada al presente. Los comprachicos son, como «el polvo de sucesión», un antiguo detalle social característico. Forman parte de la vieja fealdad humana. Para la gran mirada de la historia, que ve los conjuntos, los comprachicos se relacionan con el inmenso hecho de la Esclavitud. José, vendido por sus hermanos, es un capítulo de su leyenda. Los compra-chicos han dejado su huella en las legislaciones penales de España e Inglaterra. En la confusión oscura de las leyes inglesas se encuentra aquí y allá la presión de ese hecho monstruoso, como se encuentra la impresión del pie de un salvaje en un bosque.

Comprachicos, lo mismo que comprapequeños, es una palabra española compuesta.

Los comprachicos comerciaban con los niños. Los compraban y vendían.

No los robaban. El robo de niños es otra industria.

¿Y qué hacían con esos niños? Monstruos. ¿Por qué monstruos? Para reír.

El pueblo necesita reír; los reyes también. En las plazas públicas es necesario el payaso y en los palacios reales el bufón. El uno se llama Turlupin y el otro Triboulet.

Los esfuerzos del hombre para procurarse alegría son a veces dignos de la atención del filósofo.

¿Qué esbozamos en estas pocas páginas preliminares? Un capítulo del más terrible de los libros, del libro que se podría intitular: La explotación de los desdichados por los dichosos.

II

Un niño destinado a ser un juguete para los hombres es algo que ha existido. (Existe todavía al presente). En las épocas ingenuas y feroces eso constituía una industria especial. El siglo XVII, llamado el gran siglo, fue una de esas épocas. Fue un siglo muy bizantino; poseía una ingenuidad corrompida y una ferocidad delicada, variedad curiosa de la civilización. Un tigre que hacía remilgos. Madame de Sévigné melindrea a propósito de la hoguera y de la rueda. Ese siglo explotó mucho a los niños; los historiadores, adulones de ese siglo, han ocultado la llaga, pero han dejado ver el remedio: Vicente de Paul.

Para que el hombre juguete tenga buen éxito hay que tomarlo temprano. Al enano hay que enseñarle cuando es niño. Se manejaba a la infancia. Pero un niño derecho no es muy divertido. Un jorobado es más alegre.

De ahí nació un arte. Había criadores. Se tomaba un hombre y se hacía de él un aborto; se tomaba un rostro y se hacía con él un mascarón. Se comprimía el crecimiento, se modelaba la fisonomía. Esta producción artificial de casos teratológicos tenía sus reglas. Era toda una ciencia. Imagínese una ortopedia en sentido inverso. Allí donde Dios ha puesto la mirada este arte ponía el estrabismo. Allí donde Dios ha puesto la armonía se ponía la deformidad. Allí donde Dios ha puesto la perfección se restablecía el esbozo. Y para los concedores era el esbozo el perfecto. Había también reparaciones de recalce para los animales; se inventaban caballos píos; Turena montaba un caballo pío. ¿En nuestros días no se pinta a los perros de azul y de verde? La naturaleza es nuestro cañamazo. El hombre ha querido siempre añadir algo a Dios. El hombre retoca la creación, a veces para mejorarla y otras veces para empeorarla. El bufón de corte no era otra cosa que una tentativa de hacer que el hombre volviera al mono. Era un progreso hacia atrás, una obra maestra hecha a reculones. Al mismo tiempo se trataba de convertir al mono en hombre. Barbe, duquesa de Cleveland y condesa de Southampton, tenía como paje a un mico. En casa de Françoise Sutton, baronesa Dudley, octava paresa del banco de los barones, el té era servido por un babuino vestido de brocado de oro al que lady Dudley llamaba «mi negro». Catherine Sidley, condesa de Dorchester, iba a sentarse en el Parlamento en una carroza blasonada en la trasera de la cual se mantenían en pie, con los hocicos al viento, tres papiones con librea de gala. Una duquesa de Medina-Coeli, a la que el cardenal Polus vio levantarse, se hacía poner las medias por un orangután. Estos monos ascendidos hacían contrapeso a los hombres embrutecidos y bestializados. Esta promiscuidad, querida por los grandes, del hombre y la bestia era

subrayada particularmente por el enano y el perro. El enano nunca abandonaba al perro, siempre mayor que él. El perro era el compañero del enano. Eran como dos collares acoplados. Atestiguan esta yuxtaposición numerosos monumentos domésticos, sobre todo el retrato de Jeffrey Hudson, enano de Enriqueta de Francia, hija de Enrique IV y esposa de Carlos I.

Degradar al hombre lleva a deformarlo. Se completaba la supresión de estado con la desfiguración. Algunos vivisectores de esa época conseguían muy bien borrar en el rostro humano la efigie divina. El doctor Conquest, miembro del colegio de Amen-Street y visitador jurado de las tiendas de químicos de Londres, escribió un libro en latín acerca de esa cirugía al revés y cita los procedimientos. Si se ha de creer a Justus de Carrick-Fergus, el inventor de esta cirugía fue un monje llamado Aven-More, palabra irlandesa que significa Gran Río.

El enano del elector palatino, Perkeo, cuya muñeca —o el espectro— sale de una caja de sorpresas en la cueva de Heidelberg, era un notable ejemplar de esta ciencia, muy variada en sus aplicaciones.

Eso hacía seres cuya ley de existencia era monstruosamente sencilla: permiso para sufrir y orden de divertir.

III

Esta fabricación de monstruos se practicaba en gran escala y comprendía diversos géneros.

La necesitaba el sultán y la necesitaba el Papa, el uno para vigilar a sus mujeres y el otro para rezar sus oraciones. Era un género aparte que no podía reproducirse por sí mismo. Estos casi humanos eran útiles para la voluptuosidad y para la religión. El serrallo y la capilla Sixtina consumían la misma especie de monstruos, aquí feroces, allá suaves.

Se sabía producir en esa época cosas que no se producen ya ahora, se poseían habilidades que nos faltan, por lo que no sin razón las buenas almas proclaman la decadencia. Ya no se sabe esculpir en plena carne humana; eso se debe a que el arte de los suplicios se pierde; se era virtuoso en ese género y ya no se es; se ha simplificado ese arte hasta el punto de que pronto tal vez desaparezca por completo. Al cortar los miembros a hombres vivos, al abrirles el vientre, al arrancarles las vísceras, se sorprendía en flagrante delito a los fenómenos y se hacían hallazgos. Ahora hay que renunciar a ello y nos hemos privado de los progresos que el verdugo aportaba a la cirugía.

Esa vivisección de antaño no se limitaba a confeccionar fenómenos para la plaza pública, bufones para los palacios, o sea aumentativos del cortesano, y eunucos para los sultanes y los papas. Abundaba en variantes. Uno de sus triunfos consistió en hacer un gallo para el rey de Inglaterra.

Era costumbre que en el palacio del rey de Inglaterra hubiese una especie de hombre nocturno que cantaba como el gallo. Ese velador, en pie mientras los demás dormían, rondaba por el palacio y de hora en hora lanzaba ese grito de corral, repetido las veces necesarias para reemplazar a un reloj. Aquel hombre, promovido a gallo, había sufrido para ello en su infancia una operación en la faringe que forma parte del arte descrito por el doctor Conquest. En el reinado de Carlos II, como una salvación inherente en la operación desagradó a la duquesa de Portsmouth, se conservó la función para no disminuir el brillo de la corona, pero se hizo que lanzara el grito del gallo un hombre no mutilado. Se elegía ordinariamente para ese empleo honorable a un ex funcionario. En el reinado de Jacobo II ese funcionario se llamaba William Sampson Gallo y recibía anualmente por su canto nueve libras, dos chelines y seis sueldos.

Hace apenas cien años, en Petersburgo, como refieren las memorias de Catalina II, cuando el zar o la zarina estaban descontentos con un príncipe ruso, hacían que el príncipe se pusiese en cuclillas en la gran antecámara del palacio, y permaneciera en esa postura un número de días determinado, maullando, por orden, como un gato, o cloqueando como una gallina clueca, y picoteando en el suelo sus alimentos.

Estas modas pertenecen al pasado, pero menos de lo que se cree. Ahora los cortesanos que cloquean para complacer modifican un poco la entonación. Más de uno recoge del suelo, no decimos que del barro, lo que come.

Es una gran suerte que los reyes no puedan equivocarse. De esta manera sus contradicciones nunca embarazan. Aprobando sin cesar se está seguro de tener siempre razón, lo que es agradable. A Luis XIV no le habría gustado ver en Versalles a un funcionario que hacía el gallo, ni a un príncipe que hacía el gallipavo. Lo que realzaba la dignidad real e imperial en Inglaterra y en Rusia le habría parecido a Luis el Grande incompatible con la corona de San Luis. Se conoce su descontento cuando madame Enriqueta se descuidó una noche hasta el extremo de ver en sueños una gallina, grave inconveniencia, en efecto, en una persona de la Corte. Cuando se es grande no se debe soñar con lo bajo. Bossuet, como se recordará, compartió el escándalo de Luis XIV.

IV

El comercio de niños del siglo XVII se completaba, como hemos explicado, con una industria. Los comprachicos hacían ese comercio y ejercían esa industria. Compraban niños, trabajaban un poco esa materia prima y la revendían luego.

Los vendedores eran de todas clases, desde el padre miserable que se desembarazaba de su familia, hasta el amo que utilizaba su potrero de esclavos. Nada había más sencillo que la venta de hombres. En nuestros días

se ha combatido para mantener ese derecho. Se recordará que hace menos de un siglo el elector de Hesse vendía sus súbditos al rey de Inglaterra, que necesitaba hombres que se hicieran matar en América. Se iba a casa del elector de Hesse como a una carnicería para comprar carne. El elector de Hesse tenía carne de cañón. Ese príncipe colgaba de un gancho a sus súbditos en su tienda. Compradlos, están en venta. En Inglaterra, bajo Jeffrey, después de la trágica aventura de Monmouth, hubo muchos señores y caballeros decapitados y descuartizados; esos ajusticiados dejaron esposas e hijas, viudas y huérfanas que Jacobo II donó a la Reina su esposa. La Reina vendió esas damas a Guillermo Penn. Es probable que ese rey percibiese un tanto por ciento. Lo que sorprende no es que Jacobo II vendiera a esas mujeres, sino que Guillermo Penn las comprara.

La compra de Penn se excusa, o se explica, porque tenía que sembrar de hombres un desierto y necesitaba mujeres. Las mujeres formaban parte de sus herramientas.

Las damas fueron un buen negocio para su graciosa majestad la Reina. Las jóvenes se vendieron a buen precio. Se piensa con el malestar de una sensación de escándalo complicado que Penn, probablemente, habría podido comprar viejas duquesas muy baratas.

Los comprachicos se llamaban también «cheylas», palabra india que significa desanidadores de niños.

Durante largo tiempo los comprachicos sólo se ocultaban a medias. Hay a veces en el orden social una penumbra complaciente para las industrias infames; se conservan en ella. En nuestros días hemos visto en España una asociación de esa clase dirigida por el trabucaire Ramón Selles y que duró desde 1834 hasta 1866 y durante treinta años mantuvo bajo el terror a tres provincias: Valencia, Alicante y Murcia.

Bajo los Estuardo los comprachicos no estaban mal vistos en la Corte. Si era necesario, la razón de Estado se servía de ellos. Para Jacobo II fueron casi un *instrumentum regni*. Era la época en que se truncaba a las familias molestas y refractarias, se acortaban las descendencias y se suprimía bruscamente a los herederos. A veces se frustraba a una rama en beneficio de otra. Los comprachicos poseían la habilidad de desfigurar, lo que los recomendaba a la política. Desfigurar es preferible a matar. Es cierto que existía la máscara de hierro, pero era un medio grosero. No se podía poblar a Europa con máscaras de hierro, en tanto que los juglares deformes recorrían las calles sin inverosimilitud; además, la máscara de hierro se puede arrancar, pero no la máscara de carne. Os enmascaráis para siempre con vuestro propio rostro; nada puede ser más ingenioso. Los comprachicos trabajaban al hombre como los chinos trabajan el árbol. Poseían secretos, como hemos dicho, y empleaban

trucos. Ese arte se ha perdido. Cierta desmedro extraño salía de sus manos. Era ridículo y profundo. Tocaban a un pequeño ser con tanto ingenio que su padre no lo habría reconocido: Et que méconnaitrait l'oeil même de son père, dice Racine con una falta de francés. A veces dejaban la columna dorsal derecha, pero rehacían la cara. Desmarcaban a un niño como se desmarca un pañuelo.

Los productos destinados a ser titiriteros tenían las articulaciones dislocadas de una manera sabia. Parecían deshuesados. Eso los convertía en gimnastas.

Los comprachicos no sólo le quitaban al niño su rostro, sino también la memoria. Al menos se la quitaban todo lo que podían. El niño no tenía conciencia de la mutilación que había sufrido. Esa cirugía espantosa dejaba huella en su rostro, pero no en su mente. Lo más que podía recordar era que un día se habían apoderado de él unos hombres, luego se había dormido y a continuación lo habían curado. ¿Curado de qué? Lo ignoraba. De las quemaduras con azufre y las incisiones con hierro no se acordaba. Los comprachicos, durante la operación, adormecían al pequeño paciente por medio de un polvo estupefaciente considerado mágico y que suprimía el dolor. Ese polvo era conocido en China desde tiempo inmemorial y todavía se lo emplea en la actualidad. China tuvo antes que nosotros todos nuestros inventos: la imprenta, la artillería, la navegación aérea, el cloroformo. Sólo que el descubrimiento que en Europa adquiere inmediatamente vida y desarrollo y se convierte en prodigio de maravilla, en China sigue en estado de embrión y se conserva muerto. China es un bocal de fetos.

Puesto que estamos en China, quedémonos allí un momento más para hablar de un detalle. En todos los tiempos se ha practicado en China un refinamiento del arte y del ingenio que consiste en el amoldamiento del hombre vivo. Se toma un niño de dos o tres años, se lo mete en un jarrón de porcelana más o menos raro, sin tapa y sin fondo para que sobresalgan la cabeza y los pies. Durante el día se mantiene ese jarrón en pie y por la noche se lo acuesta para que el niño pueda dormir. El niño crece así sin agrandarse y llena con su carne comprimida y sus huesos quebrados las abolladuras del jarrón. Este crecimiento embotellado dura muchos años. En un momento dado es irremediable. Cuando se juzga que el monstruo está ya hecho se rompe el jarrón, el niño sale de él y se tiene un hombre con la forma de una vasija.

Eso es cómodo; de antemano se puede encargar un enano de la forma que se desee.

V

Jacobo 11 toleró a los comprachicos por una buena razón: porque los utilizaba. Al menos eso le sucedió más de una vez. No siempre se desdeña lo

que se desprecia. A esa industria de abajo, a veces un recurso excelente para la industria de arriba, llamada política, se la dejaba voluntariamente miserable, pero no se la perseguía. No era objeto de vigilancia alguna, pero sí de cierta atención. Eso puede ser útil. La ley cerraba un ojo y el Rey abría el otro.

A veces el Rey llegaba a confesar su complicidad. Son esas las audacias del terrorismo monárquico. El desfigurado era flordelisado; le quitaban la marca de Dios y le ponían la marca del Rey. Jacob Astley, caballero y baronet, señor de Melton, constable en el condado de Norfolk, tuvo en su familia un niño vendido, en la frente del cual el comisario vendedor había impreso con hierro caliente una flor de lis. En ciertos casos, si se quería hacer constar, por cualquiera razón, el origen regio de la nueva situación creada al niño, se empleaba ese medio. Inglaterra nos ha hecho siempre el honor de utilizar para sus usos personales la flor de lis.

Los comprachicos, con el matiz que distingue a una industria de un fanatismo, eran análogos a los estranguladores de la India; vivían entre ellos, en bandas, un poco histriones, pero por pretexto. La circulación les era así más fácil. Acampaban aquí y allá, pero serios, religiosos y sin parecido alguno con los otros nómadas, incapaces de robar. Durante largo tiempo la gente los confundió equivocadamente con los moriscos de España y los moriscos de China. Los moriscos de España eran monederos falsos y los moriscos de China eran rateros. Nada de eso eran los comprachicos, sino personas honradas. Piénsese lo que se quiera, se mostraban a veces sinceramente escrupulosos. Empujaban una puerta, entraban, compraban un niño, lo pagaban y se lo llevaban. Todo se hacía correctamente.

Pertenecían a todos los países. Con el nombre de comprachicos fraternizaban ingleses, franceses, castellanos, alemanes e italianos. Un mismo pensamiento, una misma superstición, la explotación en común de un mismo oficio hacen esas fusiones. En esa fraternidad de bandidos los levantinos representaban al Oriente y los del oeste al Occidente. Muchos vascos dialogaban con muchos irlandeses; el vasco y el irlandés se comprenden, pues hablan la vieja jerga púnica; añádase a eso las relaciones íntimas de la Irlanda católica con la católica España. Esas relaciones eran tales que terminaron haciendo ahorcar en Londres a casi un rey de Irlanda, el lord galés de Brany, lo que produjo el condado de Letrim.

Los comprachicos eran una asociación más bien que una horda, un residuo más bien que una asociación. Eran toda el hampa del universo que tenía por industria el crimen. Eran una especie de pueblo arlequín compuesto con todos los harapos. Afiliar a un hombre era coser un andrajo.

Errar era la ley de vida de los comprachicos. Aparecer y luego desaparecer. Quien no es más que tolerado no arraiga. Inclusive en los reinos donde su

industria era proveedora de las cortes y, en caso necesario, auxiliar del poder real, se los maltrataba de pronto. Los reyes utilizaban su arte y ponían a los artistas en las galeras. Esas inconsecuencias son los vaivenes del capricho real. «Pues eso es lo que nos place».

Piedra movediza e industria que vagabundea no crían moho. Los comprachicos eran pobres. Habrían podido decir lo que dijo la bruja escuálida y en harapos al ver que encendían la antorcha de la hoguera: «La cosa no merece la pena». Tal vez, inclusive probablemente, sus jefes, desconocidos, los empresarios en gran escala del comercio de niños, eran ricos. Al cabo de dos siglos sería difícil aclarar ese punto.

Se trataba, como hemos dicho, de una asociación. Tenía sus leyes, su juramento, sus fórmulas. Y casi su cábala. Quien al presente deseara saber más acerca de los comprachicos no tendría que hacer más que ir a Vizcaya o a Galicia. Como había muchos vascos entre ellos, es en esas montañas donde perdura su leyenda. Todavía se habla de los comprachicos en Oyarzun, Urbistondo, Lezo y Astigarraga. «Aguarda te, niño, que voy a llamar al comprachicos» es en ese país el grito de intimidación de las madres a los niños.

Los comprachicos, como los cingaros y los gitanos, se daban citas; de vez en cuando los jefes conversaban. En el siglo XVII tenían cuatro puntos de encuentro principales: uno en España, el desfiladero de Pancorbo; uno en Alemania, el claro de bosque llamado la Mala Mujer, cerca de Diekirch, donde hay dos bajorrelieves enigmáticos que representan una mujer con cabeza y un hombre que no la tiene; uno en Francia, el cerro donde estaba la colosal estatua Massue-laa promesse, en el antiguo bosque sagrado de Borvo-Tomona, cerca de Bourbonne-les-Bains; y otro en Inglaterra, detrás de la pared del jardín de William Chaloner, escudero de Gisbrough en Cleveland de York, entre la torre cuadrada y el gran frontispicio con una puerta ojival.

VI

Las leyes contra los vagabundos han sido siempre muy rigurosas en Inglaterra. Inglaterra, en su legislación gótica, parecía inspirarse en este principio: Homo errans fera errante peior. Uno de sus estatutos especiales califica al hombre sin asilo «más peligroso que el áspid, el dragón, el lince y el basilisco» (atrocior aspide, dracone, lynce et basilico). Durante largo tiempo Inglaterra sintió la misma inquietud por los gitanos, de los que quería librarse, que por los lobos, de los que se había librado.

En esto el inglés se diferencia del irlandés, que ruega a los santos por la salud del lobo, al que llama «mi padrino».

La ley inglesa, no obstante, lo mismo que toleraba, como se acaba de ver,

al lobo domesticado, convertido en cierto modo en un perro, toleraba al vagabundo registrado, convertido en súbdito. No inquietaban el titiritero, ni el barbero ambulante, ni el físico, ni el buhonero, ni el sabihondo al aire libre, pues tenían un oficio para vivir. Fuera de eso y salvo esas excepciones, la especie de hombre libre que hay en el hombre errante atemorizaba a la ley. Un pasajero era un enemigo posible. No se conocía esa cosa moderna que es callejear, ni esa cosa antigua que es vagabundear. La «mala facha», ese no sé qué que todo el mundo comprende y nadie puede definir, era suficiente para que la sociedad asiese a un hombre por el cuello. «¿Dónde vives? ¿Qué haces?». Y si no podía responder le esperaban duros castigos. El hierro y el fuego figuraban en el código. La ley practicaba la cauterización de la vagancia.

De ahí, en todo el territorio inglés, una verdadera «ley de los sospechosos», aplicada a los vagabundos, malhechores voluntarios, digámoslo, y particularmente a los gitanos, la expulsión de los cuales ha sido comparada sin razón con la expulsión de los judíos y los moros de España, y de los protestantes de Francia. Por lo que a nosotros respecta, no confundimos una batida con una persecución.

Los comprachicos, insistimos en ello, nada tenían de común con los gitanos. Los gitanos eran una nación; los comprachicos eran un compuesto de todas las naciones, un residuo, como hemos dicho; un enorme barreño de aguas inmundas. Los comprachicos no tenían, como los gitanos, un idioma propio; su jerga era una promiscuidad de idiomas; todas las lenguas mezcladas eran su lengua; hablaban un galimatías. Habían terminado siendo, como los gitanos, un pueblo que serpenteaba entre los otros pueblos, pero su vínculo común era la asociación, no la raza. En todas las épocas de la historia se puede comprobar, en esa vasta masa líquida que es la humanidad, esos arroyos de hombres ponzoñosos que corren aparte, con algún envenenamiento a su alrededor. Los gitanos eran una familia; los comprachicos, una francmasonería, una masonería que no tenía un propósito augusto, sino una industria horrible. Última diferencia: la religión. Los gitanos eran paganos y los comprachicos cristianos, e inclusive buenos cristianos, como corresponde a una asociación que, aunque era una mezcolanza de todos los pueblos, había nacido en España, país devoto.

Eran más que cristianos: eran católicos; eran más que católicos: eran romanos; y tan suspicaces en su fe y tan puros que se negaron a asociarse con los nómadas húngaros del comitado de Pesth, mandados y conducidos por un anciano que llevaba como cetro un bastón con puño de plata coronado por el águila austríaca de dos cabezas. Es cierto que esos húngaros eran cismáticos hasta el extremo de que celebraban la fiesta de la Asunción el 27 de agosto, lo que es abominable.

En Inglaterra, mientras reinaron los Estuardo, la asociación de los comprachicos estuvo, y hemos dejado entrever los motivos, casi protegida. Jacobo II, hombre fervoroso, que perseguía a los judíos y acorralaba a los gitanos, fue un buen príncipe para los comprachicos. Ya se ha visto por qué. Los comprachicos eran los compradores de la mercadería humana que vendía el Rey. Sobresalían en las desapariciones. El bien del Estado quiere desapariciones de vez en cuando. Un heredero molesto en tierna edad, del que se apoderaban y al que recomponían, perdía su forma. Eso facilitaba las confiscaciones. Las transferencias de señorías a los favoritos se simplificaban. Los comprachicos eran, además, muy discretos y taciturnos, se comprometían a mantener silencio y cumplían su palabra, lo que es necesario para los asuntos de Estado. Casi no había un solo ejemplo de que hubiesen traicionado los secretos del Rey. Es cierto que lo hacían por interés. Si el Rey hubiese perdido la confianza se habrían visto en gran peligro. En consecuencia, la política podía recurrir a ellos. Además, aquellos artistas proporcionaban cantores al Santo Padre. Eran útiles para cantar el Miserere de Allegri. Sentían una devoción particular por María. Todo esto complacía al papismo de los Estuardo. Jacobo II no podía ser hostil a unos hombres religiosos que llevaban la devoción a la Virgen hasta fabricar eunucos. En 1688 hubo un cambio de dinastía en Inglaterra. Orange suplantó a Estuardo. Guillermo III reemplazó a Jacobo II.

Jacobo II fue a morir en el destierro, donde se hicieron milagros sobre su tumba y sus reliquias curaron al obispo de Autun de la fístula, digna recompensa por las virtudes cristianas de ese príncipe.

Como Guillermo no tenía las mismas ideas ni las mismas prácticas que Jacobo, fue severo con los comprachicos. Puso mucha buena voluntad en el aplastamiento de esa plaga de insectos.

Un estatuto de los primeros tiempos de Guillermo y María golpeó rudamente a la asociación de los compradores de niños. Fue un mazazo asestado a los comprachicos, en adelante pulverizados. Según las disposiciones de ese estatuto, los miembros de esa asociación que eran apresados y debidamente convictos debían ser marcados en el hombro con un hierro candente que les imprimía una R, que significa rogue, es decir bribón; en la mano izquierda con una T, que significa thtef, es decir ladrón; y en la mano derecha una M, que significa man slay, es decir homicida. Los jefes, «presuntos ricos, aunque de aspecto mendicante», serían castigados con el collistrigium, que era la picota, y marcados en la frente con una P; además se les confiscarían los bienes y se desarraigaban los árboles de sus bosques. Los que no denunciaran a los comprachicos serían «castigados con la confiscación y la prisión perpetua», como por el delito de misprision, o sea de ocultación. En cuanto a las mujeres encontradas entre esos hombres, sufrirían la cucking

stool, que es un armatoste cuyo nombre, compuesto por la palabra francesa coquine (mujer de mala vida) y la alemana stuhl, significa «silla de p...». Como la ley inglesa está dotada de una longevidad singular, ese castigo existe todavía en la legislación de Inglaterra para «las mujeres pendencieras». Se suspende la cucking stool sobre un río o un estanque, se sienta a la mujer en ella y se deja caer la silla en el agua; luego se la retira y se repite tres veces ese chapuzón de la mujer «para refrescar su berrinche», según dice el comentarista Chamberlayne.

LIBRO PRIMERO

La noche menos negra que el hombre

1

La punta meridional de Portland

Un cierzo pertinaz del norte sopló continuamente en el continente europeo, y todavía más rudamente en Inglaterra, durante todo el mes de diciembre de 1689 y todo el mes de enero de 1690. A eso se debió el frío desastroso que hizo que se anotara ese invierno como «memorable para los pobres» en las márgenes de la vieja Biblia de la capilla presbiteriana de los Non Jurors de Londres. Gracias a la solidez útil del antiguo pergamino monárquico empleado en los registros oficiales, largas listas de indigentes hallados muertos de hambre y desnudez son todavía legibles en muchos de los archivos locales, sobre todo en los catálogos de beneficios eclesiásticos de la Clink Liberty Court de la villa de Southwark, de la Pie Powder Court, que quiere decir tribunal de los pies polvorientos; y de la White Chapel Court, a cargo en la aldea de Stapney del baile del señor. El Támesis se heló, lo que no sucede sino una vez cada siglo, pues el hielo se forma difícilmente a causa de la sacudida del mar. Los carros rodaban por el río helado, y hubo en él una feria con tiendas y combates de osos y toros; se asó un buey entero en el hielo. Ese espesor del hielo duró dos meses. El penoso año de 1690 superó en rigor hasta a los célebres inviernos de comienzos del siglo XVII, tan minuciosamente observados por el doctor Gedeon Delaun, honrado por la ciudad de Londres con un busto con basamento como boticario del rey Jacobo I.

Un anochecer, hacia el final de uno de los días más glaciales de ese mes de enero de 1690, sucedía en una de las numerosas caletas inhospitalarias del golfo de Portland algo inusitado que hacía gritar y revolotear a la entrada de esa caleta a las gaviotas y los patos marinos, que no se atrevían a entrar.

En esa caleta, la más peligrosa de todas las del golfo cuando reinan ciertos vientos, y por consiguiente la más solitaria y cómoda, a causa de su peligrosidad misma, para los navíos que se ocultan, un barquichuelo, acostado casi en el acantilado, gracias a la profundidad del agua, estaba amarrado a una punta de roca. Es un error decir que la noche cae; se debería decir que la noche sube, pues la oscuridad viene de la tierra. Era ya de noche en la parte baja del acantilado, pero todavía de día en la parte alta. Quien se hubiera aproximado al barquichuelo amarrado habría reconocido una urca vizcaína.

El sol, oculto durante todo el día por las brumas, acababa de ponerse. Se comenzaba a sentir esa angustia profunda y triste a la que se podría llamar la ansiedad del sol ausente.

Como el viento no provenía del mar, el agua de la caleta estaba en calma.

Eso era, sobre todo en invierno, una excepción afortunada. Las caletas de Portland son casi siempre abras de arena. Cuando hace mal tiempo el mar se agita en ellas considerablemente y hace falta mucha habilidad y práctica para fondear allí con seguridad. Esos pequeños puertos, más aparentes que reales, prestan un mal servicio. Es temible entrar en ellos y terrible salir. Esa noche, caso extraordinario, no existía peligro alguno.

La urca vizcaína es una antigua gabarra ya en desuso. En otro tiempo prestaba servicios inclusive a la marina de guerra, tenía un casco sólido y era una barca por el tamaño y un navío por la solidez. Figuraba en la armada; la urca de guerra alcanzaba, es cierto, un gran tonelaje; así, la capitana Grand Griffon, equipada por Lope de Medina, era de seiscientos cincuenta toneladas y llevaba cuarenta cañones; pero la comerciante y contrabandista tenía una capacidad mucho menor. La gente de mar consideraba mezquina a esa embarcación. Los cordajes de la urca estaban hechos con sogas de cáñamo, algunas con alma de alambre, lo que indica una intención probable, aunque poco científica, de obtener indicaciones en los casos de tensión magnética; la delicadeza de ese aparejo no excluía los gruesos cables de fatiga, las cabrias de las galeras españolas y las cameli de las trirremes romanas. La barra era muy larga, lo que tiene la ventaja de un gran brazo de palanca, pero el inconveniente de un pequeño arco de esfuerzo; dos roldanas en dos cajeras en el extremo de la barra corregían ese defecto y reparaban un poco esa pérdida de fuerza. La brújula estaba bien alojada en una bitácora perfectamente cuadrada y bien equilibrada por sus dos marcos de cobre colocados el uno en el otro horizontalmente sobre pequeños pernos como en las lámparas de Cardan. Había ciencia y sutileza en la construcción de la urca, pero eran ciencia ignorante y sutileza bárbara. La urca era primitiva como la prama y la piragua; tenía la estabilidad de la prama y la rapidez de la piragua y, como todas las embarcaciones nacidas del instinto pirata y pescador, notables cualidades marinas. Era adecuada para las aguas cerradas y las aguas abiertas;

su velamen, complicado con estays y muy particular, le permitía navegar con dificultad en las bahías cerradas de Asturias, que son casi estanques, y con facilidad en plena mar; podía dar la vuelta a un lago y circundar al mundo; estas naves singulares tenían dos fines: servían para el estanque y para la tempestad. La urca era entre los navíos lo que la nevatilla entre las aves: una de las más pequeñas y una de las más intrépidas; la nevatilla, cuando se posa, apenas hace que se doble una caña, y cuando vuela atraviesa el océano.

Las urcas de Vizcaya, inclusive las más pobres, estaban doradas y pintadas. Este tatuaje forma parte del carácter de esos pueblos encantadores y un poco salvajes. El abigarramiento sublime de sus montañas cuadrículadas con nieves y praderas les revela el prestigio áspero del adorno. Son indigentes y magníficos; ponen escudos de armas en sus caseríos; tienen grandes asnos que adornan con cascabeles, y grandes bueyes con la cabeza cubierta con plumas; sus carros, a las ruedas de los cuales se oye rechinar a dos leguas, están pintados, cincelados y adornados con cintas. Un zapatero remendón tiene un bajorrelieve en su puerta; representa a San Crispin y una alpargata, pero está hecho en piedra. Galonean su chaqueta de cuero y no recosen el harapo, sino que lo bordan. Su alegría es profunda y soberbia. Los vascos son, como los griegos, hijos del sol. En tanto que el valenciano se envuelve desnudo y triste en su manta de lana rojiza con un agujero para que pase la cabeza, la gente de Galicia y de Vizcaya tiene la alegría de las bellas camisas de tela blanca o rosada. Sus umbrales y sus ventanas rebosan de caras rubias y frescas que ríen bajo las mazorcas de maíz. Una serenidad jovial y orgullosa se pone de manifiesto en sus artes ingenuas, en sus industrias, en sus costumbres, en el atavío de las muchachas, en las canciones. La montaña, esa morada colosal, es en Vizcaya completamente luminosa; los rayos entran y salen por todas sus brechas. El altivo Jaizquibel está lleno de idilios. Vizcaya es la gracia pirenaica como la Saboya es la gracia alpina. Las temibles bahías de las cercanías de San Sebastián, Lezo y Fuenterrabía, mezclan con las tormentas, las nubes, las espumas que saltan sobre los cabos, las iras de la ola y el viento, el horror y el estrépito, barqueras coronadas de rosas. Quien ha visto el país vasco quiere volver a verlo. Es la tierra bendita. Dos cosechas al año, aldeas alegres y sonoras, una pobreza altiva, durante todo el domingo ruido de tamboriles, danzas, castañuelas; amores, casas limpias y claras, cigüeñas en los campanarios.

Volvamos a Portland, fragosa montaña del mar.

La península de Portland, vista en plano geométrico, presenta el aspecto de una cabeza de pájaro cuyo pico se vuelve hacia el océano y el occipucio hacia Weymouth; el istmo es el cuello.

Portland, con gran perjuicio de su salvajismo, existe al presente para la industria. Las costas de Portland fueron descubiertas por los canteros y los

yeseros hacia mediados del siglo XVIII. Desde esa época, con la roca de Portland se hace el cemento llamado romano, explotación útil que enriquece a la región y desfigura la bahía. Hace doscientos años esas costas estaban arruinadas como un acantilado y ahora están arruinadas como una cantera; la piqueta muere en pequeño y la marea en grande; de ahí una disminución de la belleza. Al desgastamiento magnífico del océano ha sucedido el corte metódico del hombre. Este corte metódico ha suprimido la caleta donde estaba amarrada la urca vizcaína. Para encontrar algún vestigio de ese pequeño fondeadero demolido habría que buscarlo en la costa oriental de la península, hacia la punta, más allá de Folly-Pier y de Dirdle-Pier, inclusive más allá de Wakeham, entre el lugar llamado Church-Hop y el lugar llamado Southwell.

La caleta, cerrada por todos lados por escarpas más altas que la anchura de ella, era, de minuto en minuto, cada vez más invadida por la noche. La bruma oscura propia del crepúsculo se adensaba; era como una creciente de oscuridad en el fondo de un pozo; la salida de la caleta al mar, corredor estrecho, dibujaba en ese interior casi nocturno donde la marea se agitaba una hendedura blanquecina. Había que estar muy cerca para columbrar la urca amarrada a las rocas y como oculta en su gran capa de sombra. Una tabla arrojada al borde de una saliente baja y plana del acantilado, único punto en el que se podía hacer pie, ponía a la barca en comunicación con la tierra; unas formas negras caminaban y se cruzaban en ese puente oscilante y en esas tinieblas se embarcaba gente.

Hacía menos frío en la caleta que en el mar, gracias a la pantalla de roca que se alzaba al norte de aquella especie de estanque, pero esa disminución no impedía que aquellas personas tiritasen. Se apresuraban.

Los efectos del crepúsculo recortan las formas nítidamente; ciertos dentellones de sus ropas eran visibles y mostraban que esas personas pertenecían a la clase llamada en Inglaterra *tbe ragged*, es decir los andrajosos.

Se distinguía vagamente en los relieves del acantilado el retorcimiento de un sendero. Una muchacha que deja colgar y arrastrarse su lazo en el respaldo de un sillón dibuja, sin darse cuenta, casi todos los senderos de acantilados y montañas. El sendero de esta caleta, lleno de nudos y recodos, casi a pico y mejor para las cabras que para los hombres, terminaba en la plataforma en que estaba la tabla. Los senderos de acantilado tienen habitualmente una pendiente poco tentadora, parecen un camino menos que una caída, se derrumban más bien que descienden. Este, ramificación probable de algún camino de la llanura, tenía un aspecto desagradable por ser tan vertical. Desde abajo se lo veía subir en zigzag a la cima del acantilado, donde desembocaba, a través de hundimientos, en la meseta superior por una cortadura en la roca. Por ese sendero habían llegado, sin duda, los pasajeros que esperaban la barca en aquella caleta.

Alrededor del movimiento de embarque que se realizaba en la caleta, movimiento visiblemente azorado e inquieto, todo era soledad. No se oía un paso, ni un ruido, ni un soplo. Apenas se percibía al otro lado de la rada, a la entrada de la bahía de Ringstead, una flotilla, evidentemente extraviada, de barcos dedicados a la pesca de tiburones. Esos barcos polares habían sido arrojados de las aguas danesas a las inglesas por los caprichos del mar. Los cierzos boreales hacen esas jugarretas a los pescadores. Estos se habían refugiado en el fondeadero de Portland, señal de mal tiempo probable y de peligro en alta mar. Se ocupaban en echar el ancla. La embarcación principal, colocada de centinela según la antigua costumbre de las flotillas noruegas, dibujaba en negro todo su aparejo sobre la blancura uniforme del mar y se veía en la proa la cabria de pesca con todas las variedades de ganchos y arpones destinados al *seymnus glacialis*, el *squalus acanthias* y el *squalus spinax niger*, y la red para pescar el gran selacio. Fuera de esas pocas embarcaciones, todas refugiadas en el mismo rincón, la vista, en el vasto horizonte de Portland, no encontraba nada viviente. Ni una casa, ni un navío. En esa época la costa no estaba habitada y en esa estación la rada no es habitable.

Cualquiera que fuera el aspecto del tiempo, los seres que iba a llevar la urca vizcaína no apresuraban menos la partida. Formaban a la orilla del mar un grupo atareado y confuso, de movimientos rápidos. Distinguir a uno de otro era difícil e imposible ver si eran viejos o jóvenes. El anochecer indistinto los mezclaba y esfumaba. Tenían en el rostro la máscara de la sombra. Eran siluetas nocturnas. Eran ocho y había probablemente entre ellos una o dos mujeres, difíciles de reconocer bajo los desgarrones y los harapos en que se arrebujaba todo el grupo, atavíos que no eran ya vestidos de mujeres ni ropas de hombres, pues los harapos no tienen sexo.

Una sombra más pequeña que iba y venía entre las grandes indicaba un enano o un niño.

Era un niño.

2

Aislamiento

Si se hubiese observado de cerca, he aquí lo que se habría podido ver.

Todos llevaban largas capas, agujereadas y remendadas, pero holgadas, y que si era necesario les cubrían hasta los ojos, buenas contra el cierzo y la curiosidad. Bajo esas capas se movían ágilmente. La mayoría llevaba un pañuelo envuelto alrededor de la cabeza, rudimento con el que comienza el

turbante en España. Este tocado nada tenía de insólito en Inglaterra. En esa época el mediodía estaba de moda en el norte. Tal vez eso se debía a que el norte vencía al mediodía. Triunfaba sobre él y lo admiraba. Después de la derrota de la armada, el castellano fue en el país de Isabel una elegante jerga cortesana. Hablar en inglés en el país de la reina de Inglaterra era casi shocking. Soportar un poco las costumbres de aquellos a quienes se ha impuesto la ley es la costumbre del vencedor bárbaro frente al vencido refinado; el tártaro contempla e imita al chino. Por eso las modas castellanas penetraban en Inglaterra; en desquite, los intereses ingleses se infiltraban en España.

Uno de los hombres del grupo que se embarcaba tenía aspecto de jefe. Calzaba alpargatas y se emperifollaba con guñapos guarnecidos con pasamanos y dorados y un chaleco de lentejuelas que brillaba bajo su capa como un vientre de pez. Otro se cubría la cara con un gran fieltro en forma de sombrero. Ese fieltro no tenía agujero para la pipa, lo que indicaba que quien lo llevaba era un hombre ilustrado.

El niño, por encima de sus harapos, se arrebujaba, de acuerdo con el principio de que una chaqueta de hombre es una capa de niño, en un casacón de gaviero que le llegaba a las rodillas. Su estatura dejaba adivinar un muchacho de diez u once años. Estaba descalzo.

La tripulación de la urca se componía de un patrón y dos marineros.

Verosímilmente, había venido de España y volvía a ese país. Hacía, sin duda alguna, un servicio furtivo entre una y otra costa.

Las personas que se embarcaban cuchicheaban entre ellas.

El cuchicheo lo hacían en un lenguaje compuesto. Ora una palabra castellana, ora una alemana, ora una francesa, y a veces una galesa, y otras veces una vasca. Era un lenguaje corrompido a menos que fuese una jerga especial.

Parecían pertenecer a todas las naciones y a la misma banda.

Los tripulantes eran probablemente de los suyos. Había connivencia en aquel embarque.

Aquel grupo abigarrado parecía ser una compañía de camaradas, tal vez una gavilla de cómplices.

Si hubiese habido un poco más de luz, y si se hubiese mirado con alguna curiosidad, se habría visto que aquellas personas llevaban rosarios y escapularios disimulados a medias bajo los harapos. Una de las casi mujeres que formaban parte del grupo tenía un rosario parecido por el grosor de las cuentas a un rosario de derviche y fácil de reconocer como un rosario irlandés

de Llanymthefry, llamado también Llanandiffry.

Asimismo se habría podido observar si hubiese habido menos oscuridad una Nuestra Señora con el Niño tallada y dorada en la proa de la urca. Era probablemente la Virgen vasca, especie de Panagia de los antiguos cántabros. Bajo esa figura, que servía de mascarón de proa, había un farol, no iluminado en ese momento, exceso de precaución que indicaba un cuidado extremado por ocultarse. Ese farol tenía evidentemente dos finalidades: cuando se lo encendía ardía para la Virgen e iluminaba el mar; era un farol que desempeñaba las funciones de un cirio.

El tajamar, largo, curvo y agudo bajo el bauprés, salía de la proa como un cuerno de media luna. En el nacimiento del tajamar, a los pies de la virgen, estaba arrodillado un ángel adosado al estrave, con las alas plegadas y contemplando el horizonte con un anteojo. El ángel estaba dorado como la Virgen.

El tajamar tenía vanos y claraboyas para dejar que pasaran las olas, lo que daba ocasión para dorados y arabescos.

Bajo la Virgen estaba escrita en letras mayúsculas doradas la palabra Matutina, nombre de la embarcación, ilegible en aquel momento a causa de la oscuridad.

Al pie del acantilado habían depositado, en desorden y con la confusión de la partida, el cargamento que llevaban los viajeros y que, gracias a la tabla que servía de puente, pasaba rápidamente de la orilla a la barca. Paquetes de galletas, un barril de stockfish, una caja de sopa en pasta, tres barriles de agua dulce, uno de malta, uno de alquitrán, cuatro o cinco botellas de cerveza, un viejo portamantas atado con correas, valijas, arcas, una bala de estopas para antorchas y señales: tal era el cargamento. Aquellos andrajosos tenían valijas, lo que parecía indicar una existencia nómada; los indigentes ambulantes se ven obligados a poseer algo; a veces desearían echarse a volar como los pájaros, pero no pueden hacerlo a menos que abandonen su medio de ganarse la vida. Poseen necesariamente cajas de herramientas e instrumentos de trabajo cualquiera que sea su profesión ambulante. Aquellos arrastraban ese equipaje, embarazoso en más de una ocasión.

Sin duda no había sido fácil hacer esa mudanza al pie del acantilado. Eso, por lo demás, revelaba una intención de partida definitiva.

No perdían el tiempo; pasaban continuamente de la orilla a la barca y de la barca a la orilla; cada uno se hacía cargo de su parte de la tarea; uno llevaba un saco, el otro un arca. Las mujeres posibles o probables en aquella promiscuidad trabajaban como los otros. Sobrecargaban al niño.

Es dudoso que aquel niño tuviera su padre y su madre en el grupo. No le

daban señal de vida alguna. Le hacían trabajar, nada más. Parecía, no un niño en una familia, sino un esclavo en una tribu. Servía a todos y nadie le hablaba.

Por lo demás, se apresuraba y, como toda aquella pandilla oscura de la que formaba parte, parecía no pensar más que en una sola cosa: en embarcarse lo más pronto posible. ¿Sabía por qué? Probablemente, no. Se apresuraba maquinalmente porque veía que lo hacían los otros.

Como la urca tenía cubierta, la estiba del cargamento en la bodega se realizó rápidamente y llegó el momento de hacerse a la mar. La última caja estaba ya en la cubierta y sólo quedaban los hombres por embarcar. Los dos del grupo que parecían mujeres estaban ya a bordo; los otros seis, entre ellos el niño, se hallaban todavía en la plataforma al pie del acantilado. En la embarcación se hicieron los preparativos para zarpar, el patrón se hizo cargo del timón y un marinero tomó un hacha para cortar el cable de amarre. Cortar es señal de apresuramiento; cuando se dispone de tiempo se desata. «Andamos», dijo a media voz el de los seis que parecía el jefe y tenía lentejuelas en los andrajos. El niño se precipitó hacia el tablón para pasar el primero. Cuando ponía el pie en él, dos de los hombres se abalanzaron a riesgo de arrojarlo al agua y entraron antes que él, un tercero lo apartó con el codo y pasó, el cuarto lo rechazó con el puño y siguió al tercero, el quinto, que era el jefe, saltó más bien que entró en la barca y al saltar empujó con el talón la tabla, que cayó al agua; un hachazo cortó la amarra, la barra del timón viró, la embarcación abandonó la orilla y el niño quedó en tierra.

3

Soledad

El niño permaneció inmóvil en la roca, con la mirada fija. No llamó ni protestó. Sin embargo, aquello era inesperado, pero no dijo una palabra. En la barca reinaba el mismo silencio. No hubo un grito del niño a los hombres ni un adiós de los hombres al niño. Había en las dos partes una aceptación muda de la distancia que aumentaba. Era como la separación de las sombras de los muertos a la orilla de la Estigia. El niño, como clavado en la roca que la marea alta comenzaba a bañar, miraba alejarse la barca. Se habría dicho que comprendía. ¿Qué comprendía? La sombra.

Un momento después la urca llegó a la estrecha salida de la caleta y avanzó por ella. Se veía la punta del mástil en el cielo claro sobre las peñas hendidas entre las que serpenteaba el estrecho como entre dos murallas. Esa punta recorrió las cimas de las rocas y pareció hundirse en ellas. Ya no se la

vio. Todo había terminado. La barca se hacía mar adentro.

El niño contempló esa desaparición.

Estaba asombrado, pero pensativo.

Su estupefacción se mezclaba con una sombría comprobación de la vida. Parecía tener experiencia aquel ser principiante. Tal vez juzgaba ya. La prueba, llegada demasiado pronto, construye a veces en el fondo de la reflexión oscura de los niños no se sabe qué balanza temible en la que esas pobres almitas pesan a Dios.

Sintiéndose inocente, consentía. Ni una queja. Lo irreprochable no reprocha.

Esta brusca eliminación que se hacía de él no le arrancó ni siquiera un gesto. Sentía una especie de atiesamiento interior. Ante aquel súbito ramalazo de la suerte, que parecía poner el desenlace de su existencia casi antes del comienzo, el niño no se doblegó. Recibió en pie el rayo.

Era evidente para quien hubiera sido testigo de su asombro sin abatimiento que en aquel grupo que lo abandonaba nadie le quería y él no quería a nadie.

Pensativo, olvidó el frío. De pronto, el agua mojó los pies; la marea subía; un hálito le pasó por el cabello; el cierzo soplaba. Se estremeció. Sintió de la cabeza a los pies ese temblor que es el despertar.

Miró a su alrededor.

Estaba solo.

Hasta ese día no había tenido en la Tierra más compañía que la de aquellos hombres que en aquel momento se hallaban en la urca, y esos hombres se habían ido.

Añadamos, lo que es extraño, que esos hombres, los únicos que conocía, le eran desconocidos. No habría podido decir quiénes eran.

Había pasado la infancia entre ellos sin que tuviera conciencia de ser uno de ellos. Se les había yuxtapuesto, nada más.

Acababa de ser olvidado por ellos.

No tenía dinero, ni zapatos, apenas un vestido en el cuerpo, ni siquiera un pedazo de pan en el bolsillo.

Era invierno y de noche. Había que caminar muchas leguas para llegar a una habitación humana.

Ignoraba dónde estaba.

Lo único que sabía era que los que habían ido con él a la orilla de aquel

mar se iban sin él.

Se sentía puesto al margen de la vida.

Sentía que bajo él faltaba el hombre.

Tenía diez años.

El niño estaba en un desierto, entre profundidades en las que veía ascender la oscuridad y profundidades en las que oía rugir a las olas.

Estiró sus bracitos delgados y bostezó.

Luego, bruscamente, como quien toma una decisión, animoso y desentumeciéndose, y con una agilidad de ardilla —tal vez de payaso de circo— volvió la espalda a la caleta y comenzó a trepar por el acantilado. Escaló el sendero, lo dejó y volvió a él, alerta y arriesgándose. Parecía tener un itinerario. Sin embargo, no iba a ninguna parte.

Se apresuraba sin una meta, como un fugitivo ante el destino.

Subir es propio del hombre y trepar del animal; él subía y trepaba. Las escarpas de Portland se orientaban hacia el sur y casi no había nieve en el sendero. Por otra parte, la intensidad del frío había convertido a la nieve en polvo, lo que era incómodo para el caminante. El niño vencía las dificultades. Su chaqueta de hombre, demasiado grande, era una complicación y le molestaba. De vez en cuando encontraba en una saliente o en un declive un poco de hielo que le hacía caer. Se asía a una rama seca o a una saliente de piedra después de colgar durante unos instantes sobre el precipicio. Una vez tuvo que habérselas con una brecha que se derrumbó bruscamente bajo él, arrastrándolo en su demolición. Esos hundimientos de brecha son pérfidos. Durante unos segundos el niño se deslizó como una teja en un techo; rodó hasta el borde extremo del declive; un manojito de hierba asido a tiempo lo salvó. No gritó ante el abismo como no había gritado ante los hombres; se afirmó y volvió a subir en silencio. La escarpa era alta, por lo que le ocurrieron algunas peripecias. El precipicio se agravaba con la oscuridad. Aquella roca vertical no tenía fin.

Retrocedía ante el niño en la profundidad de arriba. A medida que subía la cima parecía subir también. Mientras trepaba contemplaba aquel cornisamento negro, interpuesto como una barrera entre el cielo y él. Por fin llegó.

Saltó a la meseta. Casi se podría decir que aterrizó, pues salía del precipicio.

Apenas estuvo fuera de la escarpa, tiritó. Sentía en la cara el cierzo, esa mordedura de la noche. Soplaba el viento desabrido del noroeste. Apretó contra el pecho su mandil de marinero.

Era una buena ropa. En el lenguaje de a bordo se lo llama sueste, porque esa especie de blusa marinera es poco permeable a las lluvias del sudoeste.

Cuando el niño llegó a la meseta se detuvo, plantó firmemente los dos pies descalzos en el suelo helado y miró.

Detrás tenía el mar, delante la tierra y encima el cielo.

Pero era un cielo sin astros. Una bruma opaca ocultaba el cénit.

Al llegar a lo alto del muro de roca se encontró vuelto hacia la tierra y la contempló. Se extendía ante él hasta perderse de vista, llana, helada, cubierta de nieve. Algunos matorrales temblaban. No se veían caminos. Nada, ni siquiera una cabaña de pastor. Se veían aquí y allá remolinos de espirales pálidas que eran de nieve fina arrancada de la tierra por el viento y que volaban. Una sucesión de ondulaciones del terreno, que se hacían en seguida brumosas, se plegaba en el horizonte. Las grandes llanuras empañadas se perdían bajo la neblina blanca. Reinaba un silencio profundo. Aquello se extendía como el infinito y callaba como la tumba.

El niño se volvió hacia el mar.

El mar estaba blanco como la tierra, la una de nieve y el otro de espuma. Nada tan melancólico como la luz que producía esa doble blancura. Ciertas iluminaciones de la noche tienen durezas muy netas; el mar tenía la del acero y los acantilados la del ébano. Desde la altura donde estaba el niño la bahía de Portland parecía casi un mapa geográfico, descolorido en su semicírculo de colinas; parecía soñado ese paisaje nocturno; una redondez pálida incrustada en una media luna oscura: tal es el aspecto que presenta a veces la luna. De un cabo al otro, en toda aquella costa, no se veía un solo centelleo que indicase un hogar encendido, una ventana iluminada, una casa viviente. Había ausencia de luz tanto en la tierra como en el cielo, ni una lámpara abajo ni un astro arriba. Los extensos aplanamientos de las olas en el golfo tenían aquí y allá levantamientos súbitos. El viento desordenaba y fruncía esa gran extensión de agua. La urca era todavía visible en la bahía, huyendo.

Era un triángulo negro que se deslizaba por aquella lividez.

A lo lejos, confusamente, las extensiones de agua se agitaban en el claroscuro siniestro de la inmensidad.

La Matutina navegaba rápidamente. Disminuía de minuto en minuto. Nada es tan rápido como la disolución de un barco en las lejanías del mar.

En cierto momento encendió su farol de proa: es probable que la oscuridad se hiciera inquietante a su alrededor y que el piloto sintiera la necesidad de iluminar el agua. Ese punto luminoso, centelleo visto desde lejos, se adhería lúgubrementemente a su alta y larga forma negra. Parecía un sudario enhiesto y en

marcha en medio del mar bajo el cual vagaba alguien que tenía una estrella en la mano.

Se sentía en el aire la inminencia de una tempestad. El niño no se daba cuenta de ello, pero un marino habría temblado. Era ese minuto de ansiedad previo en el que parece que los elementos van a convertirse en personas y se va a presenciar la transfiguración misteriosa del viento en aquilón. El mar va a ser océano, las fuerzas van a rebelarse voluntades y lo que se toma por una cosa es un alma. Se va a verla. De ahí el horror. El alma del hombre teme esa confrontación con el alma de la naturaleza.

Un caos iba a hacer su entrada. El viento, estrujando la niebla y calentando las nubes detrás, montaba la decoración de ese drama terrible de la ola y del invierno llamado una tempestad de nieve.

El síntoma de los barcos que volvían se ponía de manifiesto. Desde hacía algunos momentos la rada ya no estaba desierta. A cada instante surgían de detrás de los cabos barcos inquietos que se apresuraban hacia el fondeadero. Unos doblaban el Portland Bill, otros el Saint-Albans Head. Desde la lontananza más extrema llegaban barcos de vela. Trataban de refugiarse. En el sur la oscuridad se adensaba y las nubes llenas de noche se aproximaban al mar. El peso de la tempestad en desplome y pendiente apaciguaba lúgubrementemente el oleaje. No era el momento de partir. La urca había partido no obstante.

Se dirigía hacia el sur. Estaba ya fuera del golfo y en alta mar. De pronto el cierzo sopló con la fuerza de una ráfaga; la Matutina, a la que se distinguía todavía muy claramente, se cubrió de tela, como resuelta a aprovechar el huracán. El viento era del noroeste, llamado en otro tiempo viento de galerna, cierzo solapado y colérico. El noroeste comenzó inmediatamente a ensañarse con la urca. Esta, tomada de costado, se inclinó, pero no vaciló y siguió su curso hacia alta mar. Eso indicaba una huida más bien que un viaje, menos temer al mar que a la tierra y más preocupación por la persecución de los hombres que por la de los vientos.

La embarcación, pasando por todos los grados del empequeñecimiento, se hundió en el horizonte; la estrellita que arrastraba por la sombra palideció: la urca, cada vez más amalgamada con la noche, desapareció.

Esta vez era para siempre.

Al menos el niño pareció comprenderlo así. Dejó de mirar al mar. Sus ojos se volvieron hacia las llanuras, los páramos, las colinas, hacia los espacios en los que tal vez no era imposible encontrar a algún ser viviente. Se puso en marcha por lo desconocido.

Preguntas

¿Qué era aquella especie de pandilla en fuga que abandonaba a aquel niño?

¿Esos evadidos eran comprachicos?

Se ha hablado anteriormente de las medidas que tomó Guillermo III, y que aprobó el Parlamento, contra los malhechores, hombres y mujeres, llamados comprachicos, comprapequeños o cheylas.

Hay leyes dispersantes. Ese estatuto que cayó sobre los comprachicos determinó una huida general, no sólo de los comprachicos, sino también de los vagabundos de todas clases. Todos procuraban ocultarse y embarcarse. La mayoría de los comprachicos volvieron a España. Muchos de ellos, como hemos dicho, eran vascos.

Esta ley protectora de la infancia tuvo un primer resultado extraño: un súbito abandono de niños.

Ese estatuto penal produjo inmediatamente una multitud de niños hallados, es decir perdidos. Nada más fácil de comprender. Todo grupo nómada en el que había un niño era sospechoso; el solo hecho de la presencia de un niño lo denunciaba. «Son probablemente comprachicos»: tal era la primera idea que se les ocurría al sheriff, al preboste y el condestable. Eso daba origen a detenciones e investigaciones. A las personas simplemente miserables, obligadas a vagar y mendigar, les aterraba que las tomaran por comprachicos aunque no lo fueran; pero los débiles están poco asegurados contra los errores posibles de la justicia. Por otra parte, las familias vagabundas viven habitualmente asustadas. Lo que se reprochaba a los comprachicos era la explotación de los niños ajenos. Pero las promiscuidades de la miseria y la indigencia son tales que a veces les habría sido difícil a un padre y una madre demostrar que un niño era hijo suyo. ¿De dónde habéis sacado este niño? ¿Cómo podían demostrar que se lo había dado Dios? El niño se convertía en un peligro y se deshacían de él. Huir solos era más fácil. El padre y la madre se decidían a perderlo, ya en un bosque, ya en una playa, ya en un pozo.

Encontraban en las cisternas niños ahogados.

Añadamos que los comprachicos eran, a imitación de Inglaterra, perseguidos desde entonces en toda Europa. Se había dado la señal para perseguirlos y nada hay como poner un cascabel. Todas las policías rivalizaban en apresarlos y el alguacil no estaba menos en acecho que el condestable. Hace veintitrés años se podía leer todavía en una piedra de la

puerta de Otero una inscripción intraducible —en las palabras el código desafía al decoro— en la que se señala con una fuerte diferencia penal la distinción entre los comerciantes de niños y los ladrones de niños. He aquí la inscripción, en castellano un poco salvaje: «Aquí quedan las orejas de los comprachicos, y las bolsas de los robaniños, mientras que se van ellos al trabajo de mar». Como se ve, las orejas, etc. confiscadas no impedían las galeras. De ahí un sálvese quien pueda entre los vagabundos. Partían asustados y llegaban temblando. En todo el litoral de Europa se vigilaban las arribadas furtivas. A una pandilla le era imposible embarcarse con un niño, pues desembarcar con él era peligroso.

Perder el niño era algo que se hacía más pronto.

¿Por quién había sido rechazado el niño que acabamos de entrever en la penumbra de las soledades de Portland?

Según todas las apariencias, por comprachicos.

5

El árbol de invención humana

Podía ser alrededor de las siete de la tarde. El viento disminuía, señal de recrudescencia próxima. El niño se hallaba en el extremo de la meseta meridional de la punta de Portland.

Portland es una península. Pero el niño ignoraba lo que es una península y ni siquiera conocía la palabra Portland. Sólo sabía una cosa: que se puede caminar hasta que se cae. Una noción es una guía, pero él no tenía noción. Ellos lo habían llevado allí y dejado allí. Ellos y allí: esos dos enigmas representaban todo su destino; ellos eran el género humano, y allí era el universo. No tenía en este mundo otro punto de apoyo que la pequeña cantidad de tierra en que posaba el talón, tierra dura y fría para la desnudez de sus pies. En ese gran mundo crepuscular abierto por todas partes, ¿qué había para aquel niño? Nada.

Caminaba hacia esa Nada.

El inmenso abandono de los hombres lo rodeaba.

Cruzó diagonalmente la primera meseta, luego una segunda, y luego una tercera. En el extremo de cada meseta encontraba una quebradura del terreno y la pendiente era a veces abrupta, pero siempre corta. Las altas llanuras desnudas de la punta de Portland parecen grandes losas medio introducidas las unas en las otras; el lado del sur parece penetrar bajo la llanura precedente y el

lado del norte se levanta sobre la siguiente. Eso forma resaltos que el niño atravesaba ágilmente. De vez en cuando interrumpía la marcha y parecía consultar consigo mismo. La noche se ponía muy oscura, su rayo visual se acortaba y ya no veía sino a pocos pasos de distancia.

De pronto se detuvo, escuchó durante un instante, hizo un imperceptible movimiento de satisfacción con la cabeza, se volvió vivamente y se dirigió hacia una loma de altura mediocre que veía confusamente a su derecha, en el punto de la llanura más próximo al acantilado. Había en aquella altura una configuración que entre la bruma parecía un árbol. El niño acababa de oír por ese lado un ruido que no era el del viento ni el del mar. Tampoco era un grito de animal. Pensó que allí estaba alguien.

De unas pocas zancadas llegó al pie del montículo.

Estaba alguien, en efecto.

Lo que antes aparecía confuso en la cima del montículo era ahora visible.

Era algo como un gran brazo que salía de la tierra completamente derecho. En el extremo superior de ese brazo una especie de índice, sostenido por debajo por el pulgar, se alargaba horizontal mente. Ese brazo, ese pulgar y ese índice dibujaban en el cielo una escuadra. En el punto de unión de esa especie de índice y esa especie de pulgar había un hilo del que colgaba algo negro e informe. Ese hilo, removido por el viento, hacía el ruido de una cadena.

Era ese ruido el que había oído el niño.

El hilo, visto de cerca, era lo que anunciaba su ruido: una cadena, una cadena marina de anillos semimacizos.

Por esa misteriosa ley de amalgama que en la naturaleza entera superpone las apariencias a las realidades, el lugar, la hora, la bruma, el mar trágico, los lejanos tumultos visionarios del horizonte se agregaban a esa silueta y la hacían enorme.

El bulto atado a la cadena parecía una vaina. Estaba fajado como un niño y era largo como un hombre. Tenía arriba una redondez alrededor de la cual se enrollaba el extremo de la cadena. La vaina se desmenuzaba en su parte interior. Por las desgarraduras salían descarnamicentos.

Un viento débil sacudía la cadena y lo que pendía de ella oscilaba suavemente. Esa masa pasiva obedecía a los movimientos difusos de las extensiones, tenía no sabe qué de pánico; el horror que desproporciona los objetos casi le quitaba la dimensión dejándole el contorno; era una condensación de negrura que tenía un aspecto; en ella había noche encima y noche dentro; estaba expuesta al agrandamiento sepulcral, los crepúsculos, las salidas de la luna, las puestas de las constelaciones detrás de los acantilados,

las flotaciones del espacio, las nubes, toda la rosa de los vientos, habían terminado entrando en la composición de aquella nada visible; aquella especie de bloque suspendido en el viento participaba de la impersonalidad dispersa a lo lejos en el mar y en el cielo, y las tinieblas consumaban esa cosa que había sido un hombre.

Aquello era lo que ya no es.

Ser un resto es algo que escapa a la lengua humana. No existir ya y persistir, estar en el abismo y fuera de él, reaparecer por encima de la muerte, como insumergible: cierta cantidad de imposible se mezcla con tales realidades. De ahí lo indecible. Ese ser —¿era un ser?—, ese testigo negro era un resto y un resto terrible. ¿Un resto de qué? De la naturaleza ante todo y luego de la sociedad. Cero y total.

La inclemencia absoluta lo tenía a su discreción. Los profundos olvidos de la soledad lo rodeaban. Estaba entregado a las aventuras de lo ignorado. No tenía defensa contra la oscuridad, que hacía con él lo que quería. Era para siempre el paciente. Soportaba. Los huracanes lo atacaban: lúgubre función de los soplos.

Aquel espectro estaba sometido al pillaje. Soportaba ese hecho horrible: la podredumbre al aire libre. Sufría el aniquilamiento sin la paz. Se convertía en cenizas en el verano y en lodo en el invierno. La muerte debe tener un velo, la tumba debe tener un pudor. Allí no había ni pudor ni velo, sino la putrefacción cínica declarada. Hay insolencia en la muerte que muestra su obra. Insulta a todas las serenidades de la sombra cuando trabaja fuera de su laboratorio, que es la tumba.

Aquel ser muerto era despojado. Despojar a un despojo es un acabamiento inexorable. Su médula no estaba ya en sus huesos, sus entrañas no estaban ya en su vientre, su voz no estaba ya en su garganta. Un cadáver es un bolsillo al que la muerte da vuelta y vacía. Si había tenido un yo, ¿dónde estaba ese yo? Tal vez todavía allí, y era impresionante pensarlo. ¿Puede imaginarse en la oscuridad un lineamiento más fúnebre que algo errante alrededor de algo encadenado?

En este mundo existen realidades que son como salidas a lo desconocido por las que parece posible que salga el pensamiento y por las que se precipita la hipótesis. La conjetura tiene su compelle intrare, Si se pasa por ciertos lugares y delante de ciertos objetos no se puede hacer otra cosa que detenerse presa de los sueños y dejar que la mente divague. Hay en lo invisible oscuras puertas entreabiertas. Nadie habría podido encontrar a aquel difunto sin meditar.

La vasta dispersión lo consumía silenciosamente. Había tenido sangre que

le habían bebido, piel que le habían comido, carne que le habían robado. Nada había pasado sin quitarle algo. Diciembre lo había despojado con el frío, la medianoche con el espanto, el hierro con el orín, la peste con los miasmas, la flor con los perfumes. Su lenta disgregación era un peaje, el peaje del cadáver a la ráfaga, a la lluvia, al rocío, a los reptiles, a las aves. Todas las manos sombrías de la noche habían excavado a aquel muerto.

Era un habitante extraño, el habitante de la noche. Estaba en una llanura y en una colina y no estaba allí. Era palpable y se había desvanecido. Era una sombra que completaba las tinieblas. Después de la desaparición de la luz del día, en la vasta oscuridad silenciosa, se ponía lúgubrementemente de acuerdo con todo. Aumentaba, sólo por estar allí, el duelo de la tempestad y la calma de los astros. Lo indecible que hay en el desierto se condensaba en él. Resto de un destino desconocido, se agregaba a todas las feroces reticencias de la noche. Había en su misterio una vaga reverberación de todos los enigmas.

Se sentía alrededor de él como una decadencia de vida que llegaba a las profundidades. Se advertía en las extensiones circundantes una disminución de certidumbre y de confianza. El estremecimiento de la maleza y de las hierbas, una melancolía desolada, una ansiedad que parecía poseer conciencia, adaptaban trágicamente todo el paisaje a aquella figura negra colgada de una cadena. La presencia de un espectro en un horizonte agrava la soledad.

Era un simulacro. Teniendo en él los soplos que no se apaciguan, era implacable. El temblor eterno lo hacía terrible. Parecía en los espacios un centro, lo que es espantoso, y algo inmenso se apoyaba en él. ¿Quién sabe? Tal vez era la equidad entrevista y desafiada que está más allá de nuestra justicia. En su dureza fuera de la tumba había algo de la venganza de los hombres y de su venganza propia. En aquel crepúsculo y en aquel desierto prestaba testimonio. Era la prueba de la materia inquietante, porque la materia ante la cual se tiembla es la ruina del alma. Para que la materia muerta nos inquiete es necesario que el espíritu haya vivido en ella. Denunciaba la ley del mundo a la ley del cielo. Puesto allí por el hombre, esperaba a Dios. Sobre él flotaban, con todas las torsiones indistintas de la nube y la ola, las fantasías de la sombra.

Detrás de esta visión había no se sabe qué oclusión siniestra. Lo ilimitado, no deslindado por nada, ni por un árbol, ni por un techo, ni por un transeúnte, rodeaba a aquel muerto. Cuando la inmanencia se muestra patente al desplomar sobre nosotros el cielo, el abismo, la vida, la tumba y la eternidad, es cuando sentimos todo inaccesible, todo prohibido, todo tapiado. Cuando lo infinito se abre no hay cerradura más formidable.

Batalla entre la muerte y la noche

El niño estaba ante aquella cosa, mudo, asombrado, con los ojos fijos.

Para un hombre habría sido una horca, para el niño era una aparición.

Donde el hombre habría visto el cadáver el niño veía el fantasma.

Además, no comprendía nada.

Las atracciones del abismo son de todas clases; había una en lo alto de aquella colina. El niño dio un paso, y luego dos. Subió, con el deseo de descender, y se acercó, con el deseo de retroceder.

Llegó hasta muy cerca, osado y tembloroso, para reconocer el fantasma. Cuando estuvo debajo de la horca levantó la cabeza y examinó.

El fantasma estaba embreado. Brillaba aquí y allá. El niño distinguía el rostro. Estaba untado con betún, y aquella máscara que parecía viscosa y pegajosa se modelaba en los reflejos de la noche. El niño veía la boca, que era un agujero; la nariz, que era un agujero; y los ojos, que eran dos agujeros. El cuerpo estaba envuelto y como atado en una gruesa tela empapada de nafta. La tela se había enmohecido y roto. Una rodilla pasaba a través de ella. Una grieta dejaba ver las costillas. Unas partes eran cadáver y otras esqueleto. El rostro tenía el color de la tierra; las babosas que habían pasado sobre él habían dejado vagas cintas plateadas. La tela pegada a los huesos mostraba relieves, como el vestido de una estatua. El cráneo, rajado y hendido, tenía el aspecto de un fruto podrido. Los dientes seguían siendo humanos y conservaban la risa. Un resto de grito parecía zumbir en la boca abierta. Había algunos pelos de barba en las mejillas. La cabeza, inclinada, parecía prestar atención.

Recientemente habían hecho reparaciones. El rostro había sido embreado de nuevo, lo mismo que la rodilla que salía de la tela y las costillas. Por abajo pasaban los pies.

Directamente debajo, en la hierba, se veían dos zapatos, deformados por la nieve y las lluvias. Esos zapatos habían caído de aquel muerto.

El niño, descalzo, contempló los zapatos.

El viento, cada vez más inquietante, tenía esas interrupciones que forman parte de los preparativos de una tempestad; había cesado por completo desde hacía unos instantes. El cadáver no se movía. La cadena tenía la inmovilidad de la plomada.

Como rodos los recién llegados a la vida, y teniendo en cuenta la presión especial de su destino, el niño experimentaba sin duda alguna ese despertar de las ideas peculiar de los años jóvenes que trata de abrir el cerebro y se parece a

los picotazos del pájaro en el huevo, pero todo lo que tenía en su pequeña conciencia en ese momento se resolvía en estupor. El exceso de sensación ejerce el efecto del exceso de aceite y sofoca el pensamiento. Un hombre se habría hecho preguntas; el niño no se las hacía: miraba.

La brea humedecía aquel rostro. Gotas de betún coaguladas en los que habían sido los ojos parecían lágrimas. Por lo demás, gracias a ese betún, el estrago de la muerte se retardaba visiblemente, si no se anulaba, y se reducía al menor deterioro posible. Lo que el niño tenía delante era algo que se necesitaba. Aquel hombre era evidentemente precioso. No se había querido conservarlo vivo, pero se quería conservarlo muerto.

La horca estaba vieja y carcomida, aunque era sólida, y servía desde hacía muchos años.

Era una costumbre inmemorial en Inglaterra embrear a los contrabandistas. Los ahorcaban a la orilla del mar, los embadurnaban con betún y los dejaban colgados; los ejemplos exigen el aire libre y los ejemplos embreados se conservan mejor. Esa brea implicaba benevolencia, pues de esa manera se renovaban los ahorcados con menos frecuencia. Se colocaban horcas de distancia en distancia en la costa como ahora se colocan los faroles. El ahorcado servía de linterna. Iluminaba, a su manera, a sus compañeros los contrabandistas. Los contrabandistas desde lejos, en el mar, divisaban las horcas. Una era una primera advertencia, otra la segunda advertencia. Eso no impedía el contrabando, pero el orden se compone de esas cosas. Esa moda duró en Inglaterra hasta comienzos de este siglo. En 1822 se veían todavía ante el castillo de Douvres tres ahorcados barnizados. Por lo demás, el procedimiento conservador no se limitaba a los contrabandistas. Inglaterra hacía lo mismo con los ladrones, los incendiarios y los asesinos. John Painter, que incendió los almacenes marítimos de Portsmouth, fue ahorcado y embreado en 1776.

El abate Coyer, que lo llama Juan el Pintor, lo volvió a ver en 1777. John Painter estaba colgado y encadenado sobre la ruina que había hecho y lo embreaban de nuevo de cuando en cuando. Ese cadáver duró, casi se podría decir que vivió, cerca de catorce años. Todavía prestaba buen servicio en 1788. Sin embargo, en 1790 tuvieron que reemplazarlo. Los egipcios tenían en mucho la momia del rey; la momia del pueblo, por lo que parece, también puede ser útil.

El viento, que azotaba mucho el montículo, se había llevado toda la nieve. Reaparecía la hierba, con algunos abrojos aquí y allá. La colina estaba cubierta con ese césped marino fuerte y corto que hace que las cimas de los acantilados parezcan una sábana verde. Bajo la horca, en el lugar mismo sobre el cual colgaban los pies del ajusticiado, había una mata alta y espesa, sorprendente

en aquel suelo árido. Los cadáveres desmenuzados allí desde hacía siglos explicaban esa belleza de la hierba. La tierra se alimentaba con el hombre.

El niño era presa de una fascinación lúgubre. Permanecía allí con la boca abierta. Sólo bajó la frente durante un instante porque una ortiga le picó las piernas y le produjo la sensación de que se trataba de un animal. Luego volvió a erguirse. Contemplaba sobre él aquel rostro que le miraba. Le miraba tanto más porque no tenía ojos. Era una mirada difusa, de una fijeza indecible, en la que había fulgor y tinieblas y que salía del cráneo y de los dientes tanto como de los arcos superciliares vacíos. Toda la cabeza de un muerto mira, y eso es aterrador. No tiene ojos y uno se siente visto. Es el horror que causan las larvas.

El niño mismo se iba haciendo poco a poco terrible. No se movía. El embotamiento se apoderaba de él. No se daba cuenta de que perdía conciencia. Se entumecía y se anquilosaba. El invierno lo entregaba silenciosamente a la noche, pues tiene algo de traidor. El niño era casi una estatua. La piedra del frío penetraba en sus huesos; la sombra, ese reptil, se deslizaba en él. El amodorramiento que sale de la nieve asciende en el hombre como una marea oscura; el niño era invadido lentamente por una inmovilidad parecida a la del cadáver. Iba a adormecerse.

La mano del sueño tiene el dedo de la muerte. El niño se sintió asido por esa mano. Estaba a punto de caer bajo la horca. Ya no sabía si se mantenía en pie.

El fin siempre inminente, ninguna transición entre ser y no ser ya, la vuelta al crisol, el deslizamiento posible en todo instante: tal es el precipicio que constituye la creación.

Un instante más y el niño y el muerto, la vida en esbozo y la vida en ruina, iban a confundirse en la misma desaparición.

El espectro pareció comprenderlo y no desearlo. De pronto comenzó a moverse. Se habría dicho que advertía al niño. Era que el viento volvía a soplar.

Nada podía ser tan extraño como aquel muerto en movimiento.

El cadáver colgado de la cadena, empujado por el soplo invisible, tomaba una actitud oblicua, subía hacia la izquierda, caía, volvía a subir hacia la derecha, caía de nuevo y ascendía otra vez con la lenta y fúnebre precisión de un badajo. Era un vaivén feroz. Se habría creído ver en las tinieblas la péndola del reloj de la eternidad.

Eso duró algún tiempo. Ante esa agitación del muerto el niño tuvo la sensación de que se despertaba y, a pesar de su embotamiento, sintió

claramente miedo. La cadena, en cada oscilación, rechinaba con una regularidad horrible. Parecía tomar aliento y recomenzar. Ese rechinamiento imitaba un canto de cigarra.

La proximidad de una tempestad produce súbitas hinchazones del viento. La brisa se convierte bruscamente en cierzo. La oscilación del cadáver se acentuó lúgubrementemente. Ya no era un balanceo, sino una sacudida. La cadena que rechinaba comenzó a gritar.

Pareció que ese grito había sido oído. Si era un llamamiento, fue obedecido.

Del fondo del horizonte acudió un gran estrépito.

Era un estrépito de alas.

Sobrevenía un incidente, el incidente tumultuoso de los cementerios y las soledades; la llegada de una bandada de cuervos.

Manchas negras voladoras picaron la nube, atravesaron la bruma, se agrandaron, se acercaron, se amalgamaron, se adensaron y se precipitaron hacia la colina lanzando gritos. Era como la llegada de una legión. Esa plaga alada de las tinieblas se lanzó sobre la horca.

El niño, asustado, retrocedió.

Las bandadas obedecen órdenes. Los cuervos se agruparon en la horca. Ni uno solo se posó en el cadáver. Se hablaban entre ellos. El graznido espantoso. Aullar, silbar, rugir es vida; el graznido es una aceptación satisfecha de la putrefacción. Se cree oír el ruido que hace el silencio del sepulcro al romperse. El graznido es una voz en la que hay oscuridad. El niño estaba helado, más por el espanto que por el frío.

Los cuervos callaron. Uno de ellos saltó sobre el esqueleto. Fue una señal. Todos se precipitaron, se formó una nube de alas y luego todas las plumas se volvieron a cerrar y el ahorcado desapareció bajo un hormigueo de ampollas negras que se movían en la oscuridad. En ese momento el muerto se sacudió.

¿Fue él? ¿Fue el viento? Dio un salto espantoso. El huracán, que llegaba, acudía en su ayuda. El fantasma entró en convulsión. Era la ráfaga, que ya soplaba a plenos pulmones, que se apoderaba de él y lo zarandeaba en todos los sentidos. Se puso horrible. Comenzó a agitarse. Títere espantoso que tenía por hilo la cadena de una horca, algún paradista de la sombra se había apoderado de aquella cadena y jugaba con la momia. Giraba y saltaba como si estuviera a punto de dislocarse. Las aves, asustadas, levantaron vuelo. Fue como un rechazamiento de aquellos animales infames. Luego volvieron. Entonces comenzó una lucha.

El muerto pareció atacado por una vida monstruosa. Las ráfagas lo

levantaban como si fueran a llevárselo; se habría dicho que forcejeaba y se esforzaba por evadirse, pero la cadena lo retenía. Los cuervos repetían todos sus movimientos; retrocedían y luego se lanzaban sobre él de nuevo, asustados y encarnizados. Por un lado, una extraña tentativa de huida; por el otro, la persecución de un encadenado. El muerto, empujado por todos los espasmos del viento, tenía sobresaltos, choques, ataques de ira, e iba, venía, subía, bajaba, rechazando a la bandada dispersa. El muerto era una maza, y la bandada, polvo. Los feroces asaltantes no abandonaban la presa y se obstinaban. El muerto, como enloquecido por aquella jauría de picos, multiplicaba en el vacío sus golpes a ciegas, parecidos a los golpes de una piedra ligada a una honda. En algunos momentos tenía encima todas las garras y todas las alas, y luego nada; la horda desaparecía, pero inmediatamente volvía furiosa. El suplicio espantoso continuaba después de haberse extinguido la vida. Las aves parecían frenéticas. Los respiraderos del infierno deben dar paso a bandadas análogas. Arañazos, picotazos, graznidos, arrancamientos de pingajos que ya no eran de carne, chasquidos de la horca, estrujamientos del esqueleto, crujidos de los hierros, gritos de la ráfaga, tumulto: la lucha no podía ser más lúgubre. Era la de un lémur contra los demonios, una especie de combate espectral.

A veces, al redoblarse la fuerza del viento, el ahorcado giraba sobre sí mismo, hacía frente a la bandada por todos los lados a la vez, parecía querer correr tras los cuervos y que sus dientes trataban de morder. Tenía el viento a su favor y la cadena en su contra, como si dioses negros interviniesen en la batalla, en la que también tomaba parte el huracán. El muerto se retorció y la bandada giraba sobre él en espiral. Era un remolino en un torbellino.

Abajo se oía un fragor inmenso que era el mar.

El niño veía ese sueño. De pronto comenzaron a temblarle todos los miembros, un estremecimiento le recorrió el cuerpo, tambaleó, estuvo a punto de caer, se volvió, se apretó la frente con las dos manos como si la frente fuera un punto de apoyo y, salvaje, con el cabello al viento, descendió por la colina a grandes pasos, con los ojos cerrados, casi fantasma él mismo, y huyó dejando tras sí aquel tormento nocturno.

La punta norte de Portland

Corrió hasta quedarse sin aliento, al azar, fuera de sí, por la nieve, la llanura y el espacio. Esa huida lo recalentó. Lo necesitaba. Sin esa carrera y

ese espanto habría muerto.

Cuando le faltó el aliento se detuvo. Pero no se atrevió a mirar hacia atrás. Tenía la impresión de que los cuervos lo perseguían, de que el muerto se había soltado de su cadena y corría probablemente en la misma dirección que él, y de que sin duda la horca misma descendía por la colina, corriendo también detrás del muerto. Temía ver eso si se volvía.

Cuando recobró un poco el aliento siguió huyendo.

Darse cuenta de los hechos no es propio de la infancia. Percibía impresiones a través del crecimiento del espanto, pero sin vincularlas en su mente y sin sacar conclusiones. Iba a no importaba dónde ni cómo; corría con la angustia y la dificultad del sueño. Al cabo de tres horas desde que había sido abandonado su marcha hacia adelante, aunque seguía siendo vaga, había cambiado de propósito: antes buscaba, ahora huía. No sentía ya hambre ni frío, sino solamente miedo. Un instinto había reemplazado a otro. Ahora sólo pensaba en escapar. ¿Escapar de qué? De todo. La vida a todo su alrededor le parecía una muralla horrible. Si hubiese podido evadirse de las cosas lo habría hecho.

Pero los niños no conocen esa escapatoria de la cárcel que se llama suicidio.

Corría.

Corrió así durante un tiempo indeterminado. Pero el aliento se agota y también el temor.

De pronto, como presa de un súbito ataque de energía y de inteligencia, se detuvo; pareció que se avergonzaba de salvarse; se atiesó, golpeó el suelo con los pies, levantó resueltamente la cabeza y se volvió.

Ya no había colina, ni horca, ni vuelo de cuervos.

La niebla había vuelto a apoderarse del horizonte.

El niño siguió su camino.

Ahora no corría, caminaba. Decir que aquel encuentro con un muerto lo había hecho hombre sería limitar la impresión múltiple y confusa que experimentaba. Había en esa impresión mucho más y mucho menos. La horca, muy confusa en ese rudimento de comprensión que era su pensamiento, seguía siendo para él una aparición. Sólo que, como un terror dominado es una consolidación, se sentía más fuerte. Si hubiera estado en edad de sondearse habría encontrado en él otros mil comienzos de meditación, pero la reflexión de los niños es informe y todo lo más sienten el resabio amargo de esa cosa oscura para ellos que el hombre llama más tarde indignación.

Añadamos que el niño posee el don de aceptar muy pronto el final de una sensación. Los contornos lejanos y fugaces que forman la amplitud de las cosas dolorosas se le escapan. El niño está defendido por su límite, que es la debilidad, contra las emociones demasiado complejas. Ve el hecho y poco más al lado. La dificultad de contentarse con ideas parciales no existe para el niño. El proceso de la vida no se instruye sino más tarde, cuando llega la experiencia con su expediente. Entonces se hace una confrontación de los grupos de hechos encontrados, la inteligencia informada y desarrollada compara, los recuerdos de la infancia reaparecen bajo las pasiones como el palimpsesto bajo las raspaduras, esos recuerdos son puntos de apoyo para la lógica, y lo que era visión en el cerebro del niño se convierte en silogismo en el cerebro del hombre. Por lo demás, la experiencia es diversa y el resultado es bueno o malo según las naturalezas. Las buenas maduran y las malas se pudren.

El niño había corrido un cuarto de legua y caminado otro cuarto de legua. De pronto sintió que su estómago le tironeaba. Un pensamiento, que inmediatamente había eclipsado la horrible aparición de la colina, le volvió violentamente: el de comer. Hay en el hombre un animal, por suerte, pues lo lleva a la realidad.

¿Pero qué podía comer? ¿Dónde podía comer? ¿Cómo podía comer?

Se palpó los bolsillos, maquinal mente, pues sabía que estaban vacíos.

Luego apresuró el paso. Sin saber adónde iba, apresuró el paso hacia algún albergue posible.

Esta fe en el albergue forma parte de las raíces de la providencia en el hombre.

Creer en un albergue es creer en Dios.

Por lo demás, en aquella llanura de nieve nada había que se pareciese a un techo.

El niño caminaba y el páramo continuaba hasta perderse de vista.

En aquella altiplanicie nunca había habido una habitación humana. Era al pie del acantilado, en los agujeros de las rocas, donde se albergaban antaño, por falta de madera para construir cabañas, los habitantes primitivos, que tenían como arma una honda, como calefacción la boñiga seca, como religión el ídolo Heil en pie en un claro de bosque de Dorchester, y como industria la pesca de ese falso coral gris que los galeses llamaban plin y los griegos isidis plocamos.

El niño se orientaba lo mejor que podía. Todo el destino es una encrucijada, la elección de las direcciones es temible y aquel pequeño ser tenía

que optar desde la infancia entre probabilidades oscuras. Sin embargo, avanzaba, pero aunque sus piernas parecían de acero, comenzaba a cansarse. No había senderos en aquella llanura, y si los había, la nieve los ocultaba. Instintivamente, se desviaba hacia el este. Piedras cortantes le desollaban las plantas de los pies. Si hubiese sido de día habría podido ver en las huellas que dejaba en la nieve las manchas rosadas que formaba su sangre.

No reconocía nada. Cruzaba la meseta de Portland de sur a norte y es probable que la banda con la que había ido, para evitar los encuentros, la había cruzado de oeste a este. Verosímilmente había partido, en alguna barca de pescador o de contrabandista, de algún punto de la costa de Uggescombe, como Sainte-Catherine Chap o Swancry, para ir a Portland al encuentro de la urca que la esperaba y había desembarcado en una de las ensenadas de Weston para volver a embarcarse en una de las caletas de Eston. Esa dirección era cortada en cruz por la que seguía ahora el niño. Era imposible que reconociese el camino.

La meseta de Portland tiene aquí y allá altas ampollas que se desmoronan bruscamente en la costa y descienden a pico hasta el mar. El niño errante llegó a uno de esos puntos culminantes y se detuvo en él, con la esperanza de encontrar más indicaciones en un espacio mayor y tratando de ver. Tenía ante sí, por todo horizonte, una vasta opacidad lívida. La examinó con atención y, bajo la fijeza de su mirada, se hizo menos indistinta. En el fondo de un lejano pliegue del terreno, hacia el este, bajo esa lividez opaca, especie de escarpa móvil y pálida que parecía un acantilado de la noche, ascendían y flotaban vagos jirones negros, especies de desgarraduras difusas. La opacidad pálida era niebla y los jirones negros, humos. Donde hay humo hay hombres. El niño se dirigió hacia ese lado.

Entreveía a alguna distancia una pendiente, y al pie de la pendiente entre configuraciones informes de rocas que la bruma esfumaba, una apariencia de banco de arena o de lengua de tierra que unía probablemente con las llanuras del horizonte la meseta que acababa de cruzar. Era evidente que había que pasar por allí.

En efecto, había llegado al istmo de Portland, aluvión diluviano llamado Chess-Hill.

Descendió por aquella vertiente de la meseta.

La pendiente era difícil y abrupta. Era, con menos aspereza no obstante, lo inverso de la ascensión que había hecho para salir de la caleta. Toda subida se salda con un descenso. Después de haber trepado, rodaba.

Saltaba de una roca a otra, a riesgo de torcerse un pie, a riesgo de caer en una profundidad indistinta. Para detenerse en los deslizamientos por las rocas

y el hielo así a puñados las largas correhuelas de los páramos y las árgomas llenas de espinos, y todas esas puntas se le clavaban en los dedos. A veces encontraba un poco de declive suave y descendía por él recuperando el aliento, pero luego seguía la escarpa y para dar cada paso tenía que apelar a algún nuevo recurso. En los descensos por un precipicio cada movimiento implica la solución de un problema y hay que ser hábil bajo pena de muerte. El niño resolvía esos problemas con un instinto del que habría tomado nota un mono y una ciencia que habría admirado un saltimbanqui. La pendiente era abrupta y larga, pero se acababa, no obstante.

Poco a poco se acercaba el instante en que iba a poner los pies en el istmo entrevisto.

A intervalos, mientras saltaba o descendía de roca en roca, escuchaba, irguiéndose como un gamo atento. Oía a lo lejos, a su izquierda, un ruido extenso y débil, parecido a un profundo toque de clarín. Había en el aire, en efecto, el movimiento de soplos que precede al espantoso viento boreal que se oye venir del polo como un sonido de trompetas. Al mismo tiempo el niño sentía de cuando en cuando en la frente, en los ojos y en las mejillas algo que se parecía a palmas de manos frías posándose en su rostro. Eran grandes copos helados, al principio diseminados blandamente en el espacio y luego arremolinándose y anunciando la tempestad de nieve. El niño estaba cubierto por ellos. La tempestad de nieve, que desde hacía más de una hora se hallaba sobre el mar, comenzaba a internarse en la tierra. Invadía lentamente las llanuras. Entraba oblicuamente por el noroeste en la mesera de Portland.

LIBRO SEGUNDO

La urca en el mar

1

Las leyes que no pertenecen al hombre

La tempestad de nieve es una de las cosas desconocidas del mar. Es el más oscuro de los meteoros, oscuro en todos los sentidos de la palabra. Constituye una mezcla de niebla y de tormenta, y al presente todavía no se comprende bien ese fenómeno. A eso se deben muchos desastres.

Se quiere explicar todo por el viento y la marea. En el aire hay una fuerza que no es el viento, y en el agua hay una fuerza que no es la marea. Esa fuerza,

la misma en el aire y en el agua, es el efluvio. El aire y el agua son dos masas líquidas, casi idénticas, y entran la una en la otra por medio de la condensación y la dilatación, de tal modo que respirar es beber; sólo el efluvio es fluido. El viento y la marea no son sino empujones; el efluvio es una corriente. El viento es visible por las nubes y la marea es visible por la espuma; el efluvio es invisible. Sin embargo, de vez en cuando dice: Aquí estoy. Su aquí estoy es un trueno.

La tempestad de nieve plantea un problema análogo al de la niebla seca. Si el esclarecimiento de la calina de los españoles y del quobar de los etíopes es posible, seguramente ese esclarecimiento se hará por medio de la observación atenta del efluvio magnético.

Sin el efluvio, una multitud de hechos siguen siendo enigmáticos. En rigor, los cambios de velocidad del viento, que se modifican en la tempestad de tres pies por segundo a doscientos veinte pies, motivarían las variantes de la ola desde tres pulgadas con mar calmo hasta treinta y seis pies con mar agitado; en rigor, la horizontalidad de los soplos, inclusive en una borrasca, hace comprender cómo una ola de treinta pies de altura puede tener mil quinientos pies de longitud. ¿Pero por qué las olas del Pacífico son cuatro veces más altas cerca de América que cerca de Asia, es decir más altas en el oeste que en el este; por qué sucede lo contrario en el Atlántico; por qué en el Ecuador es donde el centro del mar es más alto; a qué se deben esos desplazamientos del tumor del océano? Sólo puede explicarlo el efluvio magnético combinado con la rotación terrestre y la atracción sideral.

¿No es necesaria esta complicación misteriosa para explicar una oscilación del viento como la que se produjo, por ejemplo, en el occidente, y que pasó del sudeste al nordeste, y luego volvió bruscamente, dando el mismo gran rodeo, del nordeste al sudeste, recorriendo en treinta y seis horas un prodigioso circuito de quinientos sesenta grados, lo que fue el preámbulo de la tempestad de nieve del 17 de marzo de 1867?

Las olas de tempestad de Australia alcanzan hasta ochenta pies de altura, lo que se debe a la vecindad del polo. En esas latitudes la tormenta es menos el resultado del trastorno de las ráfagas que de la continuidad de las descargas eléctricas submarinas. En el año 1866 el cable trasatlántico fue perturbado regularmente en su funcionamiento durante dos horas de cada veinticuatro, desde las doce del mediodía hasta las dos de la tarde, por una especie de fiebre intermitente. Ciertas composiciones y descomposiciones de fuerzas producen los fenómenos y se imponen a los cálculos del marino so pena de naufragio. El día en que la navegación, que es una rutina, se convierta en una matemática; el día en que se trate de saber, por ejemplo, por qué en nuestras regiones los vientos cálidos vienen a veces del norte y los vientos fríos del sur; el día en que se comprenda que las disminuciones de temperatura están en proporción

con las profundidades oceánicas, el día en que se tenga presente en la mente que el globo terráqueo es un gran imán polarizado en la inmensidad con dos ejes, un eje de rotación y un eje de efluvios que se entrecortan en el centro de la Tierra, y que los polos magnéticos giran alrededor de los polos geográficos; cuando los que arriesgan su vida quieran arriesgarla científicamente; cuando se navegue por la inestabilidad estudiada; cuando el capitán sea un meteorólogo y el piloto un químico, entonces se evitarán muchas catástrofes. El mar es magnético tanto como acuático; un océano de fuerzas flota, desconocido, en el océano de las olas; se podría decir que siguiendo la corriente del agua. No ver en el mar más que una masa de agua es no ver el mar; el mar es un vaivén de fluido tanto como un flujo y reflujo de líquido; las atracciones lo complican tal vez todavía más que los huracanes; la adhesión molecular, puesta de manifiesto, entre otros fenómenos, por la atracción capilar, microscópica para nosotros, participa en el océano de la grandeza de las extensiones; y la onda de los efluvios ora ayuda ora se opone a la onda de los aires y la onda de las aguas. Quien ignora la ley eléctrica ignora la ley hidráulica, pues la una se infiltra en la otra. No hay estudio más arduo, ciertamente, ni más oscuro; linda con el empirismo como la astronomía linda con la astrología. Sin embargo, sin ese estudio no puede haber navegación. Dicho eso, sigamos.

Uno de los compuestos más temibles del mar es la tormenta de nieve. La tormenta de nieve es sobre todo magnética. El polo la produce como produce la aurora boreal; está en esa niebla como está en ese resplandor; y en el copo de nieve, como en la estría de la llama, el efluvo es visible.

Las tormentas son las crisis de nervios y los ataques de delirio del mar, que tiene sus jaquecas. A las tempestades se las puede comparar con las enfermedades. Unas son mortales, otras no lo son; se sale de ésta y no de aquella. La tempestad de nieve pasa por ser habitualmente mortal. Jarabija, uno de los pilotos de Magallanes, la calificó de «una nube salida del mal lado del diablo».

Surcouf dijo: «Hay cólera esporádico en esa tempestad». Los antiguos navegantes españoles llamaban a esa clase de borrasca la nevada cuando caían los copos y la helada cuando caía el granizo. Según ellos, con la nieve caían del cielo murciélagos.

Las tempestades de nieve son peculiares de las latitudes polares. Sin embargo, a veces se deslizan, se podría decir que se desploman, hasta nuestros climas, de tal modo se mezcla el asolamiento con las aventuras del aire.

La Matutina, como se ha visto, al salir de Portland se había lanzado resueltamente a la gran aventura nocturna que la aproximación de una tempestad agravaba. Había entrado en toda esa amenaza con una especie de

audacia trágica. Sin embargo, insistamos en ello, no le había faltado la advertencia.

2

Aclaración de las siluetas del comienzo

Mientras la urca estuvo en el golfo de Portland el mar se hallaba poco agitado; la marea casi llegaba al punto culminante. Cualquiera que fuera la oscuridad del océano, aún había claridad en el cielo. El viento afectaba poco a la embarcación. La urca costeaba lo más posible el acantilado, que era para ella un buen biombo.

Se hallaban diez personas en la pequeña falúa vizcaína, tres tripulantes y siete pasajeros, dos de éstos mujeres. A la luz de alta mar, pues en el crepúsculo en alta mar se rehace la luz, todas las figuras eran visibles y claras. Por lo demás, ya no se ocultaban, ya no se preocupaban, cada uno recobraba su libertad de acción, lanzaba su grito, mostraba su rostro; la partida era una liberación.

El abigarramiento del grupo se ponía de manifiesto. Las mujeres no tenían edad; la vida errante produce vejeces precoces y la indigencia es una arruga. Una era vasca de los puertos secos; la otra, la del gran rosario, era irlandesa. Tenían el aire indiferente de los miserables. Al entrar se habían acurrucado la una junto a la otra sobre unas arcas al pie del mástil. Conversaban; el irlandés y el vasco, como hemos dicho, son dos idiomas emparentados. La vasca tenía el cabello perfumado con cebolla y albahaca. El patrón de la urca era vasco guipuzcoano; uno de los marineros también era vasco de la vertiente norte de los Pirineos y el otro vasco de la vertiente sur, es decir de la misma nación, aunque el primero fuese francés y el segundo español. Los vascos no reconocen la patria oficial. «Mi madre se llama montaña», decía el arriero Zalareus. De los cinco hombres que acompañaban a las dos mujeres, uno era francés languedociano, uno francés provenzal, otro genovés; un viejo, el que llevaba el sombrero sin agujero para la pipa, parecía alemán; el quinto, el jefe, era vasco de las landas de Biscarosse. Era él quien, en el momento en que el niño iba a entrar en la urca, había arrojado de un puntapié el tablón al agua. Ese hombre, robusto, súbito, rápido, cubierto, como se recordará, de pasamanerías y lentejuelas que hacían brillar sus harapos, no podía estarse quieto, se inclinaba, se erguía, iba y venía sin cesar de un extremo de la embarcación al otro, como inquieto por lo que acababa de hacer y lo que iba a suceder.

Ese jefe del grupo y el patrón de la urca, así como los dos tripulantes, vascos los cuatro, hablaban ora en vasco, ora en español, ora en francés, pues los tres idiomas eran comunes en las dos vertientes de los Pirineos. Los demás, excepto las mujeres, hablaban un casi francés que era el fondo de la jerga de la banda. La lengua francesa, en esa época, comenzaba a ser elegida por los pueblos como intermediaria entre el exceso de consonantes del norte y el exceso de vocales del mediodía. En Europa el comercio hablaba en francés; el robo también. Se recordará que Gibby, el ladrón de Londres, se entendía con Cartouche.

La urca, buena velera, navegaba rápidamente; sin embargo, diez personas más los equipajes eran mucha carga para una embarcación tan endeble.

Ese salvamento de una banda por aquella embarcación no implicaba necesariamente la asociación de los tripulantes con el grupo. Bastaba que el patrón fuera un vascongado y que el jefe de la banda fuese otro. Ayudarse mutuamente es en esa raza un deber que no admite excepción. Un vasco, como acabamos de decir, no es español ni francés, es vasco, y siempre y en todas partes debe salvar a un vasco. Así es la fraternidad pirenaica.

Durante todo el tiempo que la urca estuvo en el golfo el cielo, aunque tenía mal aspecto, no parecía lo bastante amenazador para preocupar a los fugitivos. Se salvaban, escapaban y se sentían brutalmente alegres. Uno reía y otro cantaba. La risa era seca, pero libre; el canto era en voz baja, pero despreocupado.

El languedociano gritaba: caougagno! «Cocagne» expresa el colmo de la satisfacción narbonesa. Era semimarinero, natural de la aldea acuática de Gruissan, en la vertiente sur de la Clappe, marinero más bien que marino, pero habituado a manejar las canoas ligeras del estanque de Bages y a sacar en las arenas salinas de Sainte-Lucie la red llena de peces. Pertenecía a esa raza que se cubre la cabeza con una birreta, hace señales de la cruz complicadas a la española, bebe vino en pellejo, se achispa, toca la guitarra, se arrodilla para blasfemar e implora a su santo patrono con amenazas: «Gran santo, concédeme lo que te pido o te arrojó una piedra a la cabeza (ou té feg'un pic)».

Podía, si era necesario, agregarse útilmente a la tripulación. El provenzal, en la despensa, atizaba bajo una marmita de hierro un fuego de turba y preparaba la sopa.

Esa sopa era una especie de puchero en el que el pescado reemplazaba a la carne y en el que el provenzal arrojaba garbanzos, trocitos de tocino cuadrados y vainas de pimiento rojo, concesiones del comedor de sopa de pescado a los comedores de olla podrida. Uno de los sacos de provisiones, desembalado, estaba a su lado. Había encendido, sobre su cabeza, una linterna de hierro con vidrio de talco, la que oscilaba colgando de un alción veleta. Era entonces una

creencia popular que un alción muerto, colgado por el pico, presenta siempre el pecho hacia el lado de donde viene el viento.

Mientras hacía la sopa el provenzal se metía de vez en cuando en la boca el gollete de una calabaza y engullía un trago de aguardiente. Era una de esas calabazas revestidas con mimbre, anchas y chatas, con orejeras, que se colgaban a un costado con una correa y a las que se llamaba entonces «calabazas de cadera». Entre cada trago mascullaba una estrofa de una de esas canciones campesinas cuyo tema es nada absolutamente: un camino hondo, un seto, se ve en la pradera por una abertura entre los matorrales la sombra alargada de una carreta y de un caballo al sol poniente y de cuando en cuando sobre el seto aparece y desaparece el extremo de la bielta cargada con heno. No hace falta más para una canción.

Una partida, según lo que se tiene en el corazón o en la mente, es un alivio o un abatimiento. Todos parecían aliviados, con excepción de uno, el viejo del grupo, el hombre del sombrero sin pipa.

Ese viejo, que parecía alemán más bien que otra cosa, aunque tenía uno de esos rostros vagos en los que se pierde la nacionalidad, era calvo y tan grave que su calvicie parecía una tonsura. Cada vez que pasaba por delante de la Santa Virgen de la proa se levantaba el sombrero y se podían ver las venas hinchadas y seniles de su cráneo. Una especie de gran traje talar gastado y desgarrado de sarga oscura de Dorchester, en el que se envolvía, no ocultaba sino a medias su chupa ajustada, estrecha y abrochada hasta el cuello como una sotana. Sus dos manos tendían a entrecruzarse y a la unión maquinal de la plegaria habitual. Tenía lo que se podría llamar la fisonomía pálida, pues la fisonomía es sobre todo un reflejo y es un error creer que la idea no tiene color. Esa fisonomía era evidentemente la superficie de un extraño estado interior, la resultante de un compuesto de contradicciones que se perdían las unas en el bien y las otras en el mal, y, para el observador, la revelación de algo casi humano que podía caer por debajo del tigre o elevarse por encima del hombre. Esos caos del alma existen. En aquel rostro había algo ilegible. El secreto llegaba en él a lo abstracto. Se comprendía que aquel hombre había conocido el gusto anticipado del mal, que es el cálculo, y el resabio, que es el cero. En su impasibilidad, tal vez sólo aparente, estaban impresas las dos petrificaciones, la petrificación del corazón, peculiar del verdugo, y la petrificación de la mente, peculiar del mandarín. Se podía afirmar, pues lo monstruoso tiene su manera de ser completo, que todo le era posible, inclusive conmoverse. Todo sabio es un poco cadáver, y aquel hombre era un sabio. Con sólo verlo se adivinaba esa ciencia impresa en los gestos de su persona y en los pliegues de su traje. Tenía un rostro fósil cuya seriedad era contrariada por la movilidad arrugada del políglota que llega a la mueca. Por lo demás, severo. Nada de hipócrita, pero nada de cínico. Un soñador trágico. Era el hombre al

que el crimen ha dejado pensativo. Tenía el ceño de un trabucaire modificado por la mirada de un arzobispo. Los ralos cabellos grises le blanqueaban en las sienes. Se sentía en él al cristiano con algo de fatalismo turco. Nudos de gota deformaban sus dedos disecados por la flacura; su alto cuerpo rígido era ridículo; tenía pies de marino. Andaba lentamente por la cubierta sin mirar a nadie, con aire convencido y siniestro. Sus ojos estaban vagamente llenos con el brillo fijo de un alma atenta a las tinieblas y sujeta a reapariciones de conciencia. De vez en cuando el jefe de la banda, brusco y alerta y describiendo rápidos zigzag en la embarcación, iba a hablarle al oído. El anciano respondía con un movimiento de cabeza. Parecía el relámpago consultando a la noche.

3

Los hombres inquietos en el mar inquieto

Dos de los hombres de la urca estaban absortos: el anciano y el patrón de la embarcación, al que no hay que confundir con el jefe de la banda; al patrón lo absorbía el mar y al anciano el cielo. Uno no separaba la mirada del agua y el otro dedicaba su vigilancia a las nubes. El comportamiento del agua era lo que preocupaba al patrón; el anciano parecía recelar del cénit. Acechaba a los astros por todas las aperturas de las nubes.

Era el momento en que todavía es de día, pero las estrellas comienzan a picar débilmente la claridad del anochecer.

El horizonte presentaba un aspecto raro. La bruma era en él variada.

Había más niebla en la tierra y más nubes en el mar.

Antes mismo de salir de Portland el patrón, preocupado por el oleaje, ordenó hacer inmediatamente maniobras muy minuciosas. No esperó a llegar a alta mar. Revisó la jareta, se aseguró de que la barbeta de los obenques bajos se hallaba en buen estado y sostenía bien las arraigadas de las cofas, precaución de un hombre que se propone hacer temeridades de velocidad.

La urca, y ese era su defecto, se hundía por la proa una media vara más que por la popa.

El patrón pasaba a cada instante de la brújula de ruta a la brújula de variación, enfocando con las dos pínulas los objetos de la costa, con el fin de reconocer la dirección del viento a que respondían. Al principio se declaró una brisa de bolina; no parecía contrariada, aunque se alejaba en cinco puntas del viento de la ruta. Manejaba personalmente el timón durante el mayor tiempo

posible, pues parecía no confiar sino en sí mismo para no perder fuerza alguna, ya que el efecto del gobernalle dependía de la rapidez de la singladura.

Como la diferencia entre el verdadero rumbo y el rumbo aparente es tanto mayor cuanto con más rapidez navega el barco, la urca parecía dirigirse hacia el origen del viento más de lo que lo hacía realmente. No tenía viento largo ni navegaba cerrada con el viento, pero no se conoce directamente el verdadero rumbo sino cuando se tiene viento de popa. Si se ven en las nubes largas bandas que van a parar al mismo punto del horizonte, ese punto es el origen del viento, pero esa noche había muchos vientos y la dirección del rumbo era confusa, por lo que el patrón desconfiaba de las ilusiones de la embarcación.

Timoneaba a la vez tímida y temerariamente, braceaba el viento, vigilaba las desviaciones súbitas, se precavía de las guiñadas, evitaba las sacudidas, observaba la deriva, reparaba en los pequeños choques del timón, atendía a todas las circunstancias del movimiento, a las desigualdades en la velocidad de la singladura, a los cambios del viento, y se mantenía constantemente, por temor a aventurarse, a una cuarta de la costa que seguía, y sobre todo mantenía el ángulo de la grímpola con la quilla más abierto que el ángulo de velamen, pues el rumbo del viento que indicaba la brújula seguía siendo dudoso a causa de la pequeñez de la brújula de ruta. Su mirada, imperturbablemente baja, examinaba todas las formas que tomaba el agua.

Sin embargo, una vez levantó la vista hacia el espacio y trató de ver las tres estrellas que están en el tahalí de Orion; esas estrellas se llaman los tres Magos y un viejo proverbio de los antiguos pilotos españoles dice: «Quien ve los tres Magos no está lejos del Salvador».

Esa mirada del patrón al cielo coincidió con este aparte murmurado en el otro extremo de la urca por el anciano:

—Ni siquiera vemos la Silla de los Guardias, ni el astro Antares, a pesar de ser tan rojo. Ni una sola estrella se ve claramente.

Los otros fugitivos no mostraban preocupación alguna.

Sin embargo, pasada la primera hilaridad de la evasión, comenzaron a darse cuenta de que se hallaban en el mar en el mes de enero y de que el viento era helado. Les era imposible alojarse en el camarote, demasiado estrecho y demás lleno de equipajes y fardos. Los equipajes pertenecían a los pasajeros y los fardos a la tripulación, pues la urca no era un barco de recreo y se dedicaba al contrabando. Los pasajeros tuvieron que instalarse en la cubierta, con una resignación fácil para aquellos nómadas. Los hábitos adquiridos al aire libre hacen cómodos para los vagabundos los acomodamientos nocturnos; la bella estrella es amiga de ellos y el frío los ayuda a dormir, y a veces a morir.

Por lo demás, esa noche, como se acaba de ver, las estrellas estaban

ausentes.

El languedociano y el genovés, mientras esperaban la sopa, se apelotonaron junto a las mujeres al pie del mástil, bajo los hules que les arrojaron los marineros.

El anciano calvo se quedó en pie en la proa, inmóvil y como insensible al frío.

El patrón de la urca, desde el timón, hizo una especie de llamamiento gutural bastante parecido a la interjección del pájaro llamado en América el Exclamador; al oír ese grito el jefe de la banda se acercó y el patrón le interpeló con estas palabras: Etcheco jauna. Estas dos palabras vascas, que significan «labrador de la montaña», son entre esos antiguos cántabros una entrada en materia solemne y exigen la atención.

Luego el patrón señaló con el dedo al anciano y el diálogo continuó en español, poco correcto, por lo demás, pues era un español montañés. He aquí las preguntas y las respuestas:

—Etcheco jauna, ¿qué es este hombre?

—Un hombre.

—¿Qué lenguas habla?

—Todas.

—¿Qué cosas sabe?

—Todas.

—¿Qual país?

—Ningún, y todos.

—¿Qual Dios?

—Dios.

—¿Cómo le llamas?

—El Tonto.

—¿Cómo dices que le llamas?

—El Sabio.

—¿En vuestra tropa qué está?

—Está lo que está.

—¿El gefe?

—No.

—Pues, ¿qué está?

—La alma.

El jefe y el patrón se separaron, cada uno de ellos volvió a su meditación y poco después la Matutina salió del golfo.

Los grandes balanceos de alta mar comenzaron.

El agua, en las brechas que dejaba la espuma, tenía aspecto viscoso; las olas, vistas en la claridad crepuscular y de perfil, parecían charcos de hiel. Aquí y allá una ola que flotaba de plano presentaba rajaduras y estrellas, como un vidrio que ha sido apedreado. En el centro de esas estrellas, en un agujero remolineante, temblaba una fosforescencia, muy semejante a la reverberación felina de la luz desaparecida que hay en los ojos de los mochuelos.

La Matutina atravesó audazmente y como una nadadora valiente la temible agitación del banco Chambours. El banco Chambours, obstáculo oculto a la salida de la rada de Portland, no es una barrera, sino un anfiteatro. Un circo de arena bajo el agua, gradas talladas por los círculos de la onda, una palestra redonda y simétrica, alta como un Yungfrau pero sumergida, un coliseo del océano entrevisto por el buzo en la transparencia visionaria del engullimiento: tal es el banco Chambours. Las hidras luchan allí, los leviatanes se encuentran y, según dicen las leyendas, en el fondo del gigantesco embudo se hallan los cadáveres de navíos apresados y hundidos por la gigantesca araña Kraken, llamada también el pez montaña. Tal es la espantosa sombra del mar.

Estas realidades espectrales ignoradas por el hombre se ponen de manifiesto en la superficie por medio de un poco de temblor.

En el siglo XIX el banco Chambours está en ruinas. El rompeolas recientemente construido ha trastornado y truncado a fuerza de resacas esa alta arquitectura submarina, lo mismo que la escollera construida en Croisic en 1760 cambió en un cuarto de hora la regulación de las mareas. Sin embargo, la marea es eterna, pero la eternidad obedece al hombre más de lo que se cree.

4

Entrada en escena de una nube diferente de las otras

El anciano al que el jefe del grupo había calificado de tonto y luego de sabio no abandonaba la proa. Desde que habían pasado más allá del banco Chambours su atención se dividía entre el cielo y el océano. Bajaba la vista y volvía a levantarla; lo que escrutaba sobre todo era el nordeste.

El patrón confió el timón a un marinero, saltó por encima de la escotilla del pañol de los cables, atravesó el pasamano y llegó al castillo de proa.

Se acercó al anciano, pero no de frente. Se quedó un poco detrás, con los codos apretados contra las caderas, las manos separadas, la cabeza inclinada sobre el hombro, los ojos abiertos, las cejas enarcadas y una comisura de los labios sonriente, que es la actitud de la curiosidad cuando flota entre la ironía y el respeto.

El anciano, ya fuera porque tenía la costumbre de hablar a veces a solas, o ya porque el hecho de sentir a alguien a su espalda lo incitaba a hablar, comenzó a monologar mientras contemplaba el mar.

—El meridiano desde el que se cuenta la ascensión recta está marcado en este siglo por cuatro estrellas: la Polar, la silla de Casiopea, la cabeza de Andrómeda, y la estrella Algenib, que está en Pegaso. Pero ninguna es visible.

Estas palabras se sucedieron automáticamente, confusas, casi dichas y en cierta manera sin que las pronunciase. Flotaron fuera de su boca y se disiparon. El monólogo es el humo de los fuegos interiores de la mente.

El patrón le interrumpió:

—Señor...

El anciano, tal vez un poco sordo y al mismo tiempo muy pensativo, continuó:

—No hay bastantes estrellas y sí demasiado viento. El viento abandona siempre su ruta para lanzarse sobre la costa. Se lanza a pico. Eso se debe a que la tierra es más cálida que el mar. El aire es allí más liviano. El viento frío y pesado del mar se precipita sobre la tierra para reemplazarlo. Por eso en el alto cielo el viento sopla hacia la tierra desde todos los lados. Convendría dar bordadas alargadas entre el paralelo estimado y el paralelo presumido. Cuando la latitud observada no difiere de la presumida en más de tres minutos en diez leguas, y en más de cuatro en veinte, se está en la buena ruta.

El patrón saludó, pero el anciano no lo vio. Aquel hombre, que vestía casi una toga universitaria de Oxford o de Gotinga, no abandonaba su postura altiva y esquiva. Observaba el mar como conocedor de los oleajes y los hombres. Estudiaba las olas, pero casi como si fuese a pedir la palabra en medio de aquel tumulto y a enseñarles algo. Tenía algo de dómine y de augur. Parecía el pedante del abismo.

Prosiguió su soliloquio, tal vez hecho, después de todo, para que se lo escuchara.

—Se podría luchar si se tuviera una rueda en vez de una barra. Con una velocidad de cuatro leguas por hora, treinta libras de esfuerzo en la rueda

pueden producir trescientas mil libras de efecto en la dirección. Y más todavía, pues hay caso en que se hace dar al timón dos vueltas más.

El patrón saludó por segunda vez, y dijo:

—Señor...

La mirada del anciano se fijó en él. Dio vuelta la cabeza sin mover el cuerpo.

—Llámame doctor.

—Señor doctor, soy yo el patrón.

—Sea —respondió el «doctor».

El doctor —lo llamaremos así en adelante— pareció consentir en el diálogo.

—Patrón, ¿tienes un octante inglés?

—No.

—Sin octante inglés no puedes tomar la altura ni por detrás ni por delante.

—Los vascos tomaban la altura antes que existieran los ingleses.

—Desconfía del engruimiento.

—Cedo cuando es necesario.

—¿Has medido la velocidad del navío?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace un momento.

—¿Por qué medio?

—Por medio de la corredera.

—¿Has cuidado de examinar la guindola de la corredera?

—Sí.

—¿El reloj de arena hace exactamente los treinta segundos?

—Sí.

—¿Estás seguro de que la arena no ha gastado el agujero entre las dos ampolletas?

—Sí

—¿Has hecho la contraprueba del reloj de arena mediante la vibración de

una bala de mosquete colgada?

—¿Un hilo liso sacado de cáñamo enriado? Sin duda.

—¿Has encerado el hilo para que no se alargue?

—Sí.

—¿Has hecho la contraprueba de la corredera?

—He hecho la contraprueba del reloj de arena con la bala de mosquete y la de la corredera con una bala de cañón.

—¿Qué diámetro tiene tu bala?

—Un pie.

—¿Tiene buen peso?

—Es una bala antigua de nuestra vieja urca de guerra, la Casse de Par-grand.

—¿Que pertenecía a la armada?

—Sí.

—¿Y que llevaba seiscientos soldados, cincuenta tripulantes y veinticinco cañones?

—El naufragio lo sabe.

—¿Cómo has pesado el choque del agua contra la bala?

—Por medio de una balanza alemana.

—¿Has tenido en cuenta el impulso de la marea contra la cuerda que lleva la bala?

—Sí.

—¿Cuál es el resultado?

—El choque del agua ha sido de ciento setenta libras.

—Es decir que el navío hace cuatro leguas francesas por hora.

—Y tres holandesas.

—Pero es solamente el exceso de la velocidad de la singladura sobre la velocidad del mar.

—Sin duda.

—¿Adónde te diriges?

—A una caleta que conozco entre Loyola y San Sebastián.

—Colócate pronto en el paralelo del lugar de llegada.

—Sí, con la menor desviación posible.

—Desconfía de los vientos y las corrientes. Los primeros excitan a las segundas.

—Son traidores.

—Nada de palabras injuriosas. El mar oye. No insultes a nadie. Limítate a observar.

—He observado y observo. La marea va en este momento contra el viento, pero dentro de poco, cuando corra en la misma dirección del viento, navegaremos bien.

—¿Tienes un derrotero?

—No para este mar.

—¿Entonces navegas a ciegas?

—No, tengo la brújula.

—La brújula es un ojo y el derrotero es el otro.

—Un tuerto ve.

—¿Cómo mides el ángulo que forma el rumbo del navío con la quilla?

—Tengo mi brújula de variación y además adivino.

—Adivinar está bien, pero es mejor saber.

—Cristóbal Colón adivinaba.

—Cuando hay agitación y cuando la roca de los vientos gira alocadamente ya no se sabe con qué aparejo tomar el viento y se termina no teniendo punto estimado ni punto corregido. Un asno con su derrotero vale más que un adivino con su oráculo.

—Todavía no se revuelve el viento y no veo que haya motivo de alarma.

—Los barcos son moscas en la tela de araña del mar.

—En este momento todo se halla en bastante buen estado en el agua y en el viento.

—Un temblor de puntos negros en el oleaje: eso son los hombres en el océano.

—No auguro nada malo para esta noche.

—Puede producirse tal situación que te cueste salir del paso.

—Hasta ahora todo va bien.

La mirada del doctor se fijó en el nordeste.

El patrón continuó:

—Si llegamos al golfo de Gascuña respondo de todo. Allí estoy en mi casa. Conozco bien mi golfo de Gascuña. Es una palangana que se embravece con frecuencia, pero allí conozco todas las profundidades del agua y todas las cualidades del fondo: fango delante de San Cipriano, conchas delante de Cizarque, arena en el cabo Penas, guijarros en el Boucaut de Mimizan; y conozco también el color de todos los guijarros.

El patrón se interrumpió, pues el doctor ya no le escuchaba. Miraba el nordeste. En aquel rostro glacial sucedía algo extraordinario.

En él se pintaba toda la cantidad de espanto posible en una máscara de piedra. Su boca dejó escapar esta palabra:

—¡En hora buena!

Su pupila, transformada por completo en pupila de búho y redonda, se había dilatado de estupor examinando un punto del espacio. Añadió:

—Es justo. En lo que a mí respecta, consiento.

El patrón le miraba.

El doctor continuó, hablándose a sí mismo o hablando a alguien que estaba en el abismo:

—Digo que sí.

Calló, abrió cada vez más los ojos, duplicando la atención en lo que veía, y añadió:

—Eso viene de lejos, pero sabe lo que hace.

El segmento del espacio donde se clavaban los rayos visuales y el pensamiento del doctor, por hallarse opuesto al poniente, estaba iluminado por la vasta reverberación crepuscular casi como por la luz del sol. Ese segmento, muy circunscrito y rodeado de jirones de vapor grisáceo, estaba simplemente azul, pero de un azul más parecido al plomo que al cobalto.

El doctor, completamente vuelto hacia el mar y sin mirar al patrón en adelante, señaló con el índice aquel segmento aéreo y dijo:

—Patrón, ¿ves?

—¿Qué?

—Aquello.

—¿Qué?

—Allí abajo.

—Azul. Sí.

—¿Qué es?

—Un rincón del cielo.

—Para los que van al cielo. Para los que van a otra parte es otra cosa.

Y subrayó sus palabras enigmáticas con una mirada espantosa que se perdió en la sombra.

Se hizo un silencio.

El patrón, pensando en la doble calificación que había dado el jefe a aquel hombre, se hizo a sí mismo esta pregunta: «¿Es un loco o un sabio?»

El índice huesoso y rígido del doctor seguía apuntado al rincón azul oscuro del horizonte.

El patrón examinó aquel azul.

—En efecto —refunfuñó—, no es el cielo, es una nube.

—Una nube azul es peor que una nube negra —dijo el doctor, y añadió—. Es la nube de la nieve.

—La nube de la nieve —repitió el patrón, como si al hacerlo tratase de comprender mejor.

—¿Sabes lo que es la nube de la nieve?

—No.

—Lo sabrás dentro de poco.

El patrón volvió a contemplar el horizonte.

Mientras observaba la nube decía entre dientes:

—Un mes de borrasca, un mes de lluvia, enero que tose y febrero que llora: ese es nuestro invierno para nosotros, los vascos. Nuestra lluvia es cálida. Sólo tenemos nieve en la montaña. ¡Pero cuidado con el alud! El alud no respeta nada; el alud es el animal irracional.

—Y la tromba es el monstruo —dijo el doctor, quien, tras una pausa, añadió—. Allí viene... Muchos vientos trabajan al mismo tiempo: un fuerte viento del oeste y un viento muy lento del este.

—Ese es un hipócrita —comentó el patrón.

La nube azul se agrandaba.

—Si la nieve —continuó el doctor— es temible cuando desciende de la montaña, juzga lo que será cuando se desploma del polo.

Tenía los ojos vidriosos. La nube parecía crecer en su rostro al mismo tiempo que en el horizonte.

Prosiguió con acento de ensueño:

—Todos los minutos traen la hora. La voluntad del cielo se entreabre.

El patrón volvió a preguntarse: «¿Es un loco?»

—Patrón —preguntó el doctor, con la mirada fija en la nube—, ¿has navegado mucho por la Mancha?

El patrón respondió:

—Esta es la primera vez.

Al doctor, a quien absorbía la nube y que, así como la esponja no tiene más que una capacidad de agua, no tenía sino una capacidad de ansiedad, no le conmovió la respuesta del patrón como para que hiciera algo más que encogerse ligeramente de hombros.

—¿Cómo es eso?

—Señor doctor, yo no hago habitualmente más que el viaje a Irlanda. Voy de Fuenterrabía a Black-Harbour o a la isla de Akill, que son dos islas. A veces voy a Brachipult, que es una punta del país de Gales. Pero navego siempre más allá de las islas Scilly. No conozco este mar.

—Eso es grave. ¡Ay del que deletrea el océano! La Mancha es un mar que hay que leer de corrido. La Mancha es la esfinge. Desconfía del fondo.

—Aquí estamos en las veinticinco brazas.

—Hay que llegar a las cincuenta y cinco brazas que están al poniente y evitar las veinte que están al levante.

—En el camino sondearemos.

—La Mancha no es un mar como los otros. La marea sube en él cincuenta pies en las aguas vivas y veinticinco en las aguas muertas. Aquí el flujo y el refluo no son como en otras partes. ¡Oh, pareces desconcertado!

—Esta noche sondearemos.

—Para sondear hay que detenerse, y no podrás hacerlo.

—¿Por qué?

—Por el viento.

—Probaremos.

—La tormenta acosa.

—Sondearemos, señor doctor.

—Ni siquiera podrás ponerte de costado.

—Tengo fe en Dios.

—Ten prudencia en las palabras. No pronuncies a la ligera el nombre irritable.

—Sondearé, he dicho.

—Sé modesto. Dentro de poco tiempo te abofeteará el viento.

—Quiero decir que trataré de sondear.

—El choque del agua impedirá que el plomo descienda y la línea se romperá. ¡Ah, es la primera vez que navegas por estos parajes!

—La primera vez.

—Pues bien, en ese caso escucha, patrón.

El acento en la palabra escucha era tan imperativo que el patrón saludó.

—Señor doctor, escucho.

—Amura a babor y entabla a estribor.

—¿Qué quiere decir?

—Pon la proa al oeste.

—¡Caramba!

—Pon la proa al oeste.

—No es posible.

—Como quieras. Lo que te digo es por los otros. Yo acepto.

—Pero, señor doctor, la proa al oeste...

—Sí, patrón.

—¡Es viento de bolina!

—Sí, patrón.

—Es un cabecero diabólico.

—Elige otras palabras. Sí, patrón.

—¡Es poner al barco en el potro!

—Sí, patrón.

—Tal vez se rompa el mástil.

—Tal vez.

—¿Quiere usted que me dirija hacia el oeste?

—Sí.

—No puedo.

—En ese caso lucha con el mar como quieras.

—Tendría que cambiar el viento.

—No cambiará en toda la noche.

—¿Por qué?

—Es un soplo largo de mil doscientas leguas.

—¡Ir contra ese viento es imposible!

—¡Te digo que pongas proa al oeste!

—Procuraré hacerlo. Pero a pesar de todo nos desviaremos.

—Ese es el peligro.

—El viento nos empuja hacia el este.

—No vayas al este.

—¿Por qué?

—Patrón, ¿sabes cuál es hoy para nosotros el nombre de la muerte?

—No.

—La muerte se llama el este.

—Me dirigiré hacia el oeste.

Esta vez el doctor miró al patrón, y le miró con esa mirada que apoya como para hundir un pensamiento en un cerebro. Se había vuelto por completo hacia el patrón y pronunció estas palabras lentamente, sílaba por sílaba:

—Si esta noche, cuando estemos en medio del mar, oímos el sonido de una campana, el barco está perdido.

El patrón lo contempló estupefacto y preguntó:

—¿Qué quiere decir usted?

El doctor no respondió. Su mirada, que había salido durante un instante, volvió a entrar y se hizo interior. No pareció haber oído la pregunta asombrada del patrón. Ya sólo atendía a lo que oía dentro de sí mismo. Sus labios

articularon, como maquinalmente, estas palabras pronunciadas en voz baja como un murmullo:

—Ha llegado el momento de que se laven las almas negras.

El patrón hizo una mueca expresiva que acerca a la nariz toda la parte baja del rostro.

—Es un loco más bien que un sabio —refunfuñó.

Y se alejó.

Sin embargo, puso proa al oeste.

Pero el viento y el oleaje aumentaban.

5

Hardquanonne

Toda clase de intumescencias deformaban la bruma y se hinchaban al mismo tiempo en todos los puntos del horizonte, como si bocas invisibles se ocuparan en inflar los odres de la tempestad. El modelado de las nubes se hacía inquietante.

La nube azul ocupaba todo el fondo del cielo. Ahora se hallaba tanto al oeste como al este y avanzaba contra la brisa. Estas contradicciones son peculiares del viento.

El mar, que un momento antes tenía escamas, tenía ahora una piel. Así es ese dragón: ya no era cocodrilo, sino boa. Esa piel, plumosa y sucia, parecía espesa y se arrugaba fuertemente. En la superficie, burbujas de oleaje, aisladas, parecidas a pústulas, se redondeaban y luego estallaban. La espuma parecía una lepra.

Fue en ese instante cuando la urca, que el niño abandonado veía todavía a lo lejos, encendió su farol.

Pasó un cuarto de hora.

El patrón buscó con la mirada al doctor. Ya no estaba en cubierta.

Tan pronto como lo dejó el patrón, el doctor, había encorvado bajo la chupeta de cámara su estatura poco cómoda y entrado en el camarote. Allí se sentó junto a un hornillo en un tamborete; sacó del bolsillo un tintero de piel de zapa y una cartera de cordobán, extrajo de la cartera un pergamino doblado en cuatro, viejo, manchado y amarillento; lo desdobló, tomó una pluma del

estuche del tintero, colocó la cartera sobre sus rodillas y el pergamino sobre la cartera y comenzó a escribir en el dorso del pergamino a la luz de la linterna que iluminaba al cocinero. Las sacudidas del oleaje lo molestaban. Escribió durante largo tiempo.

Mientras escribía observaba la calabaza de aguardiente que el provenzal cataba cada vez que agregaba un pimiento al puchero, como si la consultara acerca del condimento.

El doctor observaba esa calabaza, no porque era una botella de aguardiente, sino por un nombre trenzado en la envoltura de mimbre, con juncos rojos entre los juncos blancos. Había suficiente claridad en el camarote para que pudiera leer ese nombre.

El doctor, interrumpiendo su tarea, deletreó a media voz:

—Hardquanonne.

Luego interpeló al cocinero:

—No me había fijado en esa calabaza. ¿Es que perteneció a Hardquanonne?

—¿A nuestro pobre compañero Hardquanonne? —respondió el cocinero—. Sí.

—¿A Hardquanonne el flamenco?

—Sí.

—¿El que está encarcelado?

—Sí.

—¿En el torreón de Chatham?

—Esta es su calabaza. Era mi amigo y la conservo como recuerdo. ¿Cuándo volveremos a verlo? Sí, es su calabaza de cadera.

El doctor tomó de nuevo su pluma y se puso a trazar penosamente líneas un poco tortuosas en el pergamino. Cuidaba evidentemente de que aquello fuese muy legible. A pesar del temblor del barco y el de la edad, terminó de escribir lo que deseaba.

Lo hizo a tiempo, pues súbitamente se produjo un golpe de mar.

Una llegada impetuosa de olas asaltó a la urca y se sintió que comenzaba la danza espantosa con la que los barcos acogen a la tempestad.

El doctor se levantó, se acercó al hornillo, oponiendo sabias flexiones de las rodillas a las brusquedades de la marejada, secó como pudo al calor de la marmita las líneas que acababa de escribir, guardó el pergamino en la cartera y

volvió a meter la cartera y el tintero en el bolsillo.

El hornillo no era la pieza menos ingeniosa de la instalación interior de la urca; estaba bien aislado. Sin embargo, la marmita oscilaba, y el provenzal la vigilaba.

—Sopa de pescado —dijo.

—Para los peces —respondió el doctor.

Luego volvió a cubierta.

6

Se creen ayudados

En medio de su preocupación creciente el doctor pasó revista a la situación, y si alguien hubiese estado cerca de él habría podido oír que decía en voz baja:

—Demasiado balanceo y no bastante cabeceo.

Y el doctor, llamado por el trabajo oscuro de su mente, volvió a introducirse en su pensamiento como un minero en su pozo.

Esta meditación no excluía en modo alguno la observación del mar. El mar observado es una fantasía.

El sombrío suplicio de las aguas, eternamente atormentadas, iba a comenzar. Una lamentación salía de toda aquella onda. En la inmensidad se hacían preparativos confusamente lúgubres. El doctor miraba lo que tenía a la vista y no perdía detalle. Por lo demás, no había en su mirada contemplación alguna. No se contempla el infierno.

Una gran conmoción, todavía semilatente, pero ya transparente en la turbulencia de las extensiones, acentuaba y agravaba cada vez más el viento, los vapores y las marejadas. Nada es tan lógico ni nada parece tan absurdo como el océano. Esa dispersión de sí mismo es inherente a su soberanía y uno de los elementos de su espaciosidad. El oleaje está sin cesaren pro o en contra. No se anuda sino para desanudarse. Una de sus vertientes ataca y la otra liberta. No hay visión como las olas. ¿Cómo se pueden pintar esas cavidades y esos relieves alternados, apenas reales, esos valles, esas hamacas, esas desapariciones de linteles, esos esbozos? ¿Cómo expresar esos matorrales de la espuma, mezcolanza de montaña y de sueño? Lo indescriptible está allí en todas partes, en la desgarradura, en el fruncimiento, en la inquietud, en la desmentida personal, en el claroscuro, en las pechinas de las nubes, en las

claves de bóveda siempre deshechas, en la disgregación sin solución de continuidad y sin ruptura, y en el estrépito fúnebre que hace toda esa demencia.

El viento acababa de declararse plenamente del norte. Era tan favorable en su violencia y tan útil para alejarse de Inglaterra que el patrón de la Matutina se decidió a cubrir la embarcación con tela. La urca se evadía entre la espuma, como al galope, a toda vela, saltando de ola en ola, con rabia y alegría. Los fugitivos, encantados, reían. Aplaudían, a la marejada, a las olas, al viento, a las velas, a la rapidez, a la huida, al porvenir ignorado. El doctor parecía no verlos y pensaba.

Todo vestigio de la luz del día se eclipsó.

Era el momento en que el niño atento en los acantilados lejanos perdió de vista a la urca. Hasta ese instante su mirada había permanecido fija y como apoyada en el barco. ¿Qué parte de esa mirada estaba en el destino? En el momento en que la distancia borró la urca y el niño dejó de verla el niño se dirigió hacia el norte mientras el barco se dirigía hacia el sur.

Todos se sumieron en la oscuridad.

7

Horror sagrado

Desde su lado, pero con alivio y regocijo, los que viajaban en la urca miraban cómo tras ellos retrocedía y se achicaba la tierra hostil. Poco a poco la redondez oscura del océano ascendía, adelgazando en el crepúsculo a Portland, Purbeck, Tineham, Kimmeridge, los dos Matravers, las largas bandas del acantilado brumoso y la costa punteada por faros.

Inglaterra desapareció. Los fugitivos no tuvieron ya a su alrededor más que el mar.

De pronto la noche se hizo terrible.

Ya no hubo extensión ni espacio; el cielo se ennegreció y se cerró sobre la urca. Comenzó el lento descenso de la nieve. Aparecieron algunos copos que parecían almas. Nada fue ya visible en el campo de ruta del viento. Se tenía la sensación de haber caído en una trampa.

Con esa oscuridad de caverna comienza en nuestros climas la tromba polar.

Una gran nube turbia, parecida al vientre de una hidra, pesaba sobre el océano y en algunos lugares ese vientre lívido se adhería a las olas. Algunas

de esas adherencias parecían bolsas rotas que bombeaban el mar vaciándose de vapor y llenándose de agua. Esas succiones levantaban aquí y allá en la marejada conos de espuma.

La tormenta boreal se precipitó sobre la urca, que se abalanzó sobre ella. La ráfaga y el barco fueron mutuamente al encuentro como para insultarse.

En ese primer abordaje furioso no se cargó una vela, no se arrió un foque, no se cogió un rizo, hasta tal punto la evasión es un delirio. El mástil crujió y se encorvaba hacia atrás, como asustado.

Los ciclones, en nuestro hemisferio septentrional, giran de izquierda a derecha, en el mismo sentido que las agujas de un reloj, con un movimiento de traslación que llega a veces a sesenta millas por hora. Aunque estaba completamente a merced de ese violento empujón giratorio, la urca se comportaba como si hubiese estado en el semicírculo manejable, sin otra precaución que la de mantenerse aproada a la ola y presentar la proa al viento anterior recibiendo el viento actual a estribor para evitar los golpes de popa y de través. Esta prudencia a medias de nada habría servido en el caso de un salto del viento brusco.

Un profundo rumor se oía en la región inaccesible.

Nada es comparable con el rugido del abismo. Es la inmensa voz bestial del mundo. Lo que llamamos la materia, ese organismo insondable, esa amalgama de energías inconmensurables en la que a veces se distingue una cantidad imperceptible de intención que hace estremecerse, ese cosmos ciego y nocturno, ese Pan incomprensible, tiene un grito, un grito extraño, prolongado, obstinado, continuo, que es menos que la palabra y más que el trueno. Ese grito es el huracán. Las otras voces, cantos, melodías, clamores y palabras salen de los nidos, las polladas, los acoplamientos, los himeneos, las viviendas; éste, llamado tromba, sale de esa Nada que es el Todo. Las otras voces expresan el alma del universo; ésta expresa su monstruo. Es lo informe que aúlla, lo inarticulado hablado por lo indefinido. Lo patético y aterrador es que esos rumores dialogan por encima y más allá del hombre. Se elevan, descienden, ondulan, determinan oleadas de ruido, dan toda clase de sorpresas feroces a la mente, ora estallan muy cerca de nuestro oído con una importunidad de fanfarria, ora tienen el enronquecimiento de lo lejano; murmullo vertiginoso que parece un lenguaje y que es, en efecto, un lenguaje: es el esfuerzo que hace el mundo para hablar, el balbuceo del prodigio. En ese vagido se manifiesta confusamente todo lo que soporta, sufre, acepta y rechaza la enorme palpitación tenebrosa. La mayoría de las veces eso desatina, parece un ataque de enfermedad crónica, y es epilepsia generalizada más bien que fuerza empleada; se cree presenciar una caída de la epilepsia en lo infinito. Por momentos se entrevé una reivindicación del elemento, una veleidad de

imponerse de nuevo el caos a la creación. En otros momentos es un gemido, el espacio que se lamenta y se justifica, algo así como un alegato en defensa del mundo; se cree adivinar que el universo es un proceso; se escuchan o se trata de oír las razones expuestas, el pro y el contra temible; tal gemido de la sombra tiene la tenacidad de un silogismo. Gran perturbación para el pensamiento: esa es la razón de ser de las mitologías y los politeísmos. Al espanto de esos grandes murmullos se agregan perfiles sobrehumanos tan pronto desaparecidos como percibidos, Euménides casi visibles, gargantas de furias dibujadas en las nubes, quimeras plutónicas casi afirmadas. Ningún horror iguala a esos sollozos, a esas risas, a esas ductilidades del estrépito, a esas preguntas y respuestas indescifrables, a esos llamamientos a auxiliares desconocidos. El hombre no sabe qué hacerse en presencia de ese encantamiento espantoso. Se doblega bajo el enigma de esas entonaciones draconianas. ¿Qué sobreentendido hay en ellas? ¿Qué significan? ¿A quién amenazan, a quién suplican? Hay en ello como un desencadenamiento. Son vociferaciones de precipicio a precipicio, del aire al agua, del viento a las espumas, pues el bozal del abismo se ha deshecho. Tal es ese tumulto, complicado con no se sabe qué altercado misterioso con las malas conciencias.

La locuacidad de la noche no es menos lúgubre que su silencio. En ella se siente la ira de lo ignorado.

La noche es una presencia. ¿Una presencia de quién?

Por lo demás, hay que distinguir entre la noche y las tinieblas. En la noche hay lo absoluto y en las tinieblas lo múltiple. La gramática, que es una lógica, no admite el singular para las tinieblas. La noche es una y las tinieblas son muchas.

Esa bruma del misterio nocturno es lo disperso, lo fugaz, lo ruinoso, lo funesto. Ya no se siente la tierra, se siente la otra realidad.

En la sombra infinita e indefinida hay algo, o alguien, vivo, pero lo que vive en ella forma parte de nuestra muerte. Después de nuestro paso por la tierra, cuando esa sombra sea para nosotros luz, la vida que está más allá de nuestra vida se apoderará de nosotros. Entretanto, parece que nos tantea. La oscuridad es una presión. La noche es una especie de embargo de nuestra alma. En ciertas horas horribles y solemnes sentimos que lo que está detrás de la pared de la tumba se apodera de nosotros.

Jamás esta proximidad de lo desconocido es más tangible que en las tempestades del mar. En ellas lo horrible se acrecienta con lo fantástico. El interruptor posible de las acciones humanas, el antiguo Reune-Nubes, tiene a su disposición, para amasar el acontecimiento como mejor le parece, el elemento inconsistente, la incoherencia ilimitada, la fuerza difusa sin prejuicios. Ese misterio, la tempestad, acepta y ejecuta a cada instante no se

sabe qué cambios de voluntad, aparentes o reales.

Los poetas han llamado siempre a eso el capricho del mar.

Pero el capricho no existe.

Las cosas desconcertantes que llamamos en la naturaleza capricho y en el destino casualidad son trozos de ley entrevistos.

8

Nix y Nox

Lo que caracteriza a la tempestad de nieve es que es negra. El aspecto habitual de la naturaleza durante la tempestad: tierra o mar oscuro y cielo pálido, se invierte: el cielo se pone negro y el océano blanco. Abajo espuma y arriba tinieblas. Un horizonte rodeado de humo y un cénit techado con crespones. La tempestad se parece al interior de una catedral tapizada de luto. Pero en esa catedral no hay alumbrado alguno. No hay fuegos de San Telmo en las crestas de las olas, ni chispas, ni fosforescencias; sólo una sombra inmensa. El ciclón polar se diferencia del ciclón tropical en que el uno enciende todas las luces y el otro apaga todas. El mundo se convierte súbitamente en una bóveda de caverna. De esa oscuridad cae una polvareda de manchas pálidas que vacilan entre el cielo y el mar. Esas manchas, que son los copos de nieve, se deslizan, vagan y flotan. Son como las lágrimas de un sudario que comenzaran a vivir y se pusieran en movimiento. Con esa siembra se mezcla un viento furioso. Una negrura desmenuzada en blancuras, lo furioso en lo oscuro, todo el tumulto de que es capaz el sepulcro, un huracán bajo un catafalco: tal es la tempestad de nieve.

Debajo tiembla el océano, que encubre formidables profundidades desconocidas.

En el viento polar, que es eléctrico, los copos se convierten inmediatamente en granizo, y el aire se llena de proyectiles. El agua crepita, ametrallada.

No hay truenos. El relámpago de las tormentas boreales es silencioso. Lo que se dice a veces del gato, que «jura», se puede decir de ese relámpago. Es una amenaza de boca entreabierta, extrañamente inexorable. La tempestad de nieve es una tempestad ciega y muda. Cuando ha pasado, con frecuencia los barcos también quedan ciegos, y los marineros, mudos.

Salir de esa vorágine es difícil.

No obstante, sería un error creer que el naufragio es absolutamente inevitable. Los pescadores daneses de Disco y del Balein, los buscadores de ballenas negras, Hearn yendo hacia el estrecho de Behring para reconocer la desembocadura del río de la mina de cobre, Hudson, Mackensie, Vancouver, Ross y Dumont de Urville, soportaron, en el polo mismo, las tempestades de nieve más inclementes y escaparon de ellas.

En esa clase de tempestad había entrado la urca a toda vela y triunfalmente. Era el frenesí contra el frenesí. Cuando Montgomery, al evadirse de Ruán, lanzó a todo remo su galera contra la cadena que cerraba el Sena en la Bouille, obró con la misma insolencia.

La Matutina corría. Su inclinación bajo las velas formaba en algunos instantes con el mar un espantoso ángulo de quince grados, pero su buena quilla ventruda se adhería al agua como una liga. La quilla resistía el arrancamiento del huracán. El farol iluminaba la proa. La nube llena de soplos, arrastrando su tumor por el océano, estrechaba y roía cada vez más el mar alrededor de la urca. No se veía una gaviota, ni una golondrina de acantilado, nada más que la nieve. El campo de las olas era pequeño y espantoso. Sólo se veían tres o cuatro, desmesuradas.

De vez en cuando un gran relámpago de color de cobre rojizo aparecía detrás de las superposiciones oscuras del horizonte y el cénit. Ese ensanchamiento bermejo ponía de manifiesto el horror de las nubes. El brusco abrazo de las profundidades, sobre el cual, durante un segundo, se destacaban los primeros planos de las nubes y las huidas lejanas del caos celeste, ponía al abismo en perspectiva. Sobre ese fondo de fuego los copos de nieve se ponían negros y parecían mariposas oscuras que revoloteaban en un horno. Luego todo se apagó.

Pasada la primera explosión, la tormenta, impulsando siempre a la urca, comenzó a rugir ininterrumpidamente. Es la fase del gruñido, temible disminución del estrépito. Nada es tan inquietante como ese monólogo de la tempestad. Ese recitativo engurruñado se parece a un descanso que se toman las misteriosas fuerzas combatientes e indica una especie de acecho en lo desconocido.

La urca seguía desatinadamente su curso. Sus dos velas mayores, sobre todo, cumplían una función espantosa. El cielo y el mar eran de tinta, con chorros de espuma que saltaban a mayor altura que el mástil. A cada instante golpes de agua atravesaban la cubierta como un diluvio, y en cada balanceo los escobenes, ora de estribor ora de babor, se convertían en otras tantas bocas abiertas que vomitaban la espuma del mar. Las mujeres se habían refugiado en el camarote, pero los hombres seguían en cubierta. La nieve enceguedora se arremolinaba. A ello se agregaban los escupitajos de la marejada. Todo estaba

furioso. En ese momento el jefe de la banda, de pie en la popa sobre el yugo, asiéndose con una mano a los obenques y arrancándose con la otra el pañuelo de la cabeza, que sacudió a la luz del farol, arrogante, satisfecho, con el rostro altivo y el cabello en desorden, embriagado con toda aquella sombra, gritó:

—¡Estamos libres!

—¡Libres! ¡Libres! ¡Libres! —repitieron los evadidos.

Y toda la banda, asiéndose a los aparejos, se levantó en la cubierta.

—¡Viva! —gritó el jefe.

Y la banda gritó en la tempestad:

—¡Viva!

En el instante en que ese clamoreo se extinguía entre las ráfagas, una voz grave y alta se elevó en el otro extremo del barco y dijo:

—¡Silencio!

Todas las cabezas se volvieron.

Habían reconocido la voz del doctor. La oscuridad era densa; el doctor estaba adosado al mástil, con el que se confundía su delgadez, y no se lo veía.

La voz añadió:

—¡Escuchad!

Todos callaron. Entonces se oyó claramente en las tinieblas el tañido de una campana.

9

Cuidado confiado al mar furioso

El patrón de la urca, que manejaba el timón, se echó a reír.

—¡Una campana! Eso es bueno. Damos caza a babor. ¿Qué prueba esa campana? Que tenemos la tierra a estribor.

La voz firme y lenta del doctor replicó:

—No tenéis la tierra a estribor.

—¡Pero sí! —gritó el patrón.

—No.

—El sonido de esa campana viene de la tierra.

—El sonido de esa campana viene del mar.

Aquellos hombres audaces se estremecieron. Los rostros huraños de las dos mujeres aparecieron en la escotilla del camarote como dos larvas evocadas. El doctor dio un paso y su larga forma negra se separó del mástil. Se oía el tañido de la campana en el fondo de la oscuridad.

El doctor añadió:

—Hay en medio del mar, a mitad de camino entre Portland y el archipiélago de la Mancha, una boya que está allí para advertir. Esa boya se halla amarrada con cadenas a los bajos fondos y flota a flor de agua. En esa boya hay un caballete de hierro y de ese caballete cuelga una campana. Cuando se alborota el mar sacude la boya y la campana suena. Esa es la campana que oís.

El doctor dejó pasar una intensificación del cierzo, esperó a que se volviera a oír la campana y prosiguió:

—Oír esa campana en la tempestad cuando sopla el viento del noroeste es estar perdido. ¿Por qué? Por esto: si oís el sonido de esa campana es porque os lo trae el viento. Ahora bien, el viento viene del oeste y las rompientes de Aurigny están al este. No podéis oír la campana sino porque estáis entre la boya y las rompientes. Hacia esas rompientes os empuja el viento. Os halláis en el mal lado de la boya. Si estuvierais en el bueno os encontraríais en alta mar, en ruta segura, y no oiríais la campana. El viento no os traería su sonido. Pasaríais cerca de la boya sin saber que está allí. Nos hemos desviado. Esa campana anuncia el naufragio. ¡Ahora reflexionad!

Mientras hablaba el doctor, la campana, apaciguada por una disminución del viento, sonaba lentamente, un golpe tras otro, y ese tañido intermitente parecía tomar nota de las palabras del anciano. Se habría dicho que era el toque de difuntos del abismo.

Todos escuchaban jadeantes, ora la voz, ora la campana.

10

La tempestad es la gran salvaje

Entretanto, el patrón tomó su bocina y gritó:

—¡Cárgate todo, hombre! ¡Desatraca las escotas! ¡Hala el aparejo real, arría las ostagas y las gavias de las velas bajas! ¡Viremos al oeste! ¡Volvamos

a alta mar! ¡Proa a la boya! ¡Proa a la campana! ¡Aún hay esperanza!

—Probad —dijo el doctor.

Digamos de paso que esa boya avisadora, especie de campanario del mar, fue suprimida en 1802. Navegantes muy viejos todavía recuerdan haberla oído. Advertía, pero un poco tarde.

La orden del patrón fue obedecida. El languedociano actuó como tercer marinero. Todos ayudaron. Se hizo más que cargar, se aferró; se cincharon todos los rebenques, se anudaron los palanquines, los brioses y los apagapenoles; se pusieron pitarrasas sobre los estrovos, que así podían servir de obenques de través; se engimelgó el mástil, y se clavaron las porras de batería, lo que es una manera de cerrar el barco. La maniobra, aunque ejecutada con los aparejos en desorden, no dejó de ser correcta. Se simplificó el peligro que podía correr la urca. Pero a medida que el barco, aferrando todo, se empequeñecía, crecía en él la devastación del aire y el mar. La altura del oleaje casi alcanzaba la dimensión polar.

El huracán, como verdugo apresurado, comenzó a descuartizar el barco. En un abrir y cerrar de ojos se produjo un arrancamiento espantoso, las gavias quedaron desrelingadas, la borda arrasada, los posteleros desencajados, los obenques destruidos, el mástil roto, todo el estrépito del desastre volando en astillas. Todo los cables gruesos cedieron aunque tenían cuatro brazas de entalingadura.

La tensión magnética peculiar de las tempestades de nieve contribuía a la ruptura de los cordajes. Los rompían tanto el efluvio como el viento. Varias cadenas salidas de sus roldanas no funcionaban ya. En la proa las mejillas y en la popa las ancas se doblaban bajo presiones extremadas. Una ola se llevó la brújula con la bitácora. Otra se llevó la canoa, amarrada en pescante al bauprés, según la extraña costumbre asturiana. Una tercera se llevó la Virgen de la proa y el farol.

Sólo quedó el timón.

Reemplazaron el farol con una gruesa granada de brulote llena de estopa ardiente y de alquitrán encendido que colgaron del estrave.

El mástil, partido por la mitad, erizado de guiñapos temblorosos, cuerdas, garruchas y vergas, obstruía la cubierta. Al caer había roto un trozo del costado de estribor.

El patrón, que seguía en el timón, gritó:

—Mientras podamos timonear nada se ha perdido. Las obras vivas se mantienen bien. ¡Hachas! ¡Hachas! ¡El mástil al mar! ¡Despejad la cubierta!

Los tripulantes y los pasajeros tenían la fiebre de las batallas supremas.

Fue cuestión de unos cuantos hachazos. Arrojaron el mástil por la borda y la cubierta quedó despejada.

—Ahora —dijo el patrón— tomad una driza y amarradme a la caña del timón.

Lo ataron al timón.

Mientras lo ataban reía. Luego gritó al mar:

—¡Brama, viejo, brama! He visto peores en el cabo Machichaco.

Y cuando estuvo amarrado asió el timón con los dos puños con esa alegría extraña que causa el peligro.

—¡Todo está bien, compañeros! ¡Viva Nuestra Señora de Buglose! ¡Proa al oeste!

Llegó una ola de través, colosal, y se lanzó sobre la popa. Hay siempre en las tempestades una especie de ola tigresa, feroz y definitiva, que llega en el momento oportuno, se arrastra durante algún tiempo como tendida boca abajo por el mar, y luego salta, ruge, rechina, cae sobre el barco en peligro y lo desmiembra. Un engullimiento de espuma cubrió toda la popa de la Matutina y en esa refriega del agua y la noche se oyó una dislocación. Cuando la espuma se disipó y reapareció la popa ya no estaban en ella el patrón ni el timón.

Todo había sido arrancado.

El timón y el hombre que acababan de atar se habían ido con la ola en la confusión relinchante de la tempestad.

El jefe de la banda miró fijamente a la oscuridad y preguntó:

—¿Te burlas de nosotros?

A ese grito de rebelión sucedió otro:

—¡Echemos el ancla! ¡Salvemos al patrón!

Corrieron al cabestrante y echaron el ancla. Las rucas sólo tenían una. Lo único que consiguieron fue perderla, pues el fondo era de roca viva y la marejada, furiosa. El cable se rompió como un cabello y el ancla se quedó en el fondo del mar.

Del tajamar sólo quedaba el ángel que miraba con el anteojo.

Desde ese momento la urca no fue más que los restos de un barco naufrago. La Matutina estaba irremediablemente desmantelada. Esa embarcación, poco antes alada y casi terrible en su curso, era ahora impotente. No tenía un aparejo que no estuviese truncado y desarticulado. Obedecía,

anquilosada y pasiva, a las furias caprichosas de la flotación. Que en pocos minutos un águila se convierta en un lisiado es algo que sólo se ve en el mar.

El resoplido del espacio era cada vez más monstruoso. La tempestad tiene un pulmón espantoso. Agrega sin cesar lúgubres agravaciones a lo que no tiene matices: la oscuridad. La campana del medio del mar sonaba desesperadamente, como sacudida por una mano feroz.

La Matutina iba a alzar de las olas, con las ondulaciones de un corcho; ya no navegaba, sobrenadaba; a cada instante parecía que iba a ponerse tripa arriba como un pez muerto. Lo que la salvaba de esa perdición era la buena conservación del casco, completamente hermético. Ninguna vagra había cedido bajo la línea de flotación. No tenía resquebrajaduras ni grietas y ni una sola gota de agua entraba en la sentina. Por suerte, pues la bomba había sufrido una avería y no se la podía utilizar.

La urca bailaba horriblemente en la angustia de las olas. La cubierta tenía las convulsiones de un diafragma que trata de vomitar. Parecía que se esforzaba por rechazar a los náufragos. Estos, inertes, se asían a los aparejos, a la borda, a la traviesa, a la boza de la uña del ancla, a los mójeles, a las fracturas del tablón exterior del costado cuyos clavos les desgarraban las manos, a las varengas alabeadas, a todos los relieves miserables que había dejado el destrozo. De vez en cuando aplicaban el oído. El sonido de la campana se debilitaba. Parecía que agonizaba también. Su tañido no era ya más que un ronquido intermitente. Luego ese ronquido se extinguió. ¿Dónde estaban, por consiguiente? ¿Y a qué distancia de la boya se hallaban? El sonido de la campana les había asustado y su silencio les aterraba. El viento del noroeste los llevaba por un camino tal vez irreparable. Se sentían arrebatados por un hálito frenético. El barco náufrago corría en la oscuridad. Nada más espantoso que una rapidez ciega. Sentían el precipicio delante de ellos, bajo ellos y sobre ellos. Aquello no era una carrera, sino una caída.

Bruscamente, en el enorme tumulto de la niebla de nieve apareció un enrojecimiento.

—¡Un faro! —gritaron los náufragos.

11

Los Casquéis

Era, en efecto, el faro de los Casquéis.

Un faro, en el siglo XIX, es un alto cilindro conoide de mampostería

coronado por una máquina de iluminación muy científica. El faro de los Casquets en particular es al presente una triple torre blanca que contiene tres castillos de luz. Esas tres casas de fuego evolucionan y giran sobre rodajes de relojería con tal precisión que el hombre de rancho que las observa desde alta mar da invariablemente diez pasos por la cubierta del barco durante la irradiación y veinticinco durante el eclipse. Todo está calculado en el plano focal y en la rotación del tambor octogonal formado por ocho anchos lentes simples escalonados que tienen arriba y abajo sus dos series de anillos dióptricos; es un engranaje algebraico protegido contra los golpes de viento y los golpes de mar con vidrios de un milímetro de espesor, a veces rotos, no obstante, por las águilas marinas que se lanzan contra ellos como grandes falenas de esas linternas gigantescas. La construcción que encierra, sostiene y engasta ese mecanismo es, como él, matemática. Todo en ella es sobrio, exacto, desnudo, preciso y correcto. Un faro es una cifra.

En el siglo XVII un faro era una especie de penacho de la tierra a la orilla del mar. La arquitectura de una torre de faro era magnífica y extravagante. En ella se prodigaban los balcones, los balaustres, las torrecillas, las glorietas, las veletas. No había más que mascarones, estatuas, adornos de follajes, volutas, esculturas en relieve, figuras y figuritas y cartelas con inscripciones. Pax in bello decía el faro de Eddystone. Observemos de paso que esta declaración de paz no desarmaba siempre al océano. Winstanley la repitió en un faro que construyó a sus expensas en un lugar salvaje, ante Plymouth. Terminada la torre del faro se encerró en ella e hizo que la probase la tempestad. La tempestad fue y se llevó el faro de Winstanley. Por lo demás, esas construcciones excesivas daban pábulo a la borrasca por todas partes, como esos generales demasiado condecorados que atraen los golpes en la batalla. Además de las fantasías de piedra estaban las fantasías de hierro, de cobre y de madera; la cerrajería formaba relieves y salientes la carpintería. Por todas partes en el perfil del faro desbordaban, empotradas en la pared entre los arabescos, máquinas de todas clases, útiles e inútiles, cabrias, garruchas, poleas, contrapesos, escalas, grúas de cargamento y garfios de salvamento. En el remate, alrededor del fogón, delicados cerrojos labrados sostenían grandes candeleros de hierro en los que se ponían trozos de maroma empapados en resina, mechas que ardían tenazmente y que ningún viento apagaba. Y de arriba abajo la torre estaba cubierta con pendones marinos, banderolas, banderas, enseñas y pabellones que ascendían de asta en asta, de piso en piso, amalgamando todos los colores, todas las formas, todos los blasones, todas las señales, todas las turbulencias, hasta la cabina de luces del faro, y haciendo en la tempestad un alegre alboroto de guiñapos alrededor de ese resplandor. Esa insolencia de la luz al borde del abismo parecía un desafío y daba audacia a los naufragos. Pero el faro de los Casquets no era así.

Era en esa época un simple viejo faro bárbaro, tal como Enrique I lo había

hecho construir después del naufragio de la Blanche-Nef: una hoguera llameante bajo un enrejado de hierro en lo alto de una roca, una brasa detrás de una verja y una cabellera de llamas al viento.

El único perfeccionamiento de que había sido objeto ese faro desde el siglo XII era un fuelle de fragua que ponía en movimiento una cremallera con pesas de piedra y que habían ajustado al fanal en 1610.

En esos faros antiguos la suerte de las aves marinas era más trágica que en los faros actuales. Las aves acudían a ellos atraídas por la claridad, se precipitaban en su interior y caían en el brasero, donde se las veía saltar como espíritus negros que agonizaban en aquel infierno y a veces caían fuera del fanal en la roca, humeantes, renqueantes, ciegas, como fuera de la llama de una lámpara las moscas medio quemadas.

Para un barco que navega bien, provisto con todos sus recursos de aparejos y que obedece dócilmente al piloto el faro de los Casquéis es inútil; grita: ¡Cuidado! y advierte la existencia del escollo. Para un barco desmantelado es terrible. El casco, paralizado e inerte, sin resistencia contra el arrugamiento insensato del agua, sin defensa contra la presión del viento, pez sin aletas, pájaro sin alas, no puede ir sino adonde lo empuja la ráfaga. El faro le muestra el lugar supremo, le señala el sitio de la desaparición, ilumina la sepultura. Es la vela del entierro.

No puede haber ironía más trágica que iluminar la abertura inexorable, advertir lo inevitable.

12

Cuerpo a cuerpo con el escollo

Los desdichados en peligro a bordo de la Matutina comprendieron inmediatamente esa misteriosa irrisión que se agregaba al naufragio. La aparición del faro los reanimó al principio y luego los consternó. No había nada que hacer, nada que intentar. Lo que se ha dicho de los reyes puede decirse del mar: se es su pueblo, se es su presa. Se sufre todo lo que ellos deliran. El viento del noroeste arrastraba a la urca hacia los Casquéis. La resistencia era imposible. Derivaban rápidamente hacia el arrecife. Sentían cómo subía el fondo; la sonda, si hubieran podido echar útilmente una sonda, no habría dado más de tres o cuatro brazas. Los náufragos oían los sordos engullimientos de las olas en las cavidades submarinas de la roca profunda. Distinguían debajo del faro, como una lonja oscura, entre dos láminas de granito, el paso estrecho de la espantosa pequeña abra salvaje que se adivinaba

llena de esqueletos de hombres y de cascos de barcos. Era una boca de antro más bien que una entrada de puerto. Oían el chisporroteo de la alta fogata en su fanal, una púrpura huraña iluminaba la tempestad, el encuentro de la llama y el granizo perturbaba la bruma, la nube negra y el humo rojo combatían, serpiente contra serpiente, un arrancamiento de brasas volaba en el viento y los copos de nieve parecían huir ante aquel brusco ataque de chispas. Las rompientes, veladas al principio, se dibujaban ahora claramente, como baturrillos de rocas con picos, crestas y vértebras. Los ángulos se modelaban con fuertes líneas bermejas, y los planos inclinados con sangrientos deslizamientos de claridad. A medida que avanzaban el relieve del escollo crecía y subía, siniestro.

Una de las mujeres, la irlandesa, pasaba desvariadamente las cuentas de su rosario.

A falta del patrón, que era el piloto, quedaba el jefe, que era el capitán. Todos los vascos conocen bien la montaña y el mar. Son audaces en los precipicios e inventivos en las catástrofes.

Llegaban al escollo, iban a tocarlo. De pronto se encontraron tan cerca de la gran roca del norte de los Casquets que súbitamente les ocultó el faro. No veían más que esa roca y un resplandor detrás de ella. Erguida en la bruma, parecía una gran mujer negra con una cofia de fuego.

Esa roca mal reputada se llama el Biblet. Apuntala en el norte el escollo que otro arrecife, el Etacq-aux-Guilmets, apuntala en el sur.

El jefe miró el Biblet y gritó:

—¡Un hombre de buena voluntad para llevar un calabrote a la rompiente! ¿Hay aquí alguien que sabe nadar?

No hubo respuesta. Ninguna de las personas que estaban a bordo sabía nadar, ni siquiera los marineros, ignorancia por lo demás frecuente entre la gente de mar.

Una eslora casi desatada de sus ligaduras oscilaba en la borda. El jefe la asió con los dos puños y dijo:

—Ayudadme.

Desataron la eslora. La tenían a su disposición para hacer con ella lo que desearan. De defensiva se convirtió en ofensiva.

Era una viga bastante larga, toda de puro roble, sana y fuerte, que podía servir de máquina de ataque y de punto de apoyo, de palanca para levantar un fardo y de ariete para atacar una torre.

—¡Atención! —gritó el jefe.

Seis de ellos, apoyados en el tocón del mástil, mantuvieron la eslor horizontal fuera de la borda y derecha como una lanza ante la cadera del escollo.

La maniobra era peligrosa. Dar un empujón a una montaña es una audacia. Los seis hombres podían ser arrojados al agua por el contragolpe.

Tales son las diversidades de la lucha con las tempestades. Después de la ráfaga el escollo, después del viento el granito. Hay que hacer frente ora a lo inasible ora a lo incommovible.

Fue uno de esos momentos durante los cuales se blanquea el cabello.

El escollo y el barco iban a abordarse.

La roca es paciente y esperaba.

Llegó una marejada desordenada y puso fin a la espera. Tomó a la urca por debajo, la levantó y la balanceó un momento, como la honda balancea al proyectil.

—¡Firmes! —gritó el jefe—. No es más que una roca y nosotros somos hombres.

La viga estaba en ristre. Los seis hombres se confundían con ella. Sus aristas puntiagudas les herían las axilas, pero ellos no lo sentían.

La marejada arrojó a la urca contra la roca.

Se produjo el choque.

Se produjo bajo la informe nube de espuma que oculta siempre esas peripecias.

Cuando esa nube cayó al mar, cuando volvieron a separarse la ola y la roca, los seis hombres rodaban por la cubierta, pero la Matutina huía a lo largo de la rompiente. La viga se había mantenido firme y causado una desviación. En algunos segundos, como el deslizamiento de la ola era desenfrenado, los Casquets quedaron detrás de la urca. La Matutina, por el momento, no corría un peligro inmediato.

Esas cosas suceden. Fue un golpe directo del bauprés en el acantilado lo que salvó a Wood de Largo en la desembocadura del Tay. En los rudos parajes del cabo Winterton, y a las órdenes del capitán Hamilton, fue gracias a una maniobra de palanca análoga contra la temible roca Brannoduum la que salvó del naufragio a la Royale-Marie, aunque era una fragata escocesa. La ola es una fuerza que se descompone tan súbitamente que las diversiones en ella son fáciles, o al menos posibles, inclusive en los choques más violentos. La tempestad tiene algo de animal; el huracán es el toro y se lo puede engañar.

En tratar de pasar de la secante a la tangente consiste todo el secreto de la manera de evitar el naufragio.

Ese fue el servicio que prestó la eslora a la urca. Había actuado como palanqueta y sustituido al timón. Pero esa maniobra liberadora estaba ya hecha y no se la podía repetir. La viga estaba en el agua. La duración del choque la había hecho saltar de las manos de los hombres sobre la borda y se perdió en la marejada. Arrancar otra eslora significaba dislocar las cuadernas del barco.

El huracán arrastró a la Matutina. En poco tiempo los Casquets parecieron en el horizonte un amontonamiento inútil. Nada parece tan desconcertado como un escollo en semejante ocasión. Hay en la naturaleza, por el lado de lo desconocido, allí donde lo visible se mezcla con lo invisible, airados perfiles inmóviles a los que parece indignar la pérdida de una presa.

Tal era el aspecto de los Casquets mientras huía la Matutina.

El faro fue retrocediendo y empalideciendo y luego desapareció.

Esa extinción fue lúgubre. Las capas de bruma se superpusieron sobre aquel resplandor que se hizo difuso. La irradiación se diluyó en la inmensidad húmeda. La llama flotó, luchó, se hundió, perdió su forma. Pareció que se ahogaba. El brasero se convirtió en pabulo y ya no fue más que un temblor amarillento y vago. A todo su alrededor se extendía un círculo de fulgor derramado. Era como un aplastamiento de la luz en el fondo de la noche.

La campana, que era una amenaza, había callado; el faro, que era una amenaza, había desaparecido. Sin embargo, cuando esas dos amenazas desaparecieron la situación fue más terrible. La una era una voz y la otra una antorcha. Tenían algo de humano. Sin ellas, sólo quedaba el abismo.

13

Frente a frente con la noche

La urca se encontró a la deriva en la oscuridad inconmensurable.

La Matutina, escapada de los Casquets, iba de marejada en marejada. Era una tregua, pero en el caos. Empujada de través por el viento, manejada por las mil tracciones de las olas, repercutía toda las oscilaciones frenéticas de la marejada. Apenas cabeceaba, señal temible de la agonía de un barco. Los restos de un naufragio sólo se balancean. El cabeceo es la convulsión de la lucha. El timón sólo puede tomar el viento de bolina.

En la tempestad, y sobre todo en el meteoro de nieve, el mar y la oscuridad

terminan confundiéndose y amalgamándose y formando sólo una humareda. En la bruma, el torbellino y la ráfaga, deslizándose en todos los sentidos, sin punto de apoyo alguno, sin lugar de referencia, sin descanso, comenzando de nuevo constantemente, por una brecha tras otra, sin horizonte visible: así navegaba la urca.

Desprenderse de los Casquets, eludir el escollo, había sido para los náufragos una victoria. Pero sobre todo un estupor. No habían lanzado vítores; en el mar no se cometen dos veces esas imprudencias. Lanzar la provocación donde no se lanzaría la sonda es grave.

Rechazar el escollo había sido realizar lo imposible. Eso los tenía petrificados. Poco a poco, no obstante, recuperaban la esperanza. Tales son los insumergibles espejismos del alma. No hay angustia que, inclusive en el instante más crítico, no vea blanquear en sus profundidades la aparición inexpresable de la esperanza. Aquellos desdichados no pedían nada mejor que confesarse que se habían salvado. Eso era lo que balbuceaban.

Pero de pronto se produjo en la oscuridad un engrandecimiento formidable. A babor surgió, se dibujó y se recortó en el fondo de bruma una alta mole opaca y vertical, de ángulos rectos, una torre cuadrada del abismo.

La contemplaron, estupefactos.

La ráfaga los impulsaba hacia ella.

Ignoraban lo que era. Y era el peñón Ortach.

14

Ortach

El escollo se repetía. Después de los Casquets, Ortach. La tempestad no es artista, sino brutal y omnipotente, y no varía sus recursos.

La oscuridad no se agota. Nunca se le acaban sus trampas y sus perfidias. El hombre, en cambio, agota rápidamente sus recursos. El hombre se gasta, pero no el abismo.

Los náufragos se volvieron hacia el jefe, su esperanza. Él sólo pudo encogerse de hombros, lúgubre desdén de la impotencia.

Un guijarro en medio del océano: eso es el peñón Ortach. Ese escollo, de una sola pieza, se alza directamente por encima del choque antagónico del oleaje a ochenta pies de altura. Las olas y los barcos se estrellan contra él. Cubo inmutable, hunde a pico sus costados rectilíneos en las innumerables

curvas serpenteantes del mar.

De noche parece un tronco enorme asentado sobre los pliegues de un gran paño negro. En la tempestad espera el hachazo, que es el rayo.

Pero nunca hay un rayo en la tromba de nieve. Es cierto que el navío tiene vendados los ojos; todas las tinieblas se anudan sobre él. Está presto como un ajusticiado. En cuanto al rayo, que es un fin rápido, no hay que esperarlo.

La Matutina, que no era más que una varadura flotante, fue hacia esa roca como había ido hacia la otra. Los infortunados, que durante un momento se habían creído salvados, volvieron a ser presa de la angustia. El naufragio que habían dejado a su espalda reaparecía delante de ellos. El escollo volvía a surgir del fondo del mar. Nada había cambiado.

Los Casquets son un barquillero de mil compartimientos; el Ortach es una muralla. Naufragar en los Casquets es ser despedazado; naufragar en el Ortach es ser triturado.

Sin embargo, había una probabilidad de salvarse.

En los frentes rectos, y el Ortach tiene un frente recto, la ola, lo mismo que la bala, no rebota. Se limita al juego sencillo del flujo y el reflujo. Llega como ola y vuelve como marejada.

En casos como esos la cuestión de la vida o la muerte se plantea así: si la ola lleva al barco hasta la roca lo estrella contra ella y se pierde; si se produce el reflujo antes que el barco toque la roca se lo lleva de nuevo y se salva.

Con gran ansiedad los náufragos vieron en la penumbra la gran ola suprema que se acercaba a ellos. ¿Hasta dónde los arrastraría? Si la ola golpeaba a la urca los lanzaría contra la roca y los despedazaría. Si pasaba bajo el barco...

La ola pasó por debajo del barco.

Respiraron.

¿Pero cómo volvería? ¿Qué haría con ellos la resaca?

La resaca se los llevó.

Algunos minutos después la Matutina se hallaba fuera de las aguas del escollo. El Ortach desaparecía como habían desaparecido los Casquets.

Era la segunda victoria. Por segunda vez la urca había llegado al borde del naufragio y retrocedido a tiempo.

Portentosum mare

Entretanto, un adensamiento de la bruma envolvía a aquellos desdichados a la deriva. Ignoraban donde estaban. Apenas veían a algunos cables de distancia alrededor de la urca. A pesar de una verdadera lapidación de granizo que obligaba a todos a bajar la cabeza, las mujeres se habían obstinado en no volver a la cabina. No hay desesperado que no quiera naufragar al aire libre. Estando tan cerca de la muerte, parece que un techo encima de uno es un comienzo de ataúd.

La ola, cada vez más hinchada, se hacía más corta. La hinchazón del oleaje indica una estrangulación; en la niebla, ciertos redondeles en el agua señalan un estrecho. En efecto, sin que ellos lo supieran, seguían la costa de Aurigny. Entre Ortach y los Casquets al poniente y Aurigny al levante el mar está encerrado e incómodo, y el malestar del mar determina localmente el estado de tempestad. El mar sufre como cualquier otra cosa, y allí donde sufre, se irrita. Ese paso es terrible.

La Matutina se hallaba en ese paso.

Imagínese bajo el agua una concha de tortuga grande como Hyde-Park o los Campos Elíseos, y cada estría de la cual es una restinga y cada abolladura un arrecife. Tal es el acceso oeste de Aurigny. El mar encubre y oculta ese aparato de naufragio. Sobre ese caparazón de rompientes submarinas la ola, despedazada, salta y espumajea. En la calma, cabrilleo; en la tempestad, caos.

Los náufragos observaron esta complicación nueva sin explicársela. De pronto la comprendieron. En el cénit se hizo un claro pálido, un poco de palidez se dispersó por el mar, y esa lividez descubrió a babor una larga estacada de través al este hacia la cual se lanzaba, empujando a la urca ante él, el impulso del viento. Esa estacada era Aurigny.

¿Qué era aquello? Temblaron al verlo.

Habrían temblado todavía más si una voz les hubiese contestado: Aurigny.

Ninguna isla está defendida como Aurigny contra la llegada del hombre. Tiene bajo el agua y fuera del agua una guardia feroz cuyo centinela es Ortach. Al oeste, Burhou, Sauteriaux, Anfroque, Niangle, Fond-du-Croc, las Jumelles, la Grosse, la Clanque, los Equillons, el Vrac, la Fosse-Malière; al este, Sauquet, Hommeau, Floreau, la Brinebetais, la Queslingue, Croquelohou, la Fourche, el Saut, Noire Pute, Coupie, Orbue. ¿Qué son todos esos monstruos? ¿Hidras? Sí, de la especie escollo.

Uno de esos arrecifes se llama el But (el fin), como para indicar que todo viaje termina allí.

Esa acumulación de escollos, simplificada por el agua y la noche, se les apareció a los náufragos en la forma de una simple banda oscura, como un borrón negro en el horizonte.

El náufrago es el ideal de la impotencia. Estar cerca de la tierra y no poder llegar a ella, flotar y no poder navegar, poner los pies en algo que parece sólido y es frágil, estar lleno de vida y lleno de muerte al mismo tiempo, ser prisionero de las extensiones, estar encerrado entre el cielo y el océano, tener encima lo infinito como un calabozo y alrededor la inmensa evasión de las ráfagas y las ondas, y estar sujeto, agarrado, paralizado: este anonadamiento aturde e indigna. Se cree entrever en él la risa irónica del combatiente inaccesible. Lo que os retiene es aquello mismo que deja escapar a las aves y pone en libertad a los peces. No parece nada y es todo. Se depende de ese aire que se perturba con la boca, de esa agua que se toma en el hueco de la mano. Tomad de esa tempestad un vaso lleno y no es ya más que un poco de amargura. Como trago es una náusea, como marejada es el exterminio. El grano de arena en el desierto, el copo de espuma en el océano, son manifestaciones vertiginosas; la omnipotencia no se toma la molestia de ocultar su átomo, convierte la debilidad en fuerza, llena con su todo la nada, y es con lo infinitamente pequeño con lo que os aplasta lo infinitamente grande. El océano os tritura con gotas.

Uno se siente juguete.

Juguete, ¡qué palabra terrible!

La Matutina se hallaba un poco más arriba de Aurigny, lo que era favorable, pero derivaba hacia la punta del norte, lo que era fatal. El viento del noroeste, como un arco tendido dispara una flecha, lanzaba a la urca hacia el cabo septentrional. Existe en ese cabo, un poco más acá del abra de los Corbelets, lo que los marinos del archipiélago normando llaman «un mono».

El Mono —swinge— es una corriente furiosa. Una sarta de embudos en las restingas produce en las olas una sarta de torbellinos. Cuando os deja uno os toma el otro. Un barco atrapado por la swinge rueda así de espiral en espiral hasta que una roca puntiaguda abre el casco. Entonces el barco despanzurrado se detiene, la popa sale de las olas, la proa se hunde, el remolino termina la obra, la popa se sumerge y todo desaparece. Un charco de espuma se ensancha y flota y ya no se ve en la superficie del agua más que aquí y allá algunas burbujas provenientes de las respiraciones ahogadas en el fondo.

En roda la Mancha los tres monos más peligrosos son el que está cerca del famoso banco de arena llamado Girdler Sands, el que se halla en Jersey entre el Pignonnet y el cabo de Moirmont, y el de Aurigny.

Un piloto local que hubiese estado a bordo de la Matutina habría advertido

a los náufragos la existencia de ese nuevo peligro. Pero a falta de piloto poseían el instinto; en las situaciones extremas hay una segunda vista. Altas torsiones de espuma se alzaban a lo largo de la costa al impulso frenético del viento. Eran los escupitajos del mono. Muchos barcos han zozobrado en esa emboscada. Sin saber lo que había allí se acercaban horrorizados.

¿Cómo podían doblar aquel cabo? No había modo alguno. Así como habían visto surgir los Casquets y luego Ortach, ahora veían erguirse la punta de Aurigny, toda ella una roca empinada.

Aquello era como un desfile de gigantes con los que tenían que librar una serie de combates espantosos.

Escila y Caribdis no son más que dos; los Casquets, Ortach y Aurigny son tres.

El mismo fenómeno de invasión del horizonte por el escollo se reproducía con la monotonía grandiosa del abismo. Las batallas del océano tienen, como los combates de Homero, esa repetición sublime.

Cada oleada, a medida que se acercaban, aumentaba en veinte codos el cabo espantosamente amplificado en la bruma. La disminución de la distancia parecía cada vez más irremediable. Tocaban el linde del mono. El primer pliegue que los asiera los arrastraría. Una oleada más y todo terminaría.

De pronto la urca fue empujada hacia atrás como por el puñetazo de un titán. La marejada se encabritó bajo el barco y se invirtió, alejando a la urca en sus crines de espuma. La Matutina, bajo ese impulso, se apartó de Aurigny.

Aquel juguete de la agonía volvió a encontrarse en alta mar. ¿De dónde llegaba ese socorro? Del viento.

El soplo de la tempestad había cambiado de dirección. El oleaje había jugado con ellos, y ahora era el turno del viento. Ellos mismos se habían desprendido de los Casquets, pero delante de Ortach había actuado la marejada; delante de Aurigny fue el viento, que saltó súbitamente del septentrión al mediodía.

El suroeste sucedía al noroeste.

La corriente es el viento en el agua; el viento es la corriente en el aire; esas dos fuerzas acababan de oponerse y el viento había tenido el capricho de arrebatarse su presa a la corriente.

Las brusquedades del océano son incomprensibles. Son la incertidumbre perpetua. Cuando se está a su merced no se puede esperar ni desesperar. Hacen y luego deshacen. El océano se divierte. Todos los matices de la ferocidad se dan en ese mar vasto y solapado al que Jean Bart llamó «la gran bestia». Es el zarpazo con intervalos de buena voluntad en que oculta las uñas. A veces la

tempestad demora el naufragio, a veces lo trabaja con cuidado, casi se podría decir que lo acaricia. El mar dispone de tiempo, y los agonizantes se dan cuenta de ello.

A veces, digámoslo, esas demoras en el suplicio anuncian la salvación. Esos casos son raros. Como quiera que sea, los agonizantes creen pronto en la salvación, el menor apaciguamiento en las amenazas de la tempestad les basta, se afirman a sí mismos que están fuera de peligro y después de haberse considerado sepultados testimonian su resurrección, aceptan febrilmente lo que no poseen todavía, es evidente que todo lo que contenía la mala suerte se ha agotado, se declaran satisfechos, están a salvo y en paz con Dios. No se debe apresurar mucho a dar esos recibos a lo Desconocido.

El suroeste comenzó como torbellino. Los náufragos nunca tienen sino auxiliares ariscos. La Matutina fue arrastrada impetuosamente a alta mar por los aparejos que le quedaban como una muerta arrastrada por la cabellera. Eso se parecía a las libertades concedidas por Tiberio al precio de la violación. El viento maltrataba a los que salvaba. Los auxiliaba con furia. Era un socorro sin compasión.

La urca, con ese maltrato liberador, acabó de dislocarse.

Piedras de granizo, gruesas y duras como para cargar un trabuco, acribillaban la embarcación.

En cada inversión de la marejada esas piedras de granizo rodaban por la cubierta como bolas de billar.

La urca, casi entre dos aguas, perdía toda su forma bajo las caídas de las olas y los desplomes de espumas. En el barco cada uno pensaba en sí mismo.

Se asían a lo que podían. Después de cada golpe de mar experimentaban la sorpresa de volver a encontrarse todos. Muchos tenían el rostro desgarrado por las astillas de madera.

Por suerte, la desesperación tiene los puños fuertes. Una mano de niño aterrado aprieta como la de un gigante. La angustia hace un tornillo con los dedos de una mujer. Una muchacha que teme clava sus uñas rosadas en el hierro. Los náufragos se asían, se sostenían y se retenían. Pero todas las olas les llevaban el espanto del barrido.

De pronto se sintieron aliviados.

El huracán terminó bruscamente.

Ya no hubo en el aire viento del suroeste ni del noroeste. Los clarines frenéticos del espacio callaron. La tromba salió del cielo, sin disminución previa, sin transición, y como si hubiese caído a pico en un precipicio. Ya no se supo dónde estaba. Los copos de nieve reemplazaron al granizo. La nieve volvió a caer lentamente.

Ya no había marejada. El mar se aplanó.

Esas cesaciones súbitas son peculiares de las tempestades de nieve. Agotado el efluvio eléctrico, todo se tranquiliza, inclusive las olas, que en las tormentas ordinarias conservan con frecuencia una larga agitación. En este caso no hubo un prolongamiento de la ira en el oleaje. Como un trabajador después de su tarea, la marejada se adormeció inmediatamente, lo que casi contradice las leyes de la estática, pero no sorprende a los viejos pilotos, pues saben que hay en el mar todo lo inesperado.

Este fenómeno se produce también, aunque muy raras veces, en las tempestades ordinarias. Así, en nuestra época, en el memorable huracán del 27 de julio de 1867, el viento, tras catorce horas de furia, cayó inmediatamente en una calma chicha.

Al cabo de unos minutos la urca ya no tenía a su alrededor más que un agua dormida.

Al mismo tiempo, pues la última fase se parece a la primera, ya no se veía nada. Todo lo que se había hecho visible en las convulsiones de las nubes meteóricas volvió a hacerse turbio, las siluetas pálidas se disolvieron en un desleimiento difuso y la sombra de lo infinito se acercó por todas partes al barco. Ese muro de oscuridad, esa oclusión circular, ese interior de cilindro cuyo diámetro disminuía de minuto en minuto, envolvía a la Matutina y, con la lentitud siniestra de un banco de hielo que se cierra, se achicaba formidablemente. En el cénit, nada, una tapadera de bruma, una tapia. La urca estaba como en el fondo del pozo del abismo.

En ese pozo el mar era un charco de plomo líquido. El agua no se movía. Su inmovilidad era lúgubre. El océano nunca es más feroz que cuando se estanca.

Todo era silencio, apaciguamiento, ceguedad.

El silencio de las cosas es tal vez taciturnidad.

Los últimos chapoteos se deslizaban a lo largo de la borda. La cubierta se mantenía horizontal, como declives imperceptibles. Algunas dislocaciones se zarandeaban débilmente. El casco de granada que servía de farol y en el que

ardían estopas alquitranadas, ya no se balanceaba en el bauprés y no arrojaba gotas inflamadas al agua. El viento que quedaba en las nubes no hacía ruido. La nieve caía densa, blanda y apenas oblicuamente. No se oía la espuma de ninguna rompiente. Reinaba la paz de las tinieblas.

Ese descanso después de las exasperaciones y los paroxismos les produjo a los desdichados, durante tanto tiempo zarandeados, un indecible bienestar. Les parecía que dejaban de estar en peligro. Entreveían alrededor y sobre ellos un consentimiento en salvarlos. Volvieron a confiar. Todo lo que había sido furia era ahora tranquilidad. Les parecía que se había firmado una paz. Sus pechos miserables se dilataron. Podían soltar el trozo de cuerda o de madera al que se asían, levantarse, erguirse, mantenerse en pie, caminar, moverse. Se sentían indeciblemente tranquilos. Se dan en lo profundo de la oscuridad esos efectos de paraíso, preparación para otra cosa. Era evidente que estaban fuera de la ráfaga, de la espuma, de los soplos, de las iras, liberados.

Se decían: «Esta vez ha terminado».

De pronto se dieron cuenta de que había terminado, en efecto.

Uno de los marineros, el vasco del norte, llamado Galdeazun, bajó en busca de barloa a la bodega, y luego subió y dijo:

—La bodega está llena.

—¿De qué? —preguntó el jefe.

—De agua —contestó el marinero.

El jefe gritó:

—¿Qué quiere decir eso?

—Eso quiere decir —respondió Galdeazun— que dentro de media hora zozobraremos.

17

El último recurso

Había una grieta en la quilla. Y se había formado una vía de agua. ¿En qué momento? Nadie habría podido decirlo. ¿Fue al abordar a los Casquets o delante de Ortach? ¿Fue en el oleaje de las restingas al oeste de Aurigny? Lo más probable era que habían tocado el Mono, que les había dado un hociazo. No se dieron cuenta de ello en medio del sobreviento convulsivo que los sacudía. Cuando se padece de tétanos no se siente una picadura.

El otro marinero, el vasco del sur, que se llamaba Ave-María, bajó a su vez a la sentina y cuando volvió dijo:

—En la quilla el agua llega a la altura de dos varas —y añadió—. Antes que pasen cuarenta minutos nos iremos a pique.

¿Dónde estaba esa vía de agua? No se la veía. Estaba sumergida. El volumen de agua que llenaba la sentina ocultaba esa grieta. La urca tenía un agujero en el vientre, en alguna parte bajo la línea de flotación, muy adelante bajo la obra viva. Era imposible verla e imposible obturarla. El barco tenía una herida y no podía curarla. Por lo demás, el agua no entraba muy rápidamente.

El jefe gritó:

—Hay que bombear.

Galdeazun le contestó:

—No tenemos bomba.

—Entonces, vayamos a tierra.

—¿Dónde está la tierra?

—No lo sé.

—Yo tampoco.

—Pero está en alguna parte.

—Por supuesto.

—Que alguien nos lleve.

—No tenemos piloto.

—Toma tú la caña del timón.

—No tenemos caña.

—Hagamos una con cualquiera viga. ¡Pronto, clavos, un martillo, herramientas!

—La caja de carpintería cayó al agua. No tenemos herramientas.

—¡Dirijámonos de todos modos a cualquier parte!

—No tenemos timón.

—¿Dónde está el bote? ¡Lancémonos a él y rememos!

—No tenemos bote.

—Rememos en la urca.

—No tenemos remos.

—¡A la vela, entonces!

—No tenemos velas, ni mástil.

—Hagamos un mástil con una eslorá, y una vela con una lona. ¡Salgamos de aquí! ¡Confiemos en el viento!

—Ya no hay viento.

El viento, en efecto, los había abandonado. La tempestad se había ido y esa partida, que ellos habían considerado su salvación, era su pérdida. Si el viento del suroeste se hubiera mantenido los habría impulsado frenéticamente hacia alguna costa, habría ganado en velocidad a la vía de agua, los habría llevado tal vez a algún buen banco de arena propicio y los habría encallado antes que zozobrarán. El rápido transporte de la tempestad habría podido llevarlos a tierra. Pero no habiendo viento no había ya esperanza. Morirían a causa de la ausencia del huracán.

La situación llegaba a su culminación.

El viento, el granizo, la borrasca, el torbellino, son combatientes desordenados a los que se puede vencer. Se puede encontrar algún defecto en la armadura de la tempestad. Hay recursos contra la violencia que se pone en descubierto sin cesar, se mueve en falso y golpea fuera del blanco. Pero nada se puede hacer contra la calma. No hay un relieve al que se pueda asir.

Los vientos son un ataque de cosacos: si se les resiste bien se dispersan. La calma es las tenazas del verdugo.

El agua, sin prisa, pero sin interrupción, irresistible y pesada, subía en la sentina, y a medida que subía la urca descendía. Eso sucedía muy lentamente.

Los naufragos de la Matutina sentían que poco a poco se entreabría bajo ellos la más desesperada de las catástrofes, la catástrofe inerte. Eran presas de la certidumbre tranquila y siniestra del hecho inconsciente. El aire no oscilaba, el mar no se movía. Lo inmóvil es lo inexorable. El abismo los reabsorbía en silencio. A través del espesor del agua muda, sin ira, sin apasionamiento, sin quererlo, sin saberlo, sin interesarse por ello, el centro fatal del globo los atraía. El horror, en descanso, se les amalgamaba. Ya no era la boca abierta del oleaje, la doble mandíbula del golpe de viento y el golpe de mar, siniestramente amenazadora, el rictus de la tromba, el apetito espumante de la marejada; era bajo aquellos desdichados el bostezo funesto del infinito. Se sentían entrar en una profundidad apacible que era la muerte. La cantidad de borda que el barco tenía fuera del agua disminuía, nada más. Se podía calcular en qué minuto desaparecería. Era todo lo contrario de la sumersión por la marea creciente. El agua no subía hacia ellos, sino que eran ellos los que descendían hacia ella. Ellos mismos cavaban su tumba. Su peso era el

sepulturero.

Los ejecutaba, no la ley de los hombres, sino la ley de las cosas.

La nieve caía, y como la urca ya no se movía, esas hilas blancas formaban en la cubierta una capa que cubría al barco con un sudario.

La sentina se hacía cada vez más pesada. No había modo de obturar la vía de agua. Ni siquiera tenían una pala de achicamiento, la que, por otra parte, habría sido ilusoria y de un empleo impracticable, pues la urca tenía cubierta. Iluminaron los restos de la embarcación; encendieron tres o cuatro antorchas que colocaron en agujeros y como pudieron. Galdeazun llevó algunos viejos baldes de cuero, con los que formaron cadena y comenzaron a achicar la sentina, pero los baldes estaban fuera de servicio, el cuero de unos estaba descosido y el fondo de otros agrietado, y se vaciaban en el camino. Era irrisoria la desigualdad entre lo que se recibía y lo que se devolvía. Entraba una tonelada de agua y salía un vaso del líquido. Tal era el resultado: un gasto de avaro que trata de agotar centavo a centavo un millón.

El jefe dijo:

—¡Aligeremos la urca!

Durante la tempestad habían amarrado las arcas que estaban en cubierta. Seguían atadas al tronco del mástil. Soltaron las amarras y arrojaron las arcas al agua por una de las brechas de la borda. Una de ellas pertenecía a la vasca, quien no pudo menos de suspirar:

—¡Oh, mi capa nueva con forro escarlata! ¡Oh, mis pobres medias de encaje de corteza de abedul! ¡Oh, mis pendientes de plata para ir a la misa del mes de María!

Una vez desembarazada la cubierta quedaba el camarote. Estaba muy abarrotado. Contenía, como se recordará, los equipajes de los pasajeros y los fardos de los marineros.

Tomaron los equipajes y arrojaron todo ese cargamento por la brecha de la borda.

Retiraron los fardos y los empujaron al océano.

Terminaron de vaciar el camarote. La linterna, el tamborete, los barriles, los sacos, los baldes y las barricas, la marmita con la sopa: todo fue al agua. Destornillaron las tuercas del hornillo de hierro apagado desde hacía mucho tiempo, lo arrancaron, lo izaron a la cubierta, lo arrastraron hasta la brecha y lo arrojaron fuera del barco.

Enviaron al agua todo lo que pudieron arrancar del empañado, las cochinitas, los obenques y el aparejo destruido.

De vez en cuando el jefe tomaba una antorcha, la paseaba por las cifras del estiaje pintadas en la proa del barco y miraba cómo iba el naufragio.

18

El recurso supremo

La urca, aligerada, se hundía un poco menos, pero seguía hundiéndose.

Lo desesperado de la situación no tenía ya remedio ni paliativo. Habían apelado al último recurso.

—¿Queda algo que se pueda arrojar al mar? —preguntó el jefe.

El doctor, de quien nadie se acordaba ya, se asomó por un ángulo de la chupeta del camarote y dijo:

—Sí.

—¿Qué? —preguntó el jefe.

El doctor respondió:

—Nuestro crimen.

Se produjo un estremecimiento y todos exclamaron:

—¡Amén!

El doctor, en pie y pálido, levantó un dedo hacia el cielo y dijo:

—De rodillas.

Vacilaban, lo que es el comienzo del arrodillamiento.

El doctor continuó:

—Arrojemos al mar nuestros delitos. Pesan sobre nosotros. Eso es lo que hunde el barco. No pensemos más en el salvamento, pensemos en la salvación. Nuestro último delito sobre todo, el que cometimos o, por decir mejor, completamos al embarcarnos, desdichados que me escucháis, nos abrume. Es una insolencia impía tentar al abismo cuando se tiene detrás el intento de un homicidio. Lo que se hace contra un niño se hace contra Dios. Había que embarcarse, lo sé, pero eso era la perdición segura. La tempestad, advertida por la sombra que nuestra acción ha hecho, ha venido. Está bien. Por lo demás, no lamentéis nada. Tenemos allí, no lejos de nosotros, en esa oscuridad, las arenas de Vauville y el cabo de la Hougue. Eso es Francia. Sólo había un refugio posible: España. Francia no es para nosotros menos peligrosa que Inglaterra. Nuestra liberación del mar habría terminado en la horca. O

ahorcados o ahogados: no teníamos otra opción. Dios ha elegido por nosotros. Démosle gracias. Nos concede la tumba que lava. Hermanos míos, eso era inevitable. Pensad que somos nosotros quienes hace poco hicimos todo lo posible para enviar al cielo a ese niño, y que en este momento mismo, en el instante en que hablo, se halla tal vez sobre nuestras cabezas un alma que nos acusa ante un juez que nos mira. Aprovechemos el último plazo. Esforcémonos, si eso es posible todavía, por reparar, en todo lo que depende de nosotros, el mal que hemos hecho. Si el niño nos sobrevive, ayudémoslo. Si muere, procuremos que nos perdone. Librémonos de nuestro crimen. Descarguemos de ese peso nuestras conciencias. Tratemos de que nuestras almas no zozobren delante de Dios, pues ese es el naufragio terrible. Los cuerpos van a los peces y las almas a los demonios. Compadeceos de vosotros mismos. Arrodillaos. El arrepentimiento es la barca que no se sumerge. ¿Decís que no tenéis brújula? Os equivocáis: tenéis la oración.

Aquellos lobos se convirtieron en corderos. En la angustia se ven esas transformaciones. Sucede que los tigres lamen el crucifijo. Cuando la puerta sombría se entreabre creer es difícil, pero no creer es imposible. Por imperfectos que sean los diversos esbozos de religiones probados por el hombre, inclusive cuando la creencia es informe, inclusive cuando el contorno del dogma no se ajusta a los lineamientos de la eternidad entrevista, en el momento supremo se produce un estremecimiento del alma. Algo comienza después de la vida. Esa presión se ejerce en la agonía.

La agonía es el vencimiento de un plazo. En ese segundo fatal se siente una responsabilidad difusa. Lo que ha sido se mezcla con lo que será. El pasado vuelve y penetra en el porvenir. Lo conocido se convierte en abismo lo mismo que lo desconocido, y esos dos precipicios, el que contiene las culpas y el que contiene la esperanza, mezclan su reverberación. Es esta confusión de los abismos la que espanta al moribundo.

Los náufragos habían hecho su último gasto de esperanza del lado de la vida, y por eso se volvieron hacia el otro lado. Ya no les quedaba más probabilidad de salvación que la de aquella sombra. Lo comprendieron. Fue un deslumbramiento lúgubre, seguido inmediatamente por una recaída en el horror. Lo que se comprende en la agonía se parece a lo que se ve a la luz de un relámpago. Todo, y luego nada. Se ve y luego ya no se ve. Después de la muerte volverán a abrirse los ojos y lo que ha sido un relámpago se convertirá en un sol.

Le gritaron al doctor:

—¡Tú! ¡Tú! ¡No hay más que tú! Te obedeceremos. ¿Qué hay que hacer? Habla.

El doctor contestó:

—Se trata de pasar sobre el precipicio desconocido y de esperar en la otra orilla de la vida, que está más allá de la tumba. Como yo soy el que sabe más cosas, soy el que corre más peligro de todos. Hacéis bien en dejar la elección del puente a quien lleva el fardo más pesado.

Y añadió:

—La ciencia pesa sobre la conciencia.

Luego preguntó:

—¿Cuánto tiempo nos queda todavía?

Galdeazun miró el estiaje y contestó:

—Algo más de un cuarto de hora.

—Está bien.

El techo bajo de la chupeta en el que se acodaba formaba una especie de mesa. El doctor sacó del bolsillo el tintero y la pluma, así como la cartera, de la que sacó un pergamino, el mismo en cuyo dorso había escrito algunas horas antes una veintena de líneas tortuosas y apretadas.

—Luz —pidió.

La nieve, que caía como la espuma de una catarata, había apagado las antorchas una tras otra. Sólo quedaba una. Ave-María la tomó y fue a colocarse con esa antorcha en la mano junto al doctor.

El doctor guardó la cartera en el bolsillo, dejó la pluma y el tintero en la mesa improvisada, desplegó el pergamino y dijo:

—Escuchad.

Entonces, en medio del mar, en aquel pontón decreciente, parecido a un sepulcro tembloroso, comenzó, hecha gravemente por el doctor, una lectura que toda la sombra parecía escuchar. Todos aquellos condenados bajaban la cabeza a su alrededor. El resplandor de la antorcha acentuaba su palidez. Lo que leía el doctor estaba escrito en inglés. A intervalos, cuando una de aquellas miradas lamentables parecía pedir una aclaración, el doctor se interrumpía y repetía, ora en francés, ora en español, ora en vasco, ora en italiano, el pasaje que acababa de leer. Se oían sollozos ahogados y golpes sordos dados en los pechos. La urca seguía hundiéndose.

Terminada la lectura, el doctor dejó el pergamino abierto en la chupeta, tomó la pluma y en el margen dejado en blanco debajo de lo que había escrito, firmó:

Doctor Gernardus Geestemunde.

Luego se volvió hacia los otros y dijo:

—Venid y firmad.

La vasca se acercó, tomó la pluma y firmó: Asunción.

Entregó la pluma a la irlandesa, quien, como no sabía escribir, hizo una cruz.

El doctor escribió al lado de esa cruz:

Bárbara Fermoy, de la isla Tyrryf, en las Ebudes.

Luego entregó la pluma al jefe de la banda, quien firmó: Gaizdorra, capitán.

El genovés, debajo del jefe, firmó: Giangirate.

El languedociano firmó Jacques Quatourze, llamado el Narbonés.

El provenzal firmó Luc-Pierre Capgaroupe, del presidio de Mabón.

Bajo esas firmas el doctor escribió esta nota:

«De los tres hombres de la tripulación, el patrón fue arrebatado por un golpe de mar y sólo quedan dos, que han firmado».

Los dos marineros pusieron sus nombres debajo de esta nota. El vasco del norte firmó Galdeazun, y el del sur Ave-María, ladrón.

Luego el doctor dijo:

—Capgaroupe.

—Presente —contestó el provenzal.

—¿Tienes la calabaza de Hardquanonne?

—Sí.

—Dámela.

Capgaroupe bebió el último trago de aguardiente y entregó la calabaza al doctor.

La crecida interior del agua se agravaba. La urca se sumergía cada vez más en el mar. Los bordes de la cubierta en plano inclinado estaban cubiertos por una delgada ola roedora que se agrandaba.

Todos se habían agrupado en la arrufadura del barco.

El doctor secó la tinta de las firmas con el calor de la antorcha, dobló el pergamino de modo que pudiera entrar por el gollete de la calabaza y lo introdujo en ésta.

Luego pidió:

—El tapón.

—No sé dónde está —dijo Capgaroupe.

—He aquí un cabo de jarcia —dijo Jacques Quatource.

El doctor tapó la calabaza con ese cabo y pidió:

—Alquitrán.

Galdeazun fue a la proa, apoyó un apagador de estopa en la granada de brulote que se apagó, la desenganchó del estrave y la llevó al doctor, medio llena de alquitrán hirviente.

El doctor sumergió el gollete de la calabaza en el alquitrán y luego lo retiró. La calabaza, que contenía el pergamino firmado por todos, estaba taponada y embreada.

—Ya está —dijo el doctor.

Y de todas las bocas salió, vagamente balbuceado en todas las lenguas, el murmullo lúgubre de las catacumbas.

—Ainsi soit-il!

—¡Mea culpa!

—¡Así sea!

—Aro raí!

—¡Amen!

Se habría creído oír que se dispersaban en las tinieblas, ante la espantosa negativa celestial a oír las, las sombrías voces de Babel.

El doctor volvió la espalda a sus compañeros de delito y de angustia y dio algunos pasos hacia la borda. Cuando llegó a ella, miró al infinito y dijo con acento profundo:

—Bist du bei mir?

Hablaba probablemente a algún espectro.

La urca se hundía.

Detrás de él todos meditaban. La oración es una fuerza mayor. No se encorvaban, se doblaban. Había algo involuntario en su contrición. Se doblaban como se dobla una vela a la que falta el viento, y aquel grupo salvaje tomaba poco a poco, con la unión de las manos y la inclinación de las frentes, la actitud diversa, pero abrumada, de la confianza desesperada en Dios. Un reflejo venerable, proveniente del abismo, se esbozaba en aquellos rostros

perversos.

El doctor volvió a ellos. Cualquiera que fuera su pasado, aquel anciano era grande en presencia del desenlace. La vasta reticencia circundante le preocupaba sin desconcertarlo. Era el hombre que no es sorprendido desprevenido.

Mostraba un horror tranquilo. La majestad de Dios comprendida se reflejaba en su rostro.

Aquel bandido envejecido y pensativo adoptaba, sin darse cuenta, la postura pontifical.

—Atención —dijo.

Contempló durante un momento el mar y añadió:

—Ahora vamos a morir.

Tomó la antorcha de las manos de Ave-María y la sacudió. Una llama se desprendió de ella y voló en la oscuridad. Y el doctor arrojó la antorcha al mar.

La antorcha se apagó. Toda claridad desapareció. Ya no hubo más que la inmensa sombra desconocida. Fue como si se cerrase la tumba. En ese eclipse se oyó al doctor que decía:

—Oremos.

Todos se arrodillaron.

Pero ya no se arrodillaron en la nieve, sino en el agua. Sólo les quedaban unos pocos minutos. El doctor era el único que permanecía en pie. Los copos de nieve, al caer sobre él, lo estrellaban con lágrimas blancas y lo hacían visible sobre aquel fondo de oscuridad. Parecía la estatua parlante de las tinieblas.

Hizo la señal de la cruz y elevó la voz mientras bajo sus pies comenzaba esa oscilación casi imperceptible que anuncia el instante en que un barco va a hundirse.

Dijo:

—Pater noster qui es in coelis.

El provenzal repitió en francés:

—Notre père qui êtes aux cieux.

La irlandesa repitió en galés, comprendida por la vasca:

—Ar natbair ata ar neamh.

El doctor continuó:

—Sanctificetur nomen tuum.

—Que votre nom soyt sanctifié —dijo el provenzal.

—Naomhthar hainm —dijo la irlandesa.

—Adveniet regnum tuum —prosiguió el doctor.

—Que votre règne arrive —dijo el provenzal.

—Tigeadh do rioghachd —dijo la irlandesa.

A los arrodillados les llegaba el agua hasta los hombros. El doctor añadió:

—Fiat voluntas tua.

—Que votre voluté soit faite —balbuceó el provenzal.

La irlandesa y la vasca lanzaron este grito:

—¡Deuntar do thoil ar an Hbalamb!

—Sicut in coelo et in terra —dijo el doctor.

Ninguna voz le respondió.

Bajó la vista. Todas las cabezas estaban bajo el agua. Ni uno solo se había levantado. Se habían dejado ahogar de rodillas.

El doctor tomó en la mano derecha la calabaza que había depositado en la chupeta y la alzó por encima de su cabeza.

La urca se hundió.

Mientras se hundía el doctor murmuró el resto de la oración.

Su busto permaneció fuera del agua durante un momento, luego su cabeza, y después sólo quedó su brazo sosteniendo la calabaza, como si la mostrara al infinito.

El brazo desapareció también. El mar profundo no se plegó más que una tonelada de aceite. La nieve seguía cayendo.

Algo sobrenadó y se alejó por el agua en la oscuridad. Era la calabaza embreada, a la que sostenía su envoltura de mimbre.

LIBRO TERCERO

El niño en la sombra

El Chess-Hill

La tempestad no era menos intensa en la tierra que en el mar.

El mismo desencadenamiento feroz se había producido alrededor del niño abandonado. El débil y el inocente se convierten en lo que pueden en el derroche de ira inconsciente que hacen las fuerzas ciegas; la sombra no discierne, y las cosas no tienen las clemencias que se las supone.

Había en tierra muy poco viento, y el frío tenía algo de inmóvil. No granizaba. La densidad de la nieve que caía era espantosa.

Las piedras de granizo golpean, fustigan, magullan, ensordecen y aplastan; los copos de nieve son peores. El copo, inexorable y suave, hace su obra en silencio. Si se lo toca se funde. Es puro como es cándido el hipócrita. Por medio de las blancuras lentamente superpuestas llega el copo a convertirse en alud y el pícaro en criminal.

El niño había seguido avanzando entre la niebla. La niebla es un obstáculo blando; de ello se derivan peligros; cede y persiste. La niebla, como la nieve, está llena de traiciones. El niño, extraño luchador en medio de todos esos riesgos, consiguió llegar al pie de la pendiente y se introdujo en el Chess-Hill. Se hallaba, sin saberlo, en un istmo, con el océano a ambos lados, y no podía errar el camino en aquella bruma, aquella nieve y aquella oscuridad sin caer, a la derecha en el agua profunda del golfo, y a la izquierda en el fuerte oleaje de alta mar. Caminaba, ignorándolo, entre dos abismos.

El istmo de Portland era en esa época singularmente abrupto y escabroso. Ya no queda nada de su configuración de entonces. Desde que se tuvo la idea de explotar la piedra de Portland para hacer cemento toda la roca ha experimentado una transformación que ha suprimido el aspecto primitivo. Todavía hay allí lías calcáreo, esquisto y la peña que sale de los bancos de conglomerado como el diente de la encía, pero la piqueta ha trucado y nivelado todos esos picachos erizados y escabrosos en los que iban a posarse horriblemente los quebrantahuesos. Ya no hay cimas en las que puedan darse cita los labbos y los estercorarios que, como los envidiosos, se complacen en ensuciar las cumbres. Se buscaría inútilmente el alto monolito llamado Godolphin, vieja palabra galesa que significa águila blanca. Se recoge todavía en el verano, en esos terrenos taladrados y agujereados como una esponja, romero, poleo, hisopo silvestre, hinojo marino, que puesto en infusión es un buen cordial, y esa hierba llena de nudos que sale de la arena y con la que se hace esteras; pero no se recoge ya ámbar gris, ni estaño negro, ni las tres clases de pizarra, una verde, otra azul y la otra de color de hojas de salvia. Los

zorros, los tejones, las nutrias, se han ido; había en esas escarpas de Portland, como en el cabo de Cornouailles, gamuzas, pero ya no las hay. Todavía se pesca en ciertas cavidades platijas y otros peces, pero los salmones, asustados, no se remontan ya por la Wey entre San Miguel y Navidad para poner sus huevos. Ya no se ven allí, como en la época de Isabel, esas viejas aves desconocidas, grandes como los gavilanes, que cortaban una manzana por la mitad y sólo comían la simiente. Tampoco se ven las cornejas de pico amarillo, cornish chough en inglés y pyrrocorax en latín, que cometían la maldad de arrojar sobre los techos de bálago sarmientos encendidos. Ya no se ve al pájaro hechicero llamado fulmar, emigrado del archipiélago de Escocia y que arrojaba por el pico un aceite que los isleños quemaban en sus lámparas. Ya no se encuentra al anochecer en los chorreos de la bajamar a la antigua neitse legendaria de patas de cerdo y mugido de becerro. La marea no vara ya en esas arenas a la otaria mostachuda de orejas enroscadas y molares puntiagudos arrastrándose sobre sus patas sin uñas. En ese Portland ahora irreconocible no hubo nunca ruiseñores a causa de la falta de bosques, pero volaban por él los halcones, los cisnes y las ocas marinas. Los carneros de Portland actuales tienen la carne grasa y la lana fina; las raras ovejas que pacían hace dos siglos esa hierba salina eran pequeñas y coriáceas y tenían el vellón áspero, como correspondía a rebaños celtas llevados antaño por pastores que comían ajo, vivían cien años y a una media milla de distancia atravesaban corazas con su flecha de una auna de longitud. La tierra inculta produce una lana tosca. El Chess-Hill actual no se parece en nada al Chess-Hill de antaño, de tal modo lo han trastornado el hombre y los vientos furiosos de las Sorlingues, que corroen hasta las piedras. Ahora por esa lengua de tierra pasa un ferrocarril que va a parar a un lindo tablero de casas nuevas, Chesilton, y hay en ella una «Portland Station». Los coches hacen rodar o arrastran a los lobos marinos.

El istmo de Portland era hace doscientos años un lomo de asno con una espina dorsal de roca.

El peligro cambió de forma para el niño. Lo que tenía que temer en la pendiente era rodar al pie de la escarpa; en el istmo era caer en agujeros. Después de habérselas con el precipicio tenía que habérselas con la hondonada. Todo son trampas a la orilla del mar. La roca es resbaladiza y la arena movediza. Los puntos de apoyo son emboscadas. Es como si se pisara vidrios. Todo puede rajarse bruscamente debajo de uno. Y por esa raja se desaparece. El océano tiene fosos como un teatro bien montado.

Las largas aristas de granito a las que se adosa la doble vertiente de un istmo son de un acceso penoso. En ellas se encuentra difícilmente lo que en lenguaje escenográfico se llama practicables. El hombre no puede esperar hospitalidad alguna del océano, ni de las rocas más que de las olas; el mar sólo

prevé el ave y el pez. Los istmos sobre todo están desnudos y erizados. El oleaje que los desgasta y los mina por dos lados los reduce a su más simple expresión. En todas partes hay relieves cortantes, crestas, sierras, horribles jirones de piedra despedazada, rendijas dentadas como la mandíbula multicúspide de un tiburón, despeñaderos de musgo húmedo, rápidas caídas de rocas que van a parar a la espuma. Quien se decide a recorrer un istmo encuentra a cada paso peñas deformes, grandes como casas, que tienen la figura de tibias, omóplatos y fémures, anatomía horrible de las rocas excoriadas. Por algo esas estrías de la orilla del mar se llaman côtes. El peatón sale como puede de esa confusión de restos. Es casi como caminar por la osamenta de un enorme esqueleto.

Haced que un niño realice ese trabajo de Hércules.

La luz del día habría sido útil, pero era de noche; un guía habría sido necesario, pero estaba solo; todo el vigor de un hombre no habría sido excesivo, pero sólo tenía la débil fuerza de un niño. A falta de guía un sendero le habría ayudado, pero no había sendero.

Por instinto evitaba la cadena aguda de rocas y seguía la playa lo más que podía. Pero allí encontraba las hondonadas. Las hondonadas se multiplicaban ante él en tres formas: la hondonada del agua, la hondonada de nieve y la hondonada de arena. La última es la más temible, pues en ella se hunde.

Saber lo que se enfrenta es alarmante, pero ignorarlo es terrible. El niño luchaba con el peligro desconocido. Andaba a tientas en algo que era tal vez la tumba.

Pero no vacilaba. Rodeaba las rocas, evitaba las grietas, adivinaba las trampas, sorteaba los meandros del obstáculo, pero avanzaba. Como no podía caminar directamente, lo hacía con firmeza.

Retrocedía con energía cuando era necesario. Sabía arrancarse a tiempo de la liga horrible de la arena movediza. Sacudía la nieve que tenía encima. Entró más de una vez en el agua hasta las rodillas. Apenas salía de ella el intenso frío de la noche le helaba los harapos húmedos. Andaba rápidamente con sus ropas rígidas. Pero se había dado maña para conservar seca y caliente su blusa de mariner.

Seguía sintiendo mucha hambre.

Las aventuras del abismo no tienen límite en sentido alguno; en ellas todo es posible, hasta la salvación. La salida es invisible, pero se la puede encontrar. Cómo el niño, envuelto en una asfixiante espiral de nieve, perdido en aquel arrecife estrecho entre las dos bocas del abismo, a ciegas, consiguió atravesar el istmo es algo que él mismo no habría podido decir. Había resbalado, trepado, rodado, buscado, caminado, perseverado, eso era todo, y el

secreto de todos los triunfos. Al cabo de poco menos de una hora sintió que el suelo ascendía, que llegaba al otro extremo, que salía del Chess-Hill y se hallaba en tierra firme.

El punto que une ahora a Sandford-Cas con Smallmouth-Sand no existía en esa época. Es probable que en su tanteo inteligente había subido hasta situarse frente a Wyke Regis, donde había entonces una lengua de arena, verdadera calzada natural que atravesaba el East Fleet. Estaba a salvo del istmo, pero volvía a encontrarse frente a la tempestad, el invierno y la oscuridad.

Ante él se extendía de nuevo la sombría infinidad de las llanuras. Miró la tierra, en busca de un sendero.

De pronto se inclinó.

Había visto en la nieve algo que le pareció una huella.

Era una huella, en efecto, la marca de un pie. La blancura de la nieve destacaba claramente el rastro y lo hacía muy visible. Lo examinó. Era de un pie descalzo, más pequeño que el de un hombre y mayor que el de un niño. Probablemente era el pie de una mujer.

Más allá de esa huella había otra, y luego otra, las huellas se sucedían a la distancia de un paso y se introducían en la llanura hacia la derecha. Eran recientes y las cubría poca nieve. Una mujer acababa de pasar por allí.

Esa mujer había ido en la dirección misma en que el niño había visto humaredas.

El niño, con la vista fija en las huellas, siguió los pasos de la mujer.

2

Efecto de nieve

Caminó durante cierto tiempo siguiendo esa pista. Por desgracia las huellas eran cada vez menos claras. Nevaba copiosamente. Era el momento en que la urca agonizaba bajo aquella misma nieve en alta mar.

El niño, en peligro extremo como el barco, aunque de otro modo, sin que en el inextricable entrecruzamiento de oscuridades que se alzaban ante él tuviera otro recurso que aquel pie marcado en la nieve, se atenía a la huella como al hilo de un dédalo.

De pronto, ya fuera porque la nieve terminó nivelándolas o por alguna otra causa, las huellas desaparecieron. Todo se hizo liso, plano, raso, sin una

mancha, sin un detalle. Ya no hubo más que una sábana blanca sobre la tierra y una sábana negra sobre el cielo.

Era como si la persona que había pasado por allí se hubiera echado a volar.

El niño, desesperado, se inclinó y buscó.

Inútilmente.

Cuando se enderezó tuvo la sensación de que oía algo indistinto, pero no estaba seguro de oírlo. Se parecía a una voz, a un aliento, a una sombra. Era más humano que bestial y más sepulcral que viviente. Tenía algo de ruido, pero también de sueño.

Miró y no vio nada.

Tenía delante la extensa soledad desnuda y lívida.

Escuchó. Lo que había creído oír se había disipado. Quizá nada había oído. Siguió escuchando, pero todo estaba en silencio.

Había ilusión en toda aquella bruma. Reanudó la marcha.

Caminaba al azar, pues ya no contaba con los pasos que lo guiaran.

Apenas se alejó un poco volvió a oír el ruido. Esta vez no podía dudar. Era un gemido, casi un sollozo.

Se volvió y paseó la mirada por el espacio nocturno. Nada vio.

El ruido se elevó de nuevo.

Si los limbos pueden gritar, es así como gritan.

Nada es tan penetrante, tan punzante y tan débil como un aliento en la oscuridad. Sí, era más humano que bestial y más sepulcral que viviente. Sin embargo, parecía casi inconsciente. Era como un sufrimiento que llama, pero sin saber que es un sufrimiento y que llama. Ese grito, primer hálito tal vez o tal vez último suspiro, estaba a la misma distancia del estertor que cierra la vida y del vagido que la abre. Aquello respiraba, se ahogaba y lloraba. Era una súplica lúgubre en lo invisible.

El niño fijó su atención en todas partes, lejos, cerca, en el fondo, arriba, abajo. No había nadie ni nada.

Aplicó el oído. La voz se hacía oír todavía, la percibía claramente. Tenía algo del balido de un cordero.

Entonces sintió miedo y pensó en huir.

El gemido se reanudó, por cuarta vez. Era extrañamente angustiado y plañidero. Se tenía la sensación de que después de ese esfuerzo supremo, más

bien maquinal que voluntario, el grito se iba a extinguir probablemente. Era una reclamación expirante, hecha instintivamente a la cantidad de socorro que está suspendida en la extensión; un balbuceo de agonía dirigido a una providencia posible. El niño avanzó hacia el lado de dónde venía la voz.

Seguía sin ver nada.

Avanzó más, espiondo.

El gemido continuaba. De inarticulado y confuso que era antes se había hecho claro y casi vibrante. El niño se hallaba muy cerca de la voz, ¿pero dónde estaba?

Se hallaba cerca de un gemido. El temblor de un gemido en el espacio pasaba al lado de él. Un gemido humano que flotaba en lo invisible: eso era lo que había encontrado. Tal era, al menos, su impresión, turbia como la densa niebla en que estaba perdido.

Cuando vacilaba entre un instinto que lo impulsaba a huir y otro instinto que le aconsejaba quedarse, vio en la nieve, a sus pies, a pocos pasos de distancia, una especie de ondulación del tamaño de un cuerpo humano, una pequeña eminencia baja, larga y estrecha parecida al relleno de una fosa, a una sepultura en un cementerio blanco.

Al mismo tiempo la voz gritó.

Salía de allí abajo.

El niño se agachó, se acuclilló ante la ondulación y comenzó a excavar con las dos manos.

Vio que bajo la nieve que apartaba se modelaba una forma, y de pronto bajo sus manos, en el hueco que había hecho, apareció un rostro pálido.

No era ese rostro el que gritaba. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta, pero llena de nieve.

Estaba inmóvil. No se movió bajo la mano del niño, quien tenía los dedos entumecidos y se estremeció al tocar la frialdad de aquel rostro. Era la cabeza de una mujer. El cabello disperso se mezclaba con la nieve. La mujer estaba muerta.

El niño siguió apartando la nieve. Apareció el cuello de la muerta y luego la parte alta del torso, cuya carne se veía bajo los harapos.

De pronto sintió bajo su tanteo un movimiento débil. Era algo pequeño que estaba oculto y se movía. El niño se apresuró a quitar la nieve y descubrió un miserable cuerpecito desmedrado, lívido por el frío, todavía vivo, desnudo en el seno desnudo de la muerta.

Era una niñita.

Estaba envuelta en pañales, pero no lo bastante, y al forcejear se había salido de sus harapos. Bajo ella sus pobres miembros flacos, y sobre ella su aliento habían fundido un poco la nieve. Una nodriza le habría dado cinco o seis meses, pero tenía tal vez un año, pues el crecimiento en la miseria sufre reducciones lastimosas que a veces llegan al raquitismo. Cuando su rostro estuvo al aire lanzó un grito, continuación de su sollozo angustiado. Para que la madre no hubiese oído ese sollozo tenía que estar profundamente muerta.

El niño tomó a la pequeña en sus brazos.

La madre rígida era siniestra. Una irradiación espectral salía de aquel cuerpo. La boca abierta y sin aliento parecía comenzar en la lengua indistinta de la sombra la respuesta a las preguntas que se hacen a los muertos en lo invisible. La reverberación pálida de las llanuras heladas estaba en aquel rostro. Se veía la frente, joven bajo el cabello moreno, el fruncimiento casi indignado de las cejas, las ventanas de la nariz apretadas, los párpados cerrados, las pestañas cubiertas por la escarcha, y desde la comisura de los ojos hasta la comisura de los labios el pliegue profundo de las lágrimas. La nieve iluminaba a la muerta. El invierno y la tumba no se dañan. El cadáver es el témpano del hombre. La desnudez de los senos era patética. Habían servido; tenían la marchitez sublime de la vida dada por el ser al que falta la vida y la majestad maternal reemplazaba en ellos a la pureza virginal. En uno de los pezones había una perla blanca. Era una gota de leche congelada.

En aquellas llanuras por las que pasaba el muchacho perdido una mendiga amamantaba a su niña de pecho y, al buscar ella también un albergue, se había extraviado hacía algunas horas. Aterida, cayó bajo la tempestad y no pudo levantarse. El alud la cubrió, estrechó lo más que pudo a su hija contra ella y murió.

La nena habría tratado de mamar en aquel mármol, lúgubre confianza querida por la naturaleza, pues parece que una madre puede amamantar por última vez inclusive después de exhalar el último suspiro.

Pero la boca de la nena no había podido encontrar el pecho, donde la gota de leche, robada por la muerte, se heló, y bajo la nieve la criatura, más acostumbrada a la cuna que a la tumba, había gritado.

El niño abandonado oyó a la pequeña agonizante, la desenterró y la tomó en sus brazos.

Y la nena dejó de llorar. Los rostros de los dos niños se tocaron y los labios cárdenos de la criaturita se posaron en la mejilla del niño como en una teta.

La nena se hallaba casi en el momento en que la sangre coagulada va a

detener el corazón. Su madre le había dado ya algo de su muerte; el cadáver se comunica por medio de un enfriamiento que se transmite. La pequeña tenía los pies, las manos, los brazos y las rodillas como paralizados por el hielo. El muchacho sintió ese frío terrible.

Tenía puesta una ropa seca y cálida, su blusa de marinero. Depositó a la nena en el pecho de la muerta, se quitó la blusa, envolvió en ella a la criatura, la levantó y, ahora casi desnudo bajo la cellisca que soplabla el cierzo, llevando a la pequeña en los brazos, prosiguió su camino.

La nena consiguió encontrar otra vez la mejilla del muchacho, apoyó en ella su boca y, recalentada, se durmió.

Fue el primer beso de aquellas dos almas en las tinieblas.

La madre quedó tendida, con la espalda sobre la nieve y la cara hacia la noche. Pero en el momento en que el niño se desnudó para vestir a la nena tal vez lo vio desde el fondo del infinito en que se hallaba.

3

Toda vida dolorosa se complica con una carga

Hacía un poco más de cuatro horas que la urca se había alejado de la caleta de Portland dejando en la orilla a aquel niño. Durante esas largas horas que llevaba abandonado y siguiendo su camino no había encontrado todavía en esa sociedad humana en la que tal vez iba a ingresar más que tres personas: un hombre, una mujer y una nena. El hombre era el ahorcado de la colina, la mujer la que yacía en la nieve, y la nena la que tenía en los brazos.

Estaba extenuado de cansancio y de hambre.

Avanzaba más resueltamente que nunca, con la fuerza de menos y la carga de más.

Se hallaba ahora casi completamente desnudo. Los pocos harapos que le quedaban, endurecidos por la escarcha, cortaban como si fueran de vidrio y le desollaban la piel. Él se enfriaba, pero la otra criatura se calentaba. Lo que él perdía no se perdía, pues ella lo recuperaba. Comprobaba ese calor que era para la pobre nena una reanudación de la vida. Y seguía avanzando.

De vez en cuando, sosteniéndola bien, se agachaba y con una mano tomaba un puñado de nieve para frotarse los pies e impedir que se helasen.

En otros momentos, como le abrazaba la garganta, se metía en la boca un poco de aquella nieve y la chupaba, lo que engañaba durante un minuto su sed,

pero la convertía en fiebre. Ese alivio era una agravación.

La tormenta se había hecho informe a fuerza de violencia; los diluvios de nieve son posibles y aquel era uno de ellos. Aquel paroxismo maltrataba al litoral al mismo tiempo que agitaba el océano. Era probablemente el instante en que la urca perdida se dislocaba en la batalla de los escollos.

Cruzó bajo aquel cierzo, caminando siempre hacia el este, extensas superficies de nieve.

No sabía qué hora era. Desde hacía largo tiempo no veía ya humaredas. Esas indicaciones desaparecen rápidamente en la noche; por lo demás, era más que la hora en que se apagan los fuegos; y tal vez se había engañado y era posible que no hubiese ciudad ni aldea alguna en el lado al que se dirigía.

En la duda perseveraba.

Dos o tres veces la pequeña gritó. Entonces imprimía a su paso un movimiento de mecedura y ella se calmaba y callaba. Terminó durmiéndose profundamente. La sentía caliente mientras él tiritaba.

Apretaba frecuentemente los pliegues de la blusa alrededor del cuello de la pequeña, para que la escarcha no se introdujese por alguna abertura y no se produjese algún escape de nieve derretida entre la ropa y la niña.

La llanura tenía ondulaciones. En los declives en que se rebajaba, la nieve, amontonada por el viento en los pliegues del terreno, llegaba a tal altura que el niño se hundía en ella casi por completo y tenía que caminar medio enterrado. Pero avanzaba empujando la nieve con las rodillas.

Pasada la barranca, llegó a unas mesetas barridas por el cierzo donde la nieve era fina. Allí se encontró con la helada.

El aliento tibio de la nena le rozaba la mejilla y le calentaba un momento y luego se detenía y se helaba en su cabello, donde formaba un carámbano.

Se daba cuenta de una complicación temible: ya no podía caer, pues si caía no podría volver a levantarse. Estaba quebrantado por la fatiga y el plomo de la oscuridad lo pegaría a la tierra como a la mujer muerta, y el hielo lo soldaría a ella. Había descendido por pendientes de precipicios, y salido bien del paso; había caído en hoyos y salido de ellos; en adelante una simple caída significaba la muerte. Un paso en falso abría la tumba. No debía resbalar, pues no tendría fuerza ni siquiera para ponerse de rodillas.

Ahora bien, el resbalón lo acechaba por todas partes, pues todo era escarcha y nieve endurecida.

La niña que llevaba le hacía la marcha terriblemente difícil; no sólo era un peso excesivo para su cansancio y su agotamiento, sino también un estorbo. Le

ocupaba los dos brazos y para el que camina por el hielo los dos brazos forman un balancín natural y necesario.

Tenía que prescindir de ese balancín.

Prescindía de él y avanzaba, sin saber qué sería de él bajo su carga.

Aquella pequeña era la gota que hacía desbordarse el vaso de la angustia.

Avanzaba, oscilando a cada paso, como un trampolín, y realizando, para mirada alguna, milagros de equilibrio. Sin embargo, tal vez, repitámoslo, lo seguían en aquella vía dolorosa ojos abiertos en las lejanías de la sombra, los ojos de la madre y los ojos de Dios.

Tambaleaba, vacilaba, se afirmaba, cuidaba de la niña, le arreglaba la ropa, le cubría la cabeza, volvía a tambalear, seguía avanzando, resbalaba y restablecía el equilibrio. El viento cometía la cobardía de empujarlo.

Probablemente caminaba mucho más de lo necesario. Se hallaba, según todas las apariencias, en esas llanuras en las que se estableció posteriormente la Bingleaves Farm, entre los que se llaman ahora Spring Gardens y Parsonage House. Donde al presente hay granjas y quintas entonces sólo había terrenos baldíos. Con frecuencia menos de un siglo separa a una estepa de una ciudad.

Súbitamente se produjo una interrupción en la tormenta glacial que lo cegaba y vio a poca distancia delante de él un grupo de tejados y de chimeneas que ponía de relieve la nieve, lo contrario de una silueta, una población dibujada en blanco sobre el horizonte negro, algo como lo que se llamaría al presente una prueba negativa.

¡Techos, viviendas, un refugio! ¡Estaba, pues, en alguna parte! Sintió el estímulo inefable de la esperanza. El vigía de un barco extraviado que grita «¡Tierra!» experimenta una emoción como aquella. Apresuró el paso.

Por fin se ponía en contacto con seres humanos. Llegaba a donde había seres vivientes. Ya nada tenía que temer y sentía el calor súbito de la seguridad. Aquello de lo que salía había terminado. En adelante ya no habría oscuridad, ni invierno, ni tempestad. Le parecía que todas las posibilidades que hay en el mal quedaban detrás de él. La niña no era ya un peso y casi corría.

Su mirada estaba fija en los techos. Allí estaba la vida y no los perdía de vista. Así miraría un muerto lo que viera por la rendija de la tapa de una tumba. Aquellas eran las chimeneas cuyo humo había visto.

Pero no salía de ellas humo alguno.

Se acercó rápidamente a las casas. Llegó a un arrabal de ciudad que era una calle abierta. En esa época ya no se cerraban las calles por la noche.

La calle comenzaba con dos casas. En esas dos casas no se veía luz alguna, ni tampoco en toda la calle, ni en toda la población hasta donde alcanzaba la vista.

La casa de la derecha era un techo más bien que una casa; nada podía ser más miserable; la pared era de argamasa de barro y paja y el techo de paja; tenía más de choza que de casa. Una gran ortiga que nacía al pie de la pared llegaba hasta el borde del techo. Esa casucha sólo tenía una puerta que parecía una gatera y una ventana que era un tragaluz. Todo estaba cerrado. Al lado una pocilga habitada indicaba que la choza estaba también habitada.

La casa de la izquierda era grande, alta, toda de piedra, con techo de pizarra. También estaba cerrada. Era la Casa del Rico frente a la Casa del Pobre.

El niño no vaciló y se dirigió a la casa grande.

La puerta de dos hojas, macizo tablero con grandes clavos, era de esas detrás de las cuales se adivina una fuerte armadura de barrotes y cerrojos; colgaba de ella una aldaba de hierro.

El niño levantó la aldaba con alguna dificultad, pues sus manos entumecidas eran muñones más bien que manos, y llamó.

No hubo respuesta.

Llamó por segunda vez, dando dos golpes.

Ningún movimiento se sintió en la casa.

Llamó por tercera vez, sin resultado.

Comprendió que dormían y que no se molestaban en levantarse.

En vista de ello se volvió hacia la casa pobre. Tomó del suelo, entre la nieve, un guijarro y golpeó con él la puerta baja.

No respondieron.

Se alzó sobre las puntas de los pies y golpeó con el guijarro el tragaluz, con la suavidad suficiente para no romper el vidrio y con bastante fuerza para que oyeran.

Ninguna voz se oyó, ningún paso se sintió, ninguna vela se encendió.

Pensó que tampoco allí deseaban desvelarse.

La casa de piedra y la choza de paja estaban igualmente sordas para los miserables.

El niño se decidió a seguir adelante y penetró en el estrecho de casas que se prolongaba ante él, tan oscuro que parecía el espacio entre dos acantilados

más bien que la entrada en una población.

4

Otra forma del desierto

Era en Weymouth donde acababa de entrar.

El Weymouth de entonces no era el honorable y soberbio Weymouth de la actualidad. Ese antiguo Weymouth no tenía, como el actual, un irreprochable malecón rectilíneo con una estatua y un mesón en honor de Jorge III. Eso se debía a que Jorge III no había nacido todavía. Por la misma razón no había dibujado aún, en la ladera de la verde colina del este, sin relieve en el suelo, con césped recortado y creta descubierta, ese caballo blanco, de una arapende de longitud, el White Horse que lleva a un rey en el lomo y, siempre en honor de Jorge III, vuelve la cola hacia la ciudad. Por lo demás, esos honores eran merecidos; Jorge III, que perdió en su vejez el talento que nunca tuvo en su juventud, no era responsable de las calamidades de su reinado. Era un inocente. ¿Por qué no erigirle estatuas?

El Weymouth de hace ciento ochenta años era casi tan simétrico como un juego de onchets embrollado. El Astaroth de las leyendas se paseaba a veces por la tierra llevando a la espalda una alforja en la que había de todo, inclusive buenas mujeres en sus casas. Una confusión de barracas caída de esa alforja del diablo daría una idea de lo que era ese Weymouth incorrecto. Más, en las barracas, las buenas mujeres. Queda como muestra de esas viviendas la casa de los Músicos. Una confusión de cubiles de tablones tallados y carcomidos, lo que constituye otra escultura; de construcciones informes oscilantes y a punto de derrumbarse, algunas con postes, apoyadas las unas en las otras para no caer derribadas por el viento del mar, y dejando entre ellas los espacios exigüos de un camino tortuoso y escabroso, callejuelas y plazuelas con frecuencia inundadas por las mareas del equinoccio, un amontonamiento de casas viejas agrupadas alrededor de una iglesia abuela: tal era Weymouth, una especie de antigua aldea normanda varada en la costa de Inglaterra.

El viajero, si entraba en la taberna reemplazada al presente por el hotel, en vez de pagar regiamente veinticinco francos por un lenguado frito y una botella de vino, pasaba por la humillación de comer por diez céntimos una sopa de pescado, muy buena por lo demás.

El niño perdido que llevaba a la nena encontrada siguió la primera calle, y luego la segunda, y luego una tercera. Levantaba la vista buscando en los pisos y en los techos un vidrio iluminado, pero todo estaba cerrado y a oscuras. De

vez en cuando golpeaba en las puertas, pero nadie contestaba. Nada endurece el corazón como hallarse caliente entre dos sábanas. Aquel ruido y aquellas sacudidas habían despertado a la pequeña. Él se daba cuenta de ello porque sentía que le mamaba la mejilla. La criatura no lloraba, porque creía que tenía una madre.

Corría el riesgo de dar vueltas y de vagar durante largo tiempo tal vez por las intersecciones de las callejuelas de Scrambridge, donde había entonces más terrenos cultivados que casas y más setos espinosos que viviendas, pero se introdujo deliberadamente en un corredor que existe todavía cerca de Trinity Schools. Ese corredor lo llevó a una playa que tenía un rudimento de malecón con parapeto, y a su derecha vio un puente.

Ese puente era el de la Wey, que une a Weymouth con Melcomb-Regis y bajo los arcos del cual el Harbour se comunica con la Back Water.

Weymouth, villorrio, era entonces el arrabal de Melcomb-Regis, ciudad y puerto; al presente Melcomb-Regis es una parroquia de Weymouth. La aldea absorbió a la ciudad. Por ese puente se realizó ese trabajo. Los puentes son singulares aparatos de succión que aspiran la población y a veces hacen que crezca un barrio ribereño a expensas del de enfrente.

El muchacho se dirigió a ese puente, que en esa época era una pasarela de madera cubierta, y cruzó esa pasarela.

Gracias al techo del puente no había nieve en el piso. Sus pies descalzos tuvieron un momento de bienestar al caminar por aquellas maderas secas.

Cuando cruzó el puente se encontró en Melcomb-Regis.

Había allí menos casas de madera que de piedra. Ya no era la aldea, sino la ciudad. El puente iba a parar a una calle bastante bella que era la Saint-Thomas Street. Entró en ella. Tenía altas fachadas talladas y aquí y allá escaparates de tiendas. Comenzó a golpear en las puertas. Ya no le quedaba fuerza suficiente para llamar y gritar.

En Melcomb-Regis, como en Weymouth, nadie se movió. Habían dado doble vuelta a los cerrojos. Las ventanas estaban cubiertas con sus postigos como los ojos con sus párpados. Habían tomado todas las precauciones contra el despertar, que es un sobresalto desagradable.

El pequeño vagabundo sufría la presión indefinible de la ciudad dormida. Esos silencios de hormiguero paralizado producen vértigo. Todas esas letargias mezclan sus pesadillas, los que duermen son una multitud y de esos cuerpos humanos yacentes sale una humareda de sueños. El sueño tiene sombrías vecindades fuera de la vida; el pensamiento descompuesto de los durmientes flota sobre ellos como un vapor viviente y muerto y se combina

con lo posible que probablemente piensa también en el espacio. Eso produce embrollos. El sueño, esa nube, superpone sus densidades y sus transparencias a esa estrella, la mente. Sobre los párpados cerrados en los que la visión ha reemplazado a la vista, una disgregación sepulcral de siluetas y aspectos se dilata en lo impalpable. Una dispersión de existencias misteriosas se amalgama con nuestra vida por ese borde de la muerte que es el sueño. Esos entrelazamientos de larvas y de almas están en el aire. Inclusive el que no duerme siente que pesa sobre él ese medio lleno de una vida siniestra. La quimera ambiente, realidad adivinada, le atormenta. El hombre despierto que camina a través de los fantasmas del sueño de los otros rechaza confusamente formas transeúntes, siente o cree sentir el vago horror de los contactos hostiles de lo invisible y experimenta a cada instante el empujón oscuro de un encuentro inexpresable que se desvanece. Hay efectos de bosques en esa marcha a través de la difusión nocturna de los sueños.

Eso es lo que se llama sentir miedo sin saber por qué.

Y lo que siente un hombre lo siente todavía más un niño.

Ese malestar del terror nocturno, amplificado por las casas espectrales, se agregaba al conjunto lúgubre bajo el cual luchaba.

Entró en la Conycar Lane y vio al final de esa callejuela la Back Water, a la que confundió con el océano; ya no sabía por qué lado quedaba el mar. Volvió sobre sus pasos, dobló hacia la izquierda por la Maiden Street y retrocedió hasta Saint-Albans Row.

Allí, al azar y sin elegir, llamó violentamente en las primeras casas que encontró. Esos golpes, en los que agotaba su última energía, eran desordenados y entrecortados, con intermitencias y repeticiones casi irritadas. Lo que golpeaba las puertas era la palpitación de su fiebre.

Una voz respondió.

La de la hora.

Las tres de la madrugada sonaron lentamente a su espalda en el viejo campanario de Saint-Nicolas.

Luego todo volvió a caer en el silencio.

Que ni siquiera un habitante hubiera entreabierto un tragaluz puede parecer sorprendente. Sin embargo, ese silencio se explica en cierta medida. En enero de 1690 acababa de producirse una peste fuerte en Londres y el temor de recibir a vagabundos enfermos originaba en todas partes una disminución de la hospitalidad. Ni siquiera se entreabría una ventana por temor a respirar su miasma.

El niño sentía el frío de los hombres, más terrible que el frío de la noche.

Es un frío voluntario. Experimentaba en el corazón una opresión que no había sentido en las soledades. Ahora había ingresado de nuevo en la vida de todos y seguía estando solo. Eso colmaba su angustia. Había comprendido el desierto implacable, pero la ciudad inexorable era demasiado.

La hora, que acababa de oír, lo abatió todavía más. Nada es tan glacial en ciertos casos como la hora que suena. Es una declaración de indiferencia, la eternidad que dice: ¡qué me importa!

Se detuvo. No es seguro que en ese minuto lamentable no se preguntara si no era más sencillo acostarse allí y morir.

Entretanto la nena apoyó la cabeza en su hombro y volvió a dormirse. Esa confianza en él lo hizo ponerse en marcha.

Aunque sólo lo rodeaba el desmoronamiento, tuvo la sensación de que era un punto de apoyo. Era una profunda amonestación del deber.

Ni esas ideas ni esa situación eran propias de su edad. Es probable que no las comprendiera. Actuaba por instinto.

Siguió en la dirección de Johnstone Row.

Pero ya no andaba, se arrastraba.

Dejó a su izquierda la Saint-Mary Street, avanzó en zigzag por las callejuelas y al salir de un pasadizo sinuoso entre dos casuchas se encontró en un espacio libre bastante grande. Era un terreno baldío, sin edificar, probablemente el lugar donde se halla en la actualidad la Chesterfield Place. Las casas terminaban allí. Vio a su derecha el mar y casi nada de la ciudad a su izquierda.

¿Qué podía hacer? De nuevo tenía delante de él el campo. Al este grandes llanuras cubiertas de nieve señalaban las anchas vertientes de Radipole. ¿Continuaría su viaje? ¿Volvería a las soledades? ¿Retrocedería y se introduciría de nuevo en las calles? ¿Qué podía hacer entre aquellos dos silencios, el de la llanura muda y el de la ciudad sorda? ¿Cuál de esos rechazamientos podía elegir?

Existe el áncora de la misericordia y también la mirada misericordiosa. Fue esa mirada la que el pobre niño desesperado lanzó a su alrededor.

De pronto oyó una amenaza.

Un rechinar extraño y alarmante llegó hasta él en la oscuridad. Era para retroceder, pero avanzó.

A los que consterna el silencio les agrada un rugido.

Aquel rugido feroz le tranquilizó. Esa amenaza era una promesa. Había allí un ser viviente y despierto, aunque fuese una fiera. Se dirigió hacia el lado de donde llegaba el ruido.

Dio la vuelta a una pared y detrás, al reflejo de la nieve y del mar, especie de vasta iluminación sepulcral, vio una cosa que estaba allí como resguardada. Era una carreta, a menos que fuese una barraca. Tenía ruedas, y por tanto era un carruaje, pero tenía también un techo, y por tanto era una vivienda. Del techo salía un tubo y del tubo humo. Ese humo era bermejo, lo que parecía anunciar un fuego bastante bueno en el interior. En la parte trasera unos goznes salientes indicaban una puerta, y en el centro de esa puerta una abertura cuadrada dejaba ver un resplandor en la barraca.

Se acercó.

Lo que había chillado le sintió llegar. Cuando estuvo cerca de la barraca la amenaza se hizo furiosa. Ya no se las tenía que haber con un gruñido, sino con un aullido. Oyó un ruido seco, como el de una cadena violentamente forzada, y bruscamente, debajo de la puerta, en el espacio entre las ruedas traseras, aparecieron dos hileras de dientes afilados y blancos.

Al mismo tiempo que un hocico entre las ruedas, una cabeza pasó por la ventanilla.

—¡Chitón! —dijo la cabeza.

Y el hocico calló.

La cabeza preguntó:

—¿Está alguien ahí?

—Sí.

—¿Quién?

—Yo.

—¿Quién eres tú? ¿De dónde vienes?

—Estoy cansado.

—¿Qué hora es?

—Tengo frío.

—¿Qué haces ahí?

—Tengo hambre.

La cabeza replicó:

—Todos no pueden ser dichosos como un lord. Vete.

La cabeza volvió a introducirse en la barraca y la ventanilla se cerró.

El niño bajó la cabeza, estrechó entre sus brazos a la pequeña dormida y reunió sus fuerzas para seguir su camino. Dio algunos pasos y comenzó a alejarse.

Entretanto, al mismo tiempo que se cerraba la ventanilla se abría la puerta. Se bajó un estribo. La voz que acababa de hablar con el niño gritó desde el fondo de la barraca con ira:

—Y bien, ¿por qué no entras?

El niño se volvió.

—Entra, pues —repitió la voz. —¡Nunca he visto un bribón como éste, que tiene hambre y frío y que no entra!

El niño, a la vez repelido y atraído, seguía inmóvil.

La voz insistió:

—¡Te he dicho que entres, bribón!

Se decidió y puso un pie en el primer escalón.

Pero oyó un gruñido debajo del carruaje y retrocedió. Reapareció el hocico abierto.

—¡Chitón! —gritó la voz del hombre.

El hocico se escondió y el gruñido cesó.

—Sube —dijo el hombre.

El niño subió con dificultad los tres escalones. Le molestaba la nena, tan entumecida, envuelta y enroscada en la blusa de marinero que no se veía nada de ella y no era más que un bultito informe.

Subió los tres escalones, llegó al umbral y se detuvo.

En la barraca no estaba encendida vela alguna, por economía impuesta por la miseria probablemente. Sólo iluminaba la barraca un enrojecimiento producido por el respiradero de una estufa portátil en la que crepitaba un fuego de turba. Sobre la estufa humeaban una escudilla y una olla que contenía según todas las apariencias algo comestible. Se sentía un buen olor. Aquella habitación estaba amueblada con un cofre, una banqueta y una linterna,

apagada, colgada del techo. Además, en los tabiques, algunas tablas sostenidas por cuñas y un prendero del que colgaban cosas misceláneas. En las tablas y colgadas de los clavos se sobreponían cristalerías, objetos de cobre: un alambique, un recipiente parecido a esas vasijas para ganar la cera llamadas barquillos y una confusión de objetos raros que el niño no habría podido comprender y que constituían la batería de cocina de un químico. La barraca tenía una forma oblonga, con la estufa en la parte delantera. Ni siquiera era una pequeña habitación, sino apenas una caja grande. El exterior estaba más iluminado por la nieve que el interior por la estufa. Todo se veía indistintamente y velado. Sin embargo, un reflejo del fuego en el techo permitía leer en él esta inscripción con letras grandes: URSUS, FILÓSOFO.

En efecto, el niño había entrado en el domicilio de Homo y de Ursus. Había oído gruñir al uno y hablar al otro.

Cuando llegó a la entrada vio cerca del hornillo un hombre alto, lampiño, delgado y viejo, con ropas grises, que estaba de pie y cuyo cráneo calvo tocaba el techo. Ese hombre no habría podido ponerse de puntillas, pues no lo admitía la barraca.

—Entra —dijo el hombre, que era Ursus.

El niño entró.

—Deja tu paquete.

El niño dejó sobre el cofre su paquete, con precaución, por temor a asustar y despertar a la niña.

El hombre continuó:

—¡Con qué suavidad dejas eso! No pondrías más cuidado si fuese un relicario. ¿Es que remes hacer un rasgón a tus harapos? ¡Oh, qué pícaro abominable! ¡Pasearse por las calles a estas horas! ¿Quién eres? Contesta. Pero no, te prohíbo contestar. Vayamos a lo más urgente. Tienes frío, caliéntate.

Y lo empujó por los dos hombros hacia el fuego.

—¡Estás bastante mojado! ¡Y bastante helado! ¡No está permitido entrar así en las casas! ¡Vamos, quítate todas esas podredumbres, bandolero!

Y con una mano y una brusquedad febril le arrancó los harapos, que se desgarraron en hilachas, mientras que con la otra mano descolgaba de un clavo una camisa de hombre y una de esas chaquetas de punto a las que llaman todavía kiss-my-quick.

—Toma, vístete con esto.

Eligió en el montón un andrajo de lana y frotó con él junto al fuego los

miembros del niño deslumbrado y desfalleciente que en aquel momento de desnudez cálida creyó ver y tocar el cielo. Cuando terminó de frotar los miembros, el hombre le secó los pies.

—Vamos, esqueleto, no tienes nada helado. Yo era lo bastante tonto para temer que se te hubiese helado algo, las patas de detrás o las de delante. Por esta vez no quedarás tullido. Vístete.

El niño se puso la camisa y el hombre le colocó encima la chaqueta de punto.

—Ahora...

El hombre adelantó con el pie la banqueta, hizo sentarse en ella, también empujándolo por los hombros, al niño y le mostró con el índice la escudilla que humeaba sobre el hornillo. Lo que el niño entrevió en la escudilla era también el cielo, es decir una patata y tocino.

—Tienes hambre, come.

El hombre tomó de una tabla una corteza de pan duro y un tenedor de hierro y los ofreció al niño.

El niño vaciló.

—¿Tendré que poner la mesa? —preguntó el viejo.

Y depositó la escudilla en las rodillas del niño.

—Muerde todo eso.

El hambre se impuso al estupor y el niño comenzó a comer. El pobre ser devoraba más bien que comía. El ruido alegre del pan masticado llenaba la barraca.

El hombre refunfuñó:

—¡No tan de prisa, tragón horrible! ¡Es un glotón este pillo! Esta gentuza hambrienta come de una manera repugnante. Hay que ver cómo cena un lord. He visto comer a duques. No comen, y eso es lo noble. En cambio, beben. ¡Vamos, pillastre, atrácate!

La ausencia de oídos que caracteriza al estómago hambriento hacía al niño poco sensible a esa violencia de epítetos, atemperada, por otra parte, por la caridad de los actos, contrasentido que le beneficiaba. Por el momento le absorbían dos urgencias y dos éxtasis: calentarse y comer.

Ursus continuó su imprecación en sordina:

—He visto al rey Jacobo comer personalmente en la Banqueting House, donde se admiran los cuadros del famoso Rubens; su Majestad no tocaba nada.

¡Pero este bribón ramonea! Y ramonear es propio de los animales. ¿Cómo se me ocurrió venir a este Weymouth, siete veces consagrado a los dioses infernales? Desde esta mañana no he vendido nada, he hablado a la nieve, he tocado la flauta al huracán, no he embolsado un cuarto de penique, ¡y por la noche me llegan pobres! ¡Qué comarca horrible! Hay batalla, lucha y competencia entre los transeúntes imbéciles y yo. Ellos tratan de no darme más que monedas de cobre y yo trato de no darles más que drogas. ¡Pues bien, hoy no ha habido nada! ¡Ni siquiera un idiota en la calle, ni un penique en la caja! ¡Come, hijo del infierno! ¡Desgarra y mastica! Estamos en una época en la que nada iguala el cinismo de los gorriones. Engorda a mis costas, parásito. Está más que hambriento, está rabioso este tipo. Eso no es apetito, sino ferocidad. Ha contraído el virus de la rabia. ¿Quién sabe? Acaso tiene la peste. ¿Tienes la peste, bandido? ¡Si la contagiase a Homo! ¡Pero no, revienta, populacho, pero no quiero que mi lobo muera! Yo también tengo hambre y declaro que este es un incidente desagradable. Hoy he trabajado hasta muy avanzada la noche. En la vida hay ocasiones en que se está impaciente y yo lo estaba por comer. Estoy completamente solo, enciendo el fuego, no tengo más que una papa, una corteza de pan, un poco de tocino y una gota de leche; me pongo a calentar todo eso y me digo: bueno, me imagino que voy a alimentarme. ¡Y zas, en ese momento me cae este cocodrilo! ¡Y se instala resueltamente entre mi comida y yo! ¡Y devasta mi refectorio! Come, pillastre; come, tiburón. ¿Cuántas hileras de dientes tienes en tus mandíbulas? ¡Traga, lobezno! No, retiro la palabra, pues respeto a los lobos. ¡Engulle mi pasto, boa! Hoy he trabajado con el estómago vacío, el gástrico dolorido, el páncreas a la miseria y las entrañas destrozadas, hasta muy avanzada la noche, y mi recompensa es ver cómo devora otro. Pero no importa, repartiremos. Él tendrá el pan, la papa y el tocino, pero yo tendré la leche.

En ese momento se oyó en la barraca un gemido lamentoso y prolongado.

El hombre aguzó el oído y dijo:

—¿Ahora te quejas, sicofante? ¿Por qué lloras?

El muchacho se volvió. Era evidente que no gritaba, pues tenía la boca llena.

Pero el gemido no se interrumpió.

Ursus se acercó el cofre.

—¡Es, pues, el paquete el que grita! ¡Valle de Josafat! ¡He aquí un paquete que vocifera! ¿Qué es lo que grazna en tu paquete?

Desenrolló la blusa de marinero y salió de él una cabeza de criatura con la boca abierta y gritando.

—¿Qué es esto? —preguntó el hombre—. Aquí hay otro. ¿Es que esto no va a terminar? ¿Quién vive? ¡A las armas! ¡Atención, cabo! ¡Segunda sorpresa! ¿Qué me traes aquí, bandido? ¿No ves que ella tiene sed? Vamos, tiene que beber. ¡Bueno, ahora tampoco tendré la leche!

Tomó de un montón de cosas que había en una tabla un rollo de lienzo para vendas, una esponja y una ampolla mientras murmuraba frenéticamente:

—¡Condenado país!

Luego contempló a la pequeña.

—Es una nena. Eso se conoce por el chillido. También ella está empapada.

Arrancó, como había hecho con el muchacho, los harapos con los que estaba anudada más bien que vestida y la envolvió en otro harapo indigente pero limpio y seco, de tela gruesa. Ese cambio de ropas rápido y brusco exasperó a la nena.

—Maúlla inexorablemente —dijo Ursus.

Cortó con los dientes un trozo alargado de la esponja, desgarró del rollo un pedazo cuadrado de lienzo, sacó de él una hebra, puso en el hornillo la olla con la leche, llenó con la leche calentada la ampolla, introdujo a medias la esponja en el gollete del frasco, cubrió la esponja con el lienzo, ató ese tapón con el hilo, aplicó contra su mejilla la ampolla para asegurarse de que no estaba demasiado caliente y tomó bajo su brazo izquierda a la nena que seguía llorando.

—¡Vamos, come, criatura! ¡Tómame la teta!

Y le metió en la boca el gollete de la ampolla.

La pequeña bebió ávidamente.

Sostuvo el frasco con la inclinación conveniente mientras gruñía:

—¡Son todas iguales estas crías! Cuando reciben lo que quieren se callan.

La nena bebió tan enérgicamente y tomó con tanto entusiasmo el pezón que le ofrecía aquella providencia brusca que le sobrevino un ataque de tos.

—Te vas a ahogar —gruñó Ursus—. ¡Nunca he visto una glotona como ésta!

Le retiró la esponja que chupaba, dejó que se le calmara la tos y volvió a colocarle la ampolla en los labios mientras decía:

—Mama, andorrera.

Entretanto, el muchacho había dejado el tenedor. Viendo beber a la pequeña se olvidó de comer. Un momento antes, cuando comía, lo que

expresaba su mirada era satisfacción; ahora era agradecimiento. Contemplaba cómo revivía la nena. Ese acabamiento de la resurrección iniciada por él le llenaba los ojos con una reverberación inefable. Ursus seguía mascullando entre las encías palabras irritadas.

El niño levantaba a cada instante hacia Ursus sus ojos humedecidos por la emoción indefinible que sentía, sin poder expresarla, el pobre ser maltratado y enternecido.

Ursus le apostrofó furiosamente:

—¡Pues bien, come!

—¿Y usted? —preguntó el niño temblando, y con una lágrima en la pupila—. ¿No comerá nada?

—¡Cómetelo todo, mal bicho! No es demasiado para ti puesto que no era suficiente para mí.

El niño volvió a tomar el tenedor, pero no comió.

—¡Come! —vociferó Ursus—. ¿Acaso se trata de mí? ¿Quién te habla de mí? Pícaro monaguillo descalzo de la parroquia de Sin-un-Céntimo, te digo que comas todo. Estás aquí para comer, beber y dormir. ¡Si no comes os echo por la puerta a ti y a tu bribona!

El niño, ante esa amenaza, volvió a comer. No tuvo que esforzarse mucho para despachar lo que quedaba en la escudilla.

Ursus murmuró:

—No está bien cerrado este edificio y entra frío por los vidrios.

En efecto, en la delantera había un vidrio roto, por algún traqueteo del carricoche o por una piedra de algún pilluelo. Ursus había aplicado en aquella avería una estrella de papel que se había despegado. Por allí entraba el viento.

Se hallaba sentado a medias en el cofre. La nena, a la vez en sus brazos y sus rodillas, chupaba voluptuosamente la ampolla con la somnolencia beata de los querubines ante Dios y los niños ante la teta.

—Se ha hartado —dijo Ursus, y añadió—. ¡Y que prediquen sermones sobre la sobriedad!

El viento arrancó del vidrio el emplasto de papel, que voló a través de la barraca, pero ello no perturbó a los dos niños ocupados en renacer.

Mientras la pequeña bebía y el pequeño comía, Ursus refunfuñaba.

—La borrachera comienza cuando se está en mantillas. Así pues, tomaros la molestia de ser el obispo Tillotson y tronar contra los excesos en la bebida.

¡Odioso aire colado! Agréguese que mi hornillo es viejo y deja escapar fumaradas como para enfermar de triquiiasis. Se tiene el inconveniente del frío y el inconveniente del fuego. No se ve claramente. El individuo aquí presente abusa de mi hospitalidad. Pues bien, todavía no he podido ver la cara de ese grosero. Aquí dentro falta comodidad. Por Júpiter, me agradan mucho los banquetes exquisitos en habitaciones bien cerradas. He errado mi vocación, pues había nacido para ser sensual. El más grande de los sabios es Filóxenes, quien deseaba tener un cuello de grulla para saborear más largamente los placeres de la mesa. ¡Hoy no he tenido ingreso alguno! No he vendido nada en todo el día. ¡Qué desastre! Habitantes, lacayos y burgueses: aquí está el médico, aquí la medicina. Trabajas inútilmente, viejo. Vuelve a embalar tu farmacia. Todos lo pasan bien aquí. ¡Esta es una ciudad maldita en la que nadie está enfermo! Sólo el cielo tiene diarrea. ¡Qué nieve! Anaxágoras enseñó que la nieve es negra. Tenía razón, pues la frialdad es negrura. El hielo es la oscuridad. ¡Qué tormenta! Me imagino el placer de los que están en el mar. El huracán es el paso de los demonios, el jaleo de las almas en pena galopando y rodando en sentido inverso sobre nuestras cajas óseas. En las nubes éste tiene rabo, aquél tiene cuernos, otro tiene una llama por lengua, otro tiene garras en las alas, otro tiene una barriga de lord canciller, otro tiene una cabezota de académico. Se distingue una forma en cada ruido. En cada viento nuevo un demonio diferente; el oído escucha, el ojo ve, el estrépito es una figura. ¡Pardiez, hay gente en el mar, es evidente! Amigos míos, zafaos de la tempestad, yo tengo bastante quehacer con zafarme de la vida. ¿Pero es que yo renego una posada? ¿Por qué me llegan viajeros? La miseria universal arroja salpicaduras hasta en mi pobreza. Caen en mi barraca gotas horribles del gran lodo humano. Estoy entregado a la voracidad de los transeúntes. Soy una presa, la presa de los muertos de hambre. El invierno, la noche, una casucha de cartón, un amigo desdichado debajo y fuera la tempestad, una patata, un fuego del tamaño de un puño, parásitos, el viento que penetra por todas las rendijas, ni un céntimo y paquetes que se ponen a ladrar. Se los abre y se encuentra dentro indigentes. ¡Sí que es tener buena suerte! Agregó que se violan las leyes. ¡Ah, vagabundo con tu vagabunda, ratero malicioso, aborto mal intencionado, circulas por las calles después del toque de queda! ¡Si nuestro buen Rey lo supiese te haría bonitamente arrojar a una mazmorra para que aprendas! ¡El señor se pasea de noche con la señorita! ¡Con quince grados bajo cero, la cabeza descubierta y descalzo! Sabrás que eso está prohibido. ¡Hay reglamentos y ordenanzas, faccioso! A los vagabundos se los castiga, las personas honradas que poseen casas propias están guardadas y protegidas, pues los reyes son los padres del pueblo. Yo estoy domiciliado. Te habrían azotado en la plaza pública si te hubieran encontrado y habrían hecho bien. Tiene que haber orden en un Estado civilizado. Yo he hecho mal al no denunciarte al alguacil. Pero yo soy así, comprendo el bien y hago el mal. ¡Oh,

qué rufián, presentarse en ese estado! No me he dado cuenta de la nieve que traía al entrar; se ha derretido y toda mi casa está mojada. Se ha inundado mi habitación. Habrá que encender una brasa imposible para secar este lago. ¡Y el carbón cuesta doce cuartos de penique el deneral! ¿Cómo nos vamos a arreglar para caber los tres en esta barraca? Esto es el acabose, ahora entro en el cuarto de los niños y voy a tener en mi casa en destete el porvenir del hampa de Inglaterra. Tendré por empleo, oficio y función desbastar los fetos mal paridos de la gran bribona Miseria, perfeccionar la fealdad de los racimos de horca en tierna edad y dar a los pilletes figura de filósofo. La lengua del oso es el desbastador de Dios. ¡Y pensar que si desde hace treinta años no hubiese sido explotado por raleas de esta clase sería rico, Homo estaría gordo, yo tendría un gabinete de medicina lleno de cosas raras, tantos instrumentos de cirugía como el doctor Linacre, cirujano del rey Enrique VIII, animales de todas clases, momias de Egipto y cosas semejantes! ¡Pertenería al colegio de los Doctores y tendría derecho a utilizar la biblioteca construida en 1652 por el célebre Harvey, y de ir a trabajar en la linterna de la cúpula, desde donde se ve toda la ciudad de Londres! Podría continuar mis cálculos sobre la ofuscación solar y probar que sale del astro un vapor caliginoso. Tal es la opinión de Juan Kepler, que nació un año antes de la San Bartolomé y fue matemático del emperador. El sol es una chimenea que a veces echa humo. Y mi estufa también. Mi estufa no es mejor que el sol. Sí, habría hecho fortuna, el papel que desempeñaría sería distinto, no sería trivial, no envilecería la ciencia en las plazas públicas. Pues el pueblo no es digno de la doctrina, el pueblo no es sino una multitud de insensatos, una mezcla confusa de personas de todas las edades, sexos, humores y condiciones a las que los sabios de todas las épocas no han vacilado en despreciar y la extravagancia y el furor de las cuales detestan justamente. ¡Oh, aborrezco lo que existe! Después de eso no se vive mucho tiempo. Pasa rápidamente la vida humana. Pero no, es larga. A intervalos, para que no nos desanimemos, para que cometamos la estupidez de consentir en seguir viviendo y para que no aprovechemos las magníficas ocasiones para ahorcarnos que nos ofrecen todas las cuerdas y todos los clavos, la naturaleza parece cuidar un poco del hombre. No esta noche, sin embargo. Hace que crezca el trigo, que madure la uva, que cante el ruiseñor esa naturaleza socarrona. De vez en cuando un rayo de aurora o un vaso de ginebra es lo que se llama la dicha. Una delgada orla de bien alrededor del inmenso sudario del mal. Tenemos un destino cuyo paño ha hecho el diablo y cuyo ribete ha hecho Dios. ¡Entretanto, tú me has comido mi cena, ladrón!

La nena, a la que seguía teniendo en los brazos, y muy suavemente, mientras lanzaba sus improperios, volvió a cerrar vagamente los ojos, señal de que estaba harta. Ursus examinó el frasco y gruñó:

—¡Ha bebido todo la desvergonzada!

Se levantó y, sosteniendo a la pequeña con el brazo izquierdo, con la mano derecha levantó la tapa del cofre y sacó de él una piel de oso, a la que, como se recordará, llamaba su «verdadera piel».

Mientras ejecutaba ese trabajo oyó que el otro niño comía y lo miró de reojo.

—¡Qué tarea —exclamó— si en adelante tengo que alimentar a ese glotón en crecimiento! En el estómago de mi profesión tendré una lombriz solitaria.

Extendió, con un solo brazo y lo mejor que pudo, la piel de oso sobre el cofre, a fuerza de codazos y movimientos cuidadosos para no sacudir el comienzo de sueño de la nena, y luego la depositó en la piel en el lado más próximo al fuego.

Hecho eso, puso la ampolla vacía sobre la estufa y exclamó:

—¡Soy yo quien tengo sed!

Miró en la olla; quedaban algunos buenos tragos de leche y la acercó a sus labios. En el momento en que iba a beber su vista recayó en la nena. Volvió a dejar la olla en la estufa, tomó la ampolla, la destapó, vertió en ella la leche que quedaba, que era la suficiente para llenarla, reemplazó la esponja y volvió a atar el lienzo sobre la esponja del gollote.

—De todos modos tendré hambre y sed —dijo. Y añadió—. Cuando no se puede comer pan se bebe agua.

Detrás de la estufa se entreveía un cántaro desportillado. Lo tomó y lo ofreció al muchacho:

—¿Quieres beber?

El niño bebió y siguió comiendo.

Ursus tomó de nuevo el cántaro y lo llevó a la boca. La temperatura del agua que contenía había sido modificada desigualmente por la proximidad del hornillo. Bebió unos tragos e hizo una mueca.

—Agua supuestamente pura, te pareces a los falsos amigos. Eres tibia por arriba y fría por abajo.

El niño terminó de comer. La escudilla estaba más que vacía completamente limpia. Recogió y comió, pensativo, algunas migas de pan dispersas en los pliegues de la chaqueta de punto, sobre las rodillas.

Ursus se volvió hacia él y le dijo:

—Eso no es todo. Ahora tenemos que hablar los dos. La boca no sirve sólo para comer, sino también para hablar. Una vez que te has calentado y empapuzado, animal, pon atención, porque vas a contestar a mis preguntas.

¿De dónde vienes?

El niño contestó:

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Me abandonaron anoche a la orilla del mar.

—¡Oh, qué bribón! ¿Cómo te llamas? ¿Eres tan malo que han tenido que abandonarte tus padres?

—No tengo padres.

—Date un poco cuenta de mis gustos y ten presente que no me gusta que me canten canciones que son cuentos. Tienes padres puesto que tienes a tu hermana.

—No es mi hermana.

—¿Que no es tu hermana?

—No.

—¿Qué es, entonces?

—Es una nena que encontré.

—¿Que encontraste?

—Sí.

—¿Dónde? Si mientes te extermino.

—Sobre una mujer que estaba muerta en la nieve.

—¿Cuándo?

—Hace una hora.

—¿Dónde?

—A una legua de aquí.

Las cejas de Ursus se plegaron y tomaron la forma aguda que caracteriza a la emoción de un filósofo.

—¡Muerta! ¡Esa sí que es dichosa! Hay que dejarla allí, en su nieve. Allí está bien. ¿De qué lado?

—Del lado del mar.

—¿Has cruzado el puente?

—Sí.

Ursus abrió la ventanilla de la parte trasera y examinó el exterior. El tiempo no había mejorado. La nieve seguía cayendo, densa y lúgubre.

Volvió a cerrar la ventanilla.

Se acercó al vidrio roto, tapó el agujero con un trapo, puso más turba en la estufa, extendió lo más que pudo la piel de oso sobre el cofre, tomó un grueso libro que estaba en un rincón y lo colocó de modo que sirviera de almohada y acomodó suavemente sobre él la cabeza de la nena dormida.

Se volvió hacia el niño y le ordenó:

—Acuéstate allí.

El niño obedeció y se tendió a todo lo largo junto a la pequeña.

Ursus enrolló la piel de oso alrededor de los dos niños y la dobló bajo sus pies.

Tomó de una tabla y se la ató alrededor del cuerpo una faja de tela con una gran bolsa que probablemente contenía un estuche de cirujano y frascos de elixires.

Luego descolgó del techo la linterna y la encendió. Era una linterna sorda. Al encenderse dejó a los niños en la oscuridad.

Ursus entreabrió la puerta y dijo:

—Salgo. Pero no temáis, volveré. Dormid.

Bajó el estribo y gritó:

—¡Homo!

Un gruñido tierno le respondió.

Ursus, con la linterna en la mano, descendió, el estribo volvió a subir y la puerta se cerró. Los niños quedaron solos.

Desde fuera una voz, que era la de Ursus, preguntó:

—Niño que acabas de comer mi cena, dime, ¿no duermes todavía?

—No —contestó el muchacho.

—Pues bien, si ella berrea le darás el resto de la leche.

Se oyeron un tintineo de cadena desatada y los pasos de un hombre acompañados por los de un animal que se alejaban.

Algunos instantes después los dos niños dormían profundamente.

Era una mezcla inefable de alientos, más que la castidad la ignorancia, una noche de bodas antes del sexo. El niño y la niña, desnudos el uno junto al otro,

tuvieron durante esas horas silenciosas la promiscuidad seráfica de la sombra; la cantidad de sueño posible en esa edad flotaba del uno a la otra; había probablemente bajo sus párpados cerrados una luz de estrella; si la palabra matrimonio no es desproporcionada en este caso, eran marido y mujer de la manera como se es ángel. Tales inocencias en tales tinieblas, tal pureza en tal abrazo, estas anticipaciones del cielo sólo son posibles en la infancia y ninguna inmensidad se parece a esa grandeza de los pequeños.

La perpetuidad formidable de un muerto encadenado fuera de la vida, el enorme ensañamiento del océano en un naufragio, la vasta blancura de la nieve que cubre formas sepultadas, no igualan en patetismo a dos bocas de niños que se tocan divinamente en el sueño y cuyo contacto no es siquiera un beso. Se trata tal vez de esponsales, o tal vez de catástrofe. Lo ignorado pesa sobre esa yuxtaposición. Es encantador, ¿pero quién sabe si no es también espantoso? Se siente el corazón oprimido. La inocencia es superior a la virtud. La inocencia está hecha de oscuridad sagrada. Dormían, estaban tranquilos, tenían calor. La desnudez de los cuerpos entrelazados amalgamaba la virginidad de las almas. Estaban allí como en el nido del abismo.

6

El despertar

El día comienza siendo siniestro. Una blancura triste penetró en la barraca. Era el alba, glacial. Esa palidez, que bosqueja en realidad fúnebre el relieve de las cosas que adquieren una apariencia espectral durante la noche, no despertó a los niños, apretadamente dormidos. La barraca estaba caliente. Se oían sus dos respiraciones que alternaban como dos ondas tranquilas. Fuera había terminado la tempestad. La claridad de la aurora se apoderaba lentamente del horizonte. Las constelaciones se apagaban como velas sopladas una tras otra. Ya sólo resistían algunas grandes estrellas. Del mar salía el canto profundo del infinito.

La estufa no se había apagado del todo. La luz del día iba aumentando poco a poco. El niño dormía menos que la niña. Tenía algo de vigilante y de guardián. Cuando un rayo de sol más vivo que los otros atravesó el vidrio, abrió los ojos; el sueño de la infancia termina en olvido; se quedó en un semiamodorramiento, sin saber dónde estaba ni lo que tenía cerca de él, sin hacer esfuerzo alguno para recordar, mirando el techo y componiéndose un vago trabajo de fantasía con las letras de la inscripción Ursus, filósofo, que examinaba sin entenderla, pues no sabía leer.

Un ruido de cerradura escarbada por una llave le hizo estirar el cuello.

La puerta se abrió y el estribo cayó. Ursus volvía y subió los tres escalones con la linterna apagada en la mano.

Al mismo tiempo un pataleo de cuatro patas escaló vivamente el estribo. Era Homo, que seguía a Ursus y subía también a la barraca.

El muchacho se sobresaltó.

El lobo, probablemente con apetito, hacía una mueca matinal que le dejaba en descubierto todos los dientes, muy blancos.

Se detuvo en la puerta y puso sus dos patas delanteras en la barraca y los codos en el umbral como un predicador en el púlpito. Olfateó de lejos el cofre, que no estaba acostumbrado a ver habitado de aquella manera. Su cuerpo de lobo, enmarcado por la puerta, se dibujaba en negro sobre la claridad matutina. Se decidió y entró.

El niño, al ver al lobo en la barraca, salió de la piel de oso, se levantó y se colocó en pie delante de la nena, más dormida que nunca.

Ursus colgó la linterna en el clavo del techo. Desató silenciosamente y con una lentitud maquinales la faja en la que estaba su estuche de cirujano y volvió a colocarla en una tabla. No miraba nada ni parecía ver nada. Tenía los ojos vidriosos. Algo profundo se agitaba en su mente.

Por fin su pensamiento se manifestó, como siempre, con una trompetada de palabras.

—¡Decididamente dichosa! —exclamó— ¡Está muerta, bien muerta!

Se agachó, arrojó una palada de escorias en el hornillo y mientras atizaba la turba gruñó:

—Me ha costado encontrarla. La malicia desconocida la había cubierto con dos pies de nieve. De no ser por Homo, que ve con su nariz tan claramente como Cristóbal Colón con su mente, todavía estaría allí chapoteando en la nieve y jugando al escondite con la muerte. Diógenes tomaba su linterna y buscaba un hombre; yo he tomado mi linterna y he buscado una mujer; él encontró el sarcasmo; yo he encontrado el duelo. ¡Qué fría estaba! Le toqué la mano; parecía una piedra. ¡Qué silencio en los ojos! ¡Cómo se puede ser tan necio para morir dejando un niño detrás! Ahora no va a ser cómodo que seamos tres en esta caja. ¡Qué pejuguera! ¡Ahora tengo una familia, una hija y un hijo!

Mientras Ursus hablaba, Homo se había deslizado hasta la estufa. La mano de la niña dormida colgaba entre la estufa y el cofre. El lobo se puso a lamer esa mano.

La lamía tan suavemente que la niña no se despertó.

Ursus se volvió y dijo:

—Está bien, Homo. Yo seré el padre y tú serás el tío.

Luego reanudó su tarea filosófica de arreglar el fuego sin interrumpir su aparte.

—Adopción. Es cosa resuelta. Además, Homo lo quiere.

Se enderezó.

—Desearía saber quién es responsable de esa muerte. ¿Son los hombres o...?

Su mirada se dirigió al aire, más allá del techo, y su boca murmuró:

—¿Eres tú?

Luego su cabeza descendió como bajo un peso y añadió

—La noche se ha tomado el trabajo de matar a esa mujer.

Su mirada, al elevarse, encontró el rostro del muchacho despierto que le escuchaba. Ursus le interpeló bruscamente:

—¿Por qué ríes?

El niño contestó:

—No me río.

Ursus tuvo una especie de sacudida, lo examinó fijamente en silencio durante unos instantes y dijo:

—Entonces, eres terrible.

El interior de la barraca durante la noche estaba tan poco iluminada que Ursus no había podido ver el rostro del muchacho. La luz del día se la mostró.

Posó las dos palmas de las manos en los dos hombros del niño, contempló con atención cada vez más intensa su cara y le gritó:

—¡No sigas riendo!

—No me río —dijo el niño.

Ursus tembló de la cabeza a los pies e insistió:

—¡Ríes, te digo!

Sacudió al niño con un apretón que habría sido furioso si no hubiera sido compasivo y le preguntó violentamente:

—¿Quién te ha hecho eso?

El niño contestó:

—No sé qué quiere decir usted.

—¿Desde cuándo tienes esa risa?

—Siempre he sido así.

Ursus se volvió hacia el cofre mientras decía a media voz:

—Creía que ya no se hacía ese trabajo.

Tomó muy suavemente, para no despertar a la niña, el libro que había puesto bajo su cabeza como almohada.

—Veamos lo que dice Conquest —murmuró.

Era un legajo infolio, encuadernado en pergamino blando. Lo hojeó con el pulgar, se detuvo en una página, abrió el libro por completo sobre la estufa y leyó:

«... De Denasatis... Esto es —y continuó—. Bucea fissa usque ad aures, genzivis denudatis, nasoque murdridato, masca eris, et ridebis Semper.

—Sí, es esto.

Dejó el libro en una de las tablas mientras murmuraba entre dientes:

—Es una aventura en la que es peligroso profundizar. Quedémonos en la superficie. Ríe, muchacho.

La niña se despertó. Sus buenos días fueron un grito.

—Vamos, nodriza, dale el pecho —dijo Ursus.

La pequeña se había sentado en su cama.

Ursus tomó de la estufa la ampolleta y se la puso en la boca para que la chupara.

En ese momento salió el sol. Se hallaba a ras del horizonte. Su rayo rojo entró por el vidrio y fue a dar en la cara de la niña vuelta hacia él. Las pupilas de la niña fijadas en el sol reflejaron como dos espejos su redondez purpúrea. Las pupilas permanecieron inmóviles y también los párpados.

—¡Toma! —exclamó Ursus—. ¡Está ciega!

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es